IZABERU SAN

Manos Aventureras

BILOGÍA
Nuestra Aventura
Sigue su Camino

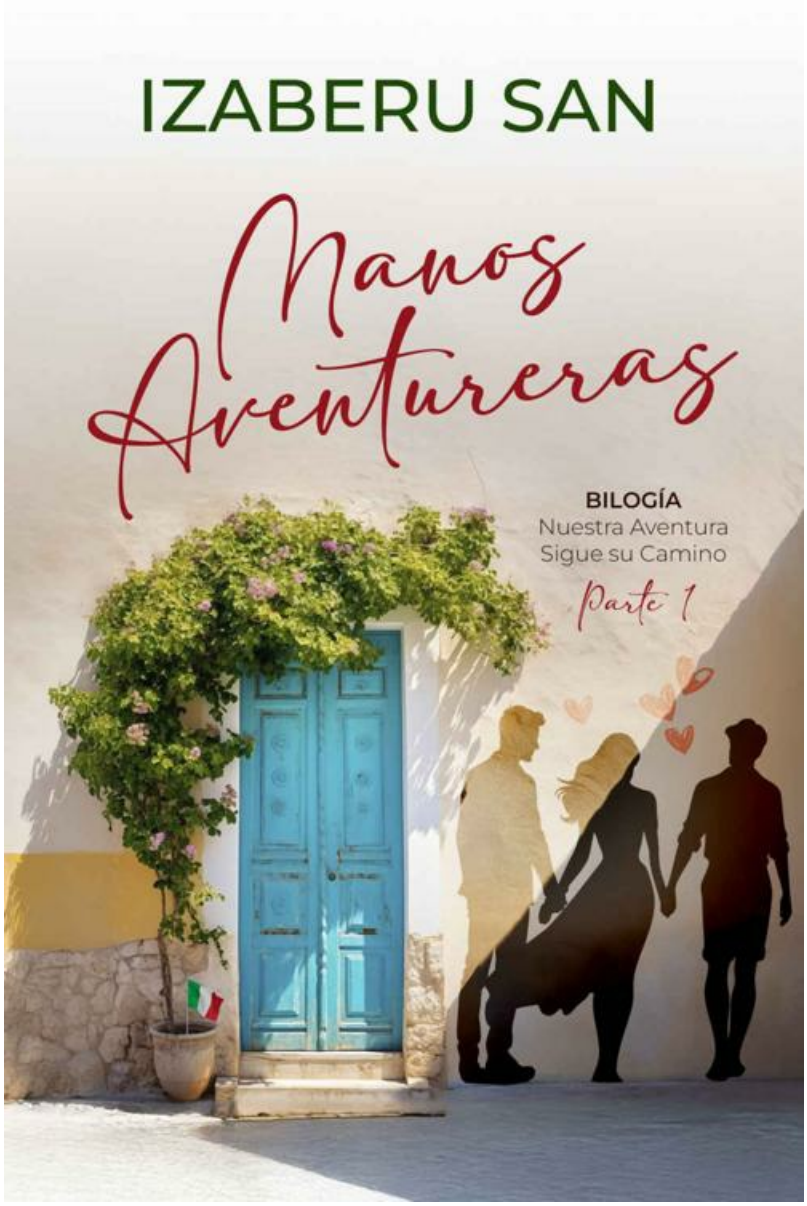
Parte 1



IZABERU SAN

Manos Aventureras

BILOGÍA
Nuestra Aventura
Sigue su Camino
Parte 1





Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.
Título original: Parte 1 Manos Aventureras (Bilogía nuestra Aventura sigue su camino).
©Izaberu San.2024
Imágenes de la cubierta: Freepik, Pixabay.
Ilustraciones interiores by Izaberu San: Canva.
Corrección: Awenyr (ProtoLuna.com)
Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (Adyma Design).

SINOPSIS

¿Puede un viaje cambiar toda tu perspectiva de vida?
Se podría decir que sí.

Para Aleydis, Italia se convierte en un refugio donde sanar sus viejas heridas y descubrir una nueva forma de pensar, de ser y de amar.

Allí descubrirá que lo importante es quererse a una misma y que todo lo demás llegará solo. Sin buscarlo, sin necesitarlo y con valentía ante todo lo que venga en su presente y futuro.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Avance capítulo 1, segunda parte bilogía Nuestra Aventura Sigue Su Camino: Iremos de las manos
Canciones
Agradecimientos

PRÓLOGO

Nací en Madrid. Mi vida era sencilla, tenía un trabajo que me llenaba y unos padres que me amaban. Pero, de un momento a otro, todo cambió: la muerte de mis padres, una familia que me rechazaba y un novio que no era nada de lo que creía. Me desestabilizó y tomé la decisión de poner tierra de por medio y alejarme por completo.

Me fui a vivir a Tarragona, donde intenté pasar desapercibida y mantener una vida tranquila y apacible. Iba estupendamente: un trabajo tranquilo, la playa de este pequeño rincón del planeta, en la que daba grandes paseos al atardecer y mi afición a la lectura que me evadía del día a día y de los pensamientos negativos que tenía desde que me fui. Sin embargo, pese a que el tiempo pasa a toda velocidad, no había superado mi pasado.

Un día, en el grupo de lectura en el que participaba, se habló de un viaje. Me pareció una buena idea para desconectar y me animé a ir. Lo que pudo ser una preciosa aventura se convirtió en la peor y a su vez en la mejor experiencia de mí vida. Me enseñó que las nuevas experiencias pueden ser un gran refugio para el alma. Que los caminos pueden ser inverosímiles y las vivencias únicas, diferentes e intransferibles. Y que todo esto, en su conjunto, hará que nuestra vida tenga un sentido u otro.

De esta manera, abriendo mi mente, creando nuevas sendas y sintiendo que la vida me regala momentos únicos e intransferibles con los que recordarás siempre haciendo que en el futuro vuelvas a sonreír rememorando todas las vivencias.



Capítulo 1

Aleydis

Todo comenzó con una idea: tener una aventura, un viaje que, como todo parecía indicar, sería maravilloso. Donde varias personas se unían por una misma afición y, a través de lecturas conjuntas, se cultivó una amistad. En ese viaje, después de la primera noche, se vio sola en una ciudad italiana desconocida y con dos días por delante, en el mismo hotel donde se alojaba.

Al despertar, al día siguiente de su llegada, cuando se dio cuenta de la realidad que la acompañaba, se derrumbó. Caminaba por las calles de Florencia sin rumbo alguno, mientras reflexionaba. Llegó a una plaza, de nombre *Santo Spirito* y se asombró al ver que era muy acogedora. Contempló con admiración los bares llenos de personas charlando y riendo y una iglesia cuyo interior, pensó, le gustaría ver y poder descubrir su historia. Advirtió una pequeña mesa, con una silla orientada al medio de la plaza, en el centro había una fuente, quedando la iglesia a su derecha. Unas vistas que transmitían serenidad, para poder sentarse a tomar algo.

Era un viernes por la mañana y diferentes puestos de comida y ropa se encontraban, también, por toda la plaza. Todo parecía muy artesanal. Eso le agradó y se sintió relajada por primera vez. Miró la carta de bebidas y se decantó por un *Spritz* que, por lo que le dijo el camarero, es algo muy típico. Le hizo caso y se convenció de que, a pesar de llevar alcohol, el hecho de que lo sirviesen con unas olivas haría que no le sentase tan mal, ya que no estaba acostumbrada a beber.

Intentó ojear su libro electrónico, pero no conseguía concentrarse en nada, mucho menos en la lectura. Frustrada, lo dejó de lado y se dedicó a observar, con la mano agarrada al vaso. Mientras pensaba sin parar, iba bebiendo. Sin darse cuenta de que había un hombre que no

dejaba de mirarla.

Cuando eres joven crees que lo puedes hacer todo sin importar las consecuencias, intentas ser más independiente de lo que realmente eres. Hay muchas personas a tu alrededor que siempre están presentes, viendo que hagas lo que verdaderamente quieres hacer y que siempre permanecerán para apoyarte en todo aquello que te vayas proponiendo. Al ser adulta entiendes que, si no sigues unas ciertas normas en las que te encasillan desde siempre, al comenzar a trabajar y convertirse tu vida en una muy monótona, andas perdida y necesitas un aliciente para poder sentir y reír. Tanto si tienes pareja como si no, si tienes hijos como si no los tienes y te rodees de muchos o pocos amigos, siempre necesitas más y más.

«Precisas de ese rincón para ti, para tu propio KitKat del día. Es entonces cuando empiezas a leer y a leer. Todo lo que cae en tus manos lo ojeas y ese es tu momento. Ese en el que sueñas, viajas con la imaginación a los lugares en los que la historia transcurre, y pasan cosas como te hacen pensar y sentir todo aquello que quieren transmitirte. Sin darte cuenta, empiezas a recordar cómo fue tu infancia, tu adolescencia y cómo eres ahora como adulta. Vas tomando conciencia y repasas todo aquello por lo que has pasado: lo bueno, lo malo y lo no tan malo. Es algo de lo que nadie se escapa: tener mil y una experiencias diferentes. Divagaba.»

Entre tanto me pedí una segunda bebida y una tostada con jamón de la Toscana para acompañar. Mientras lo devoré, recordé que no había desayunado aquella mañana. Noté como si alguien estuviera observándome, pero intenté ignorar esa sensación. Quería seguir disfrutando del momento, pese a que mi mente estaba repasando lo que podría haber hecho mal para que me dejasen tirada de esa manera… Pensé en todo lo que había hecho como lectora: todo ese mundo de grupos de lectura y cómo empecé a entrar en ellos. Gente con tu misma afición, con tus ganas de sentir cada historia, de poder disfrutarla hablando y destripando el libro con los demás integrantes del grupo y con la escritora. Disfrutando todavía más de su lectura y de cada situación que está escrita en el libro.

El grupo que creía más especial, el que parecía más mágico, fue aquel que más daño me hizo. Intentaron que solo leyera lo que ellos decidían, que pensara e hiciera lo que ellos deseaban. Cuando me negué fue cuando todo empezó a cambiar. Siempre decían que podías ser tú misma, independiente, sin tapujos. Por lo visto, no era así. Aprendí que no debes guiarte por lo que unos pocos digan. Simplemente, sentid y, si veis que hay algo que no está bien, alejaos. Haced lo que vuestro corazón os dicte y que nadie os maneje.

En este grupo, en el que se suponía que era una más, que me querían por ser como era, por mi manera de pensar, me di cuenta de que no era así durante un viaje en el que me sentí muy sola, pese a estar rodeada de personas.

Se organizó la aventura a tierras italianas a primeros de septiembre. Quedamos para ir todos desde el mismo punto, salimos de Barcelona hacia Florencia, la estancia principal iba a ser allí y después quince días de ruta turística. Solo recuerdo que la primera parada sería la colorida *Cinque Terre*. No sé por qué seguía cavilando en lo mismo y otra vez esa sensación extraña.

Cuando levanté la cabeza, su mirada me atrapó: Sus ojos azules y su sonrisa me hipnotizaron. Iba con un traje a medida azul oscuro. Cuando menos lo esperaba, levantó su copa a modo de saludo y mis mejillas se pusieron rojas mientras levantaba la mía para devolverle el saludo.

Saqué mi teléfono para evitar dar pie a que sucediese algo y sentirme incómoda. Busqué el hotel en el que me hospedaba y decidí pagar y marcharme para comer allí y descansar un rato antes de volver para dar un paseo al atardecer, a ver si se me aclaraban las ideas. Me alegré de que hubiéramos decidido dividir los gastos del viaje en tres tandas y solo haber pagado la

primera. Aunque doliese, tenía que pensar en qué hacer. Cuando me encaminé hacia donde estaba el hotel guiándome con el móvil, me puse los cascos para escuchar música y no sentirme tan sola en el camino de regreso. Sonó una canción que me hizo detenerme un poco y, al girarme y levantar mi mirada, me di cuenta de que el hombre aún me observaba. No hizo ningún movimiento y eso me tranquilizó. Continué caminando mientras sonaba la canción *Imborrable* de Dante.

La letra de la canción la sentía tan real que asustaba, me identificaba con ella. Me gustaría poder enseñarme a mí misma lo que estoy viviendo en este presente para que, cuando llegase otra vez la misma situación, pudiera saber cómo actuar. Pero viajar en el tiempo no es posible. Alejarme del veneno de esa gente será mi mayor regalo, quererme y cuidarme mi mayor virtud. Saber que de los errores se aprende y la vida es una constante en aprendizaje. Ser yo misma, aprender a hacerme feliz sería mi mayor lección para asimilar y continuar luchando en la vida.

Llegué al hotel un rato después. Fui al restaurante y me sentaron cerca de un ventanal donde veía el ir y venir de la gente. Un tiempo después, me encontraba en la habitación intentado decidir qué hacer, hasta que me quedé dormida.

Al despertar seguía igual, sin saber qué hacer. Me duché, me puse un vestido de color rojo muy cómodo, de tirantes anchos, con una falda que quedaba por encima de las rodillas. Cogí una chaqueta negra muy finita por si refrescaba, ya que desconocía como eran las noches allí en el mes de septiembre. Con unas *Converse* negras para poder caminar con comodidad e ir a la misma plaza en la que había estado por la mañana, ya que me comentó la recepcionista del hotel que era un buen lugar para tomar un vino y cenar algo rico, disfrutando de la noche florentina. No me di cuenta por donde callejeaba y me encontré de frente «el puente». El *Ponte Vecchio* es una obra de arte. Este sí que era una obra de arte. Dicen que es el más antiguo de Europa. Me impresionaba cada rincón que tenía delante. Al cruzar, encontré una tienda donde se veía a un hombre de espaldas amasando la pasta artesanalmente. También vendían *castagnaccio*: una tarta hecha con harina de castañas, piñones y uvas. Al entrar, una señora mayor me sonrió y, al darse cuenta de que me quedé mirando al chico, se aproximó a mí, me agarró de la cara y me miró a los ojos. Me ruboricé y ella, en silencio, se marchó con una sonrisa. Un momento extraño, donde los nervios afloraron. Cuando la mujer se alejó volví a mirar al chico. Seguía a lo suyo.

Me encaminé a descubrir qué tipo de pasta vendían. Me encontraba tan abstraída mirando por cada estantería para ver qué comprar que no me di cuenta de que el hombre ahora estaba detrás de mí y, al darme la vuelta, choqué con su torso. Al levantar la mirada me quedé de piedra, ya que era la persona que menos pensaba encontrarme. El hombre de mirada azul.

Me paralicé. Él, con una bonita sonrisa yo, en *shock*, sin entender que por la mañana estuviera con un traje impoluto y ahora aquí, con ropa de trabajo y harina por los brazos. Su sonrisa se hacía cada vez más amplia, mientras yo me sentía cohibida y muda.

—*Figliolo a domani*.[1]

La señora cerró la tienda y… «¡hostia, que es su hijo!». No hubo confusión alguna con la traducción mental que hice. «¡Joder! Quiero que me trague la tierra y desaparecer». Él no paraba de observarme y sonreír, «¡madre mía, qué bonita sonrisa!». El paquete que llevaba en mi mano ahora estaba en la suya. No me di cuenta de cuándo lo cogió y lo dejó en su lugar. Yo arrugué la nariz, ya que no sabía qué quería hacer. Sin comerlo ni beberlo, sus manos agarraron mi cara y me observó como lo hizo la señora antes. No entendía nada, su sonrisa aumentó. Yo no sabía qué hacer.

—Mmm… Hola —No dejaba de sonreír y yo estaba muy nerviosa, necesitaba salir de allí.

—*Ciao*[2] —No se me daba bien descifrar el italiano. «Que la tierra me trague, por dios».

Mi respiración se aceleraba, él no me soltaba y tampoco dejaba de mirarme. Sin darme cuenta lancé una pregunta tonta.

—¿Me estás diciendo adiós? —Mientras, me entró un tic nervioso en la pierna. Al verme confusa, comenzó a hablar en castellano.

—Normalmente, es para saludar, aunque se puede usar para despedirse diciendo *ciao ciao o arrivederci*[3]. ¿Eres española?

Mi cabeza asintió sola, me quedaba claro que con él podría hablar en castellano sin problemas y eso me agradó bastante. Notaba que se encontraba como pez en el agua.

—¿Estás bien? —Sus manos acariciaron mi rostro.

—Sí. Aunque un poco confusa, gracias por hablar en castellano.

—No des las gracias, es bueno adaptarse a las circunstancias. ¿Estás sola?

Dudé qué contestarle, al final fui sincera con él.

—Sí. Una larga historia, ¿puedo hacerte unas preguntas? —Vi cómo asentía como respuesta, me lancé a interrogar—¿Eras tú él chico de esta mañana en la plaza que no dejaba de mirarme? Y ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Piero y sí, soy el de esta mañana. Ahora me toca a mí preguntar —Tenía una mirada intensa, no podía dejar de mirarlo a los ojos. —. ¿Cómo te llamas? ¿Te puedo invitar a cenar y así me cuentas tus razones para estar sola en Florencia?

Mi cabeza barajó todas las posibilidades. Si cenaba o no con él, si me dejaba llevar o no. Estaba hecha un lío y no sabía bien por qué estaba así. Me decanté por responder y hacer lo que sentí en ese momento.

—Me llamo Aleydis. Sí, acepto tu invitación. Te contaré lo que me vea preparada para relatar —Su sonrisa era hermosa y sus ojos azules iluminaron todo el local.



Capítulo 2

Piero

Esa mañana, cuando pensaba que no la volvería a ver, me la encontré en el local de mi familia. Mientras amasaba, vi cómo mi madre, con un movimiento grácil, se ponía delante de ella y la sujetaba de la cara sin decirle absolutamente nada. Observé cómo le brillaban los ojos a mi madre y asentía con mucho ímpetu, eso debía ser buena señal (o no) estaba muy confundido. Al rato, cerró la puerta para darme tiempo a ponerme cerca de *la donna*. Mientras, *mia madre* se dirigía a la parte trasera, que daba a nuestra vivienda, donde yo crecí. Ese local se mantenía igual que antaño, desde mis bisabuelos. Tenemos una gran reputación. Yo, siempre que podía, ayudaba. Me relajaba, no sabría las razones. Hoy en día lo sigo haciendo cuando necesito sosegarme.

Sin que se diese cuenta me acerqué a ella, al verme se sorprendió. Resultaba bastante transparente y era un rasgo que me animaba a indagar más sobre la mujer que tenía delante. Me aproximé y la agarré, para verla mejor, mientras le quitaba el paquete que llevaba encima. Me animé a invitarla a cenar. Pensé en mi amigo Andrea. Lo llamé mientras me cambiaba y le pedí que hiciera un encuentro casual. Tenía la sensación de que ella podría ser esa persona que nos complementase a los dos.

Vi la duda en su cara por la invitación. Cuando aceptó me sentí en calma. Me esperó mientras me cambiaba de ropa y Andrea no dudó en venir al encuentro. Antes de salir, me quedé mirándola, estaba observando todo con admiración. Aun así, tenía un halo triste. Sentía mucha incertidumbre por saber qué le había pasado. Necesitaba entenderla. Mi corazón me decía que era ella. Hablarle no sería fácil, pero tenía que saber y decidir si se dejaba llevar o no por lo

desconocido y las nuevas sensaciones que recibiese. Mi forma de ver una pareja no era lo más común. Andrea pensaba como yo, él por sus vivencias, yo por la simple razón de que, cuando estaba con una chica, necesitaba algo más y no sabía decir lo qué. Hasta que un día, al ir con Andrea a un club *swinger* , algo hizo clic. Descubrí aquello que necesitaba mi corazón para ser feliz. Lo hablé con Andrea y me dijo que le pasó exactamente lo mismo que a mí. Desde entonces, solo teníamos sexo en el club, ya que a nivel individual ambos lo habíamos intentado sin éxito. Y nuestra complicidad fue a mayores.

Esa noche quería ver si a él le pasaba lo mismo que a mí. Si al mirarla a los ojos le palpitaba el corazón a toda velocidad y lo embargaba un deseo irrefrenable que nacía desde dentro, imposible de obviar, como era en mi caso. Si sentía ese miedo a que no aceptara… A ver cómo podíamos enfocar el tema, si los sentimientos iban por el mismo camino.

Él era más que un amigo, ambos teníamos un ritmo de vida estresante, yo era abogado y él dueño de una red de hoteles repartidos por Italia. Su residencia fija era en Florencia y viajaba dependiendo de si surgían problemas o no. Contaba con personas a su cargo que dirigían los hoteles de una manera fenomenal. También era herencia familiar y la verdad era que él, con todas las mejoras que realizó, hizo que tuviera muchas más visitas y unas valoraciones impresionantes que lo habían colocado entre los diez mejores hoteles de Italia.

Me coloqué detrás de ella y la agarré de las caderas, el respingo que dio me hizo gracia y me entró la risa tonta. Se giró y arrugó la nariz de una manera muy especial. Que se dejara llevar por el momento me encantaba, pese a que nos conocíamos desde hacía pocas horas, y además parecía que no le ponía trabas a la energía que nos unía.

—No me asustes así —No pude quedarme quieto y la abracé, ella, con un suspiro, aceptó el abrazo.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Por instinto, le agarré la mano y la llevé, atravesando la tienda, salimos por la puerta de la vivienda familiar, ya que la principal de la tienda la cerró mi madre con antelación. Paseando por la calle me sentía relajado, los momentos de silencio eran cómodos e incluso necesarios, para sentir la energía fluir. Llegamos a la misma plaza donde la vi por primera vez y nos sentamos en un restaurante. Conocía al dueño porque era uno de los sitos a los que más iba con Andrea. Lo que menos me esperaba era que mi amigo fuera tan rápido que ya se encontrara allí.

—Amigo, ¿qué tal estás?

—Muy bien Piero, te veo bien acompañado.

—Sí, mira te presento: ella es Aleydis, viene de España. Nos vimos hoy y quise invitarla —La miré mientras hablaba y sentí que se ponía nerviosa. Me apretaba la mano como si la vida le fuera en ello—. Creo que sería bueno poder conocernos un poco más, ¿no creéis?

La acerqué a mi cuerpo, ya que sentía que estaba muy avergonzada. Le di un beso en la cabeza y ella la apoyó en mi hombro durante un segundo. Observé a mi amigo, sus ojos se iluminaron y con eso me sentí agradecido. Ahora tocaba que nos conociera a los dos, conocerla a ella y el tiempo iría diciendo lo demás.

—¿Os sentáis conmigo? —Miré hacía ella y vi que asentía.

—Sí, espera que los aviso, que teníamos una mesa preparada.

Me acerqué a una camarera para comentárselo y, a su vez, le pedí ya dos copas más de vino para nosotros dos y me senté en la mesa. Cuando volví con ellos estaban hablando sobre libros. Le sentaba bien la sonrisa, no como aquella mañana, con la mirada triste.

—Pues aquí estamos los tres. ¿En qué hotel te hospedas? —Observé que Andrea se

mostraba relajado, con su copa de vino en la mano, mientras a mí me comían los nervios.

—Estoy en el Hotel Sogni di Firenze —Nos quedamos los dos mirándola sin pestañear, digiriendo la enorme casualidad.

—Así que estás en mi hotel, ¿eh? —Sentí su mirada y la encontré con la boca abierta. Ruborizada estaba preciosa—. Dime, ¿tienes alguna queja?, ¿estás bien en la habitación?

Fueron preguntas directas, tenía ganas de saber qué respondía. Estaba muda. Tomó la copa de vino y se la bebió de golpe. Su gesto me resulto gracioso. Me volví a la camarera y le pedí agua y otra copa más.

—¿Tú eres el dueño? —Mi amigo asintió con la mirada—. ¡Qué casualidad! —Nos miraba a los dos y sus mejillas cada vez estaban más coloradas—. Llegué ayer. Somos un grupo de lectura y leer nos unió. Habíamos pensado ir, después de Florencia, a *Cinque Terre* y, pese a que la chica de recepción nos indicó muy bien, no podrá ser. Esta mañana, cuando le pregunté por las personas con las que había llegado y me dijo que ellos se marcharon sin mí, estaba preocupada por si me enfadaba. Ella no tenía la culpa de lo que habían hecho. Además, enseguida se comunicó con un compañero para que este ocupara su lugar y me acompañó a unos sofás que estaban ubicados en la entrada y pidió agua para darme y que asimilara la situación. Me tranquilizó mucho su compañía. —Su sinceridad me abrumó, supongo que a Andrea también. —Al verme más tranquila, me indicó varios sitios para que pudiera caminar y recuperar la calma. Le pregunté si podría quedarme una noche más y me lo confirmó antes de salir a pasear, además en la misma habitación.

El silencio llegó y nosotros no dijimos nada, no queríamos forzarla a que hablase. Supuse que no era agradable todo lo que podía estar sintiendo.

—Siento haberos contado todo esto, ¡qué vergüenza, por favor! —Nuestras miradas se alternaban. Sin pensarlo mucho, agarramos una de sus manos para darle confort. Consideraba que podía parecer precipitado, solo nos dejamos llevar por lo que sentíamos. La mesa en la que nos encontrábamos era redonda, con un banco para los tres en forma de medialuna.

—De vergüenza nada. Me alegra que te hayas sentido bien tratada, y que hayan tenido ese tacto contigo. Y, ¿qué planes tienes para estos días? ¿Te quedas o te vas?

—Pues tengo dos noches y el billete de regreso me lo cambié a abierto. No sé si regresar a Barcelona o hacer una ruta por aquí. Aún no tengo muy claro que voy a hacer.

Su mirada volvía a transmitir tristeza, era tan transparente. Mientras hablaba, expresaba mucho con sus manos. Miré a Andrea y lo vi feliz, con los ojos brillantes y, cuando nuestros ojos se encontraron, sabíamos perfectamente lo que pensaba el otro. Teníamos mucha complicidad y eso se notaba. Lo más gracioso era que mi madre siempre me decía que era como un hermano para mí y no iba desencaminada, pese a faltar detalles.

—Si te dijera que se me ha ocurrido un plan, ¿lo aceparías?

—¿Cómo quieres que acepte algo sin saberlo, Piero?

—Confiando un poquito en mí —Puse carita del gato de *Shrek*.

—¡Qué gracioso!, no pongas esa cara —dije riendo.

—Me encanta que sonrías —Mientras le acariciaba la mejilla, con su mirada me transmitía paz. Se la veía cómoda y feliz—. Y ¿qué me dices a lo del plan? ¿Lo aceptas o no?

—Está bien, acepto el plan. Ya puedes desembuchar durante la cena —Sonreía mientras lo decía y levantaba las manos como si fuera un caso perdido. Andrea no paraba de reír por nuestro comportamiento.

—Bueno, veo que yo estoy fuera de esos planes. ¿O también me puedo apuntar? ¿Qué dices, Piero?

—Tú ahí, chinchando, amigo. Vamos a pedir primero la cena y luego hablamos de lo que tengo pensado.

—Está bien, amigo.

Las miradas entre nosotros eran ocasionales, pero suficientes para saber lo que pensábamos. De esta manera comenzamos a disfrutar de una velada única para los tres.



Andrea

En el momento que hoy recibí la llamada de Piero, no creía que fuera a ir así la noche y más cuando esa bella mujer, delante de mí, me tenía cautivado. Era hermosa, con una mirada que hechizaba y una sonrisa que iluminaba tu día más triste. Era muy ocurrente. Ahora quería saber qué tenía en mente Piero. Nosotros teníamos una relación diferente a lo que se consideraba normativo. Íbamos a un club de sexo y los encuentros siempre eran a la par. Si hablamos de pareja, la nuestra era atípica. Habíamos intentado mantener relaciones por separado y fue imposible, nos sentíamos incompletos.

Yo, con mi ex, me encontraba perdido, necesitaba algo más. Y no solo a nivel sexual. Cuando estaba con él, nuestra conexión iba más allá del sexo: también nos queríamos. Lo más

lejos que habíamos llegado, entre nosotros, habían sido besos, caricias o masturbarnos mutuamente. No por falta de ganas, éramos conscientes de que eso llegaría en el momento en que estuviéramos con una mujer y nuestra relación de tres pudiera llegar a ser duradera, o esa era nuestra idea para un futuro. Mientras tanto, no pasaríamos de ahí. Siempre que estábamos agitados, nerviosos o estresados, íbamos al club como una necesidad. Desde que nos conocimos, habíamos sabido que necesitábamos a una tercera persona para formar una familia. Por el momento solo habíamos estado en el club manteniendo sexo con otras mujeres, fuera de este, nunca habíamos hecho nada.

¿Cómo se llama a la unión de tres personas que se aman en todos los aspectos? Trieja, ese es su nombre coloquial. Muchas personas lo confundirán con una relación abierta y no es así. Dependiendo de la identidad sexual, se pueden formar diversas triejas. También puede ser abierta o cerrada, aunque tanto Piero como yo la queríamos cerrada. Ambos nos habíamos dado cuenta de que nuestra atracción iba más allá y nos queríamos con todo lo que eso conllevaba. No hace falta repetir como es nuestra relación hasta ahora. Podría resultar una locura, pero es una que quería cometer.

Tenía miedo a esta nueva situación, mucho. No podría olvidarme de que yo tenía una hija que en aquel momento vivía con mi exmujer. Nos llevábamos bien y el divorcio había sido de mutuo acuerdo. Ella había rehecho su vida, eso me hacía feliz, la estabilidad emocional de mi hija era muy importante, no solo para nosotros, también para el resto de la familia. A Piero lo quiere como un tío y, cuando se ven, siempre están jugando como dos niños. Suponíamos que, cuando llegase el momento, habría que hablar con ella. Para que entendiese las diferentes maneras de amar. Supe que mi exmujer querría estar presente. Conocíamos como eran y como son nuestros sentimientos. Que las películas de *Disney* son eso, películas, fantasía y no tienen nada que ver con la realidad. Existía un pánico irracional cuando tuviese que hablar con mi pequeña. Consideraba que ya se daba cuenta de muchas cosas. Aun así, era una niña de ocho años a la que quería con locura.

Esa noche tenía muchos sentimientos encontrados. Sentado junto a dos personas que a una ya la amaba y con a otra que despertaba en mí una atracción que lograba desestabilizarme por completo. Su sonrisa me cautivaba y su mirada me atrapó desde que llegó al restaurante. Sentía que era una mujer con carácter, pese a su timidez. Percibía que, sin conocerla, la amábamos. Sí, la amábamos. Era ver la mirada de Piero y darme cuenta de que los dos nos sentíamos atraídos hacia ella como polillas a la luz. Ese sentimiento no se podía esconder y tendríamos que ir viendo cómo era ella para saber si podría formar parte de lo nuestro. Querernos a los dos. Y supongo que tiempo era lo que necesitábamos, para conocernos y que creciera la confianza.

Nosotros nos encargamos de pedir la cena para ese día, también escogimos el vino. Piero, porque disfrutaba de la comida y el vino y yo, por todo lo que aprendí desde joven con los hoteles de mi familia y por todos los cocineros y sumilleres que habían pasado por los diferentes grupos hoteleros desde que tenía memoria. Desde joven, siempre me interesé por todo lo que rodeaba a mi familia, cada vez que podía, iba con mi padre y observaba todo. Fue cuando decidí estudiar para ser un buen jefe.

Me encantaba que mientras hablábamos, tanto Piero como yo, nos aproximábamos a ella, la acariciábamos casualmente y se notaba que sentía todo eso, porque sus mejillas iban cogiendo un color rojizo. Su inocencia no me engañó, era una mujer fuerte y luchadora. Tenía muchas ganas de saber qué nos deparaba el futuro.



Capítulo 3

Aleydis

Tenía curiosidad por la propuesta de Piero, también su amigo me motivaba a seguir conociéndolos. Sus expresiones me impactaban. Aquellos ojos marrones me atraparon y era imposible dejar de observar. Sentirme entre los dos y que ambos, de vez en cuando, me cogieran de la mano, hacía que mi estómago revolotease. Sí, parecía extraño, pero era así como me hacían sentir. Mientras nos traían la cena seguimos hablando de cosas banales. El camarero se acercó con varios platos y todos tenían muy buena pinta. Imaginé que serían para compartir, cada uno de nosotros tenía un plato más pequeño delante.

—¿Qué es esto? —Señalé uno que parecía una galleta, con algo salado por encima…

—Este es *cinghiale in dolceforte* —Miré a Andrea con la nariz arrugada, y me explicó lo que era—. Es un plato tradicional florentino. Puede ser raro para el turista: se trata de carne de jabalí con un sofrito dulce de cebolla y uvas pasas, piñones, chocolate, zanahoria y especias. Tiene mucha historia, es de la época del Renacimiento y más típica en carnaval, aunque hoy es un día especial.

—Suena interesante. Esa mezcla de sabores tiene que ser una bomba para el estómago.

Al probarlo, no pude hacer otra cosa que gemir. Todos los ingredientes juntos resultaban orgásmicos. La verdad era que todos los platos estaban buenísimos, como la *pappardelle al ragù di cinghiale* o una ensalada de rúcula con tomate y *mozzarella*. Me preguntaron si quería probar un corte de carne y dije que no, que con esos tres platos yo ya cenaba, pero que ellos podían perfectamente pedir lo que quisieran.

—Al final ¿qué más os habéis pedido?

—*Peposso*, que es carne guisada con salsa de tomate, vino rojo y mucha pimienta —Piero, siempre atento, con su mano en mi cintura y explicando cada plato sin apartar su mirada de mí.

—¡Oh! Tiene buena pinta, chicos, aunque no me entra nada más.

Ambos sonrieron y cada vez los sentía más cerca de mí, acariciándome, cada uno desde su lado. A mí los nervios me aumentaban vertiginosamente. La cara cada vez se me enrojecía más y más. Mis ojos iban hacia los platos, no podía mantenerle la mirada a ninguno de los dos. Ese poder que ejercían sobre mí me superaba a cada momento. Esta aproximación me estaba alterando, decidí romper ese instante con una pregunta.

—Andrea, a parte del hotel, ¿qué más puedo saber de ti?

—Pues… ¿qué quieres saber de mí?

—Todo. Y Piero, tú también me vas a tener que contar sobre ti.

—Vale, si nosotros te contamos, tú a nosotros también. Iremos por orden. Andrea, luego tú y yo el último, ¿de acuerdo?

No sé por qué no me extrañaba que me fueran a preguntar también. Aunque aún quedaba la idea de Piero por contar. Vaya tarde me esperaba…

—Comienzo: soy Andrea, tengo cuarenta y cuatro años, soy dueño de una serie de hoteles, como en el que te encuentras durmiendo. Esto ya lo sabes. Estoy divorciado desde hace unos cuatro años, cuando mi pequeña Chiara tenía cuatro años, ahora tiene ocho. Piero me llevó el divorcio. Con mi exmujer tengo muy buena relación. Ella está con otro hombre y muy enamorada, cosa que me alegra. Mi hija es feliz y nuestras familias siguen estando muy unidas. Disfruto de mi tiempo con ella y, muchas veces Piero también pasa tiempo con nosotros dos —suspiró —. Ahora te toca a ti, preciosa.

Lo que menos me imaginaba era que fuera así su historia y, con todo lo que me dijo, estaba convencida de que el día que encontrase a alguien, se amarían sin reservas. No sé qué es lo que se me pasó por la mente que creía que esa felicidad ya la tenía junto a Piero, sus miradas eran únicas y especiales. Ahora me tocaba a mí dar el paso.

—Me llamo Aleydis y vivo en Tarragona desde hace diez años. Tengo treinta ocho. Vivo muy tranquila: casa, trabajo; trabajo, casa. Sumamos a esto paseos por la playa del Miracle, donde me entretengo leyendo sentada en la arena, mirando al mar. Mi trabajo es en una tienda de ropa de mujer, de todas las edades. Me gusta mucho mi puesto, además mi jefa y la otra chica de la tienda son personas en las que me puedo apoyar si sucede algo, no son amigas de toda la vida, pero sí las considero amigas. No tengo familia, dejemos el tema ahí. Creo que ya está todo, por el momento. Buf… Esto ha sido peor que un examen —Las risas de los tres resonaron en ese momento, lo que nos transmitía calma—. Te toca, Piero, y que no se te olvide contar tu plan para estos días.

—Vamos con mi examen de admisión y, cuando tengamos una copa en nuestras manos, hablo sobre la locura que tengo en mente —No sabía cómo se las apañaba, siempre me dejaba con una sonrisa en la boca. Le hice un gesto para que continuara, mientras sentía a Andrea reír por lo bajo. Estos hombres iban a conseguir que perdiera la cordura.

—Amigo, habla ya, que nos va a poner una falta enorme.

—Si, ya voy, ya voy… Soy Piero, tengo treinta y ocho años, tanto Andrea como yo somos de Florencia. Mi familia tiene una tienda de pasta fresca y el típico dulce de aquí, el cual tú ya has visto. Es una tienda con mucha historia y, de vez en cuando, trabajo allí. Soy abogado y tengo mi propio bufete. Tengo mucho trabajo, aun así, soy feliz con todo lo que voy logrando cada día. Creo que algo de esto ya te lo dije con anterioridad. Venga, vamos a pedir un *cóctel*.

—Está bien, espero a tener un mojito en mis manos para que cuentes tu plan. Y sin excusas.

«por qué… ¡señor! ¿Por qué es así este hombre?», pensé acalorada.

—¿Qué quieres Andrea?

—Ya sabes lo que me gusta, Piero, así que lo mismo que tú más su mojito.

Vi cómo se levantaba Piero, mientras guiñó un ojo, para ir a la barra a pedir las bebidas y me dejó a solas con Andrea. Mi vergüenza aumentó y me sentí un poco fuera de lugar. Además, todavía no asimilaba todo lo que había pasado. Sentí cómo se desplazaba y se quedándose sentado de tal manera que me podía observar sin girar cabeza. Me moví para ver, sin levantar cabeza. Él, con una mano, me levantó el mentón, me acarició y me abrazó.



Andrea

Cuando Piero se fue a pedir las bebidas me quedé a solas con ella, vi que se estaba avergonzando de quedarnos solos. Tenía muchas dudas, pero no era el momento de resolverlas. Ya llegaría la hora de tomar una gran decisión para los tres. La mirada de Piero al marchar fue clara, que me acercase más a ella, que la conociese y que la sedujese. La verdad es que era una situación en la que yo también estaba nervioso, pero tenía que actuar de algún modo para que ella no estuviera incómoda. Decidí cambiar de posición para poder estar más confortable y poder acercarme más a ella. La agarré del mentón para que no bajara la cabeza y, a su vez, la acerqué más a mí. Solo

podía abrazarla mientras le daba un beso en la cabeza.

—Tranquila, que no me como a nadie, eh.

Su sonrisa llegó y atravesó todos los poros de mi piel como un bálsamo a las dudas, a los miedos de cómo sobrellevar cada situación que nos deparasen los próximos días. Sabía que Piero nos iba a sorprender con su propuesta. A ver con qué nos salía…

—¿Tú qué crees que nos va a decir Piero?, ¿cuál será su plan?

—No tengo ni idea, es tu amigo, lo conoces tú más que yo —Sonrió, mientas se cubría la boca con la mano y pedía disculpas.

Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla, mientras seguíamos riendo. Piero se acercó con las tres copas, le guiñé un ojo para decirle que estaba todo bien, que estuviese tranquilo. Ella, con su alegría, lo animó a que nos explicase su plan.

—Venga, un brindis y empieza a hablar. De esta no te escapas ya, lo llevas retrasando toda la tarde.

—Aguafiestas. Me gusta mantener la intriga hasta el final.

—Te haces de rogar —Nos dio la risa. Noté cómo ella giraba su cuerpo y su espalda se apoyó en mi pecho como acto reflejo. Yo aproveché para rodear con mi brazo su cintura y con la otra mano sujetaba la copa. Quería que confiase en que todo iría bien. Veía cómo Piero se divertía aún más con ese gesto y yo estaba a punto de matarlo.

—Está bien, está bien… —Bebió un trago, dejó la copa muy despacio en la mesa de nuevo, se giró hacia nosotros y nos miró, muy fijamente—. ¿Qué tal si el próximo lunes nos vamos los tres a hacer una ruta por el Cinque Terre? Salimos temprano el lunes y regresamos el sábado a Florencia. Podemos pasar una noche en cada uno de los pueblos y, si lo queremos alargar, lo alargamos. Creo que es una buena manera de pasar unos días extraordinarios. De momento, Andrea, no vas a tener a la pequeña Chiara hasta dentro de diez días y para ese entonces, tendrás que llevarla al colegio y todo lo que conlleva ser un padre a tiempo completo.

—Me gusta la idea, —ojalá todo vaya como creo que tanto Piero y yo queremos, —¿qué opinas, Aleydis? Sí, en unos días tendré a mi peque conmigo. Ya tengo ganas de verla de nuevo y que duerma algunas noches en casa.

—Pues, sinceramente, creo que es buena idea —Perdí el contacto de su cuerpo para que pudiera quedarse otra vez sentada normal, mirando a la plaza que teníamos enfrente del restaurante en el que nos encontrábamos. Me gusta tenerla cerca—, aunque vosotros seguro que no tenéis ningún impedimento.

—Por mí nos vamos mañana —dijo guiñando el ojo.

—En principio sin problema, pero lo hablo con mi ex y me aseguro.

Le preguntamos qué quería hacer y decidió ir al hotel necesitaba descansar. La acompañamos sin dudarlo.



Capítulo 4

Aleydis

La estancia en Florencia estaba siendo un tanto extraña y, a su vez, divertida. Conocer a Piero y Andrea había resultado de lo más grato y placentero. Que me propusieran lo de cenar fue un tanto rápido, lo de su amigo, seguro que ya habían quedado (se notaba la complicidad entre ellos). Lo del plan ya era una locura, pero una que quería cometer. Mi instinto me decía que fuera, que disfrutase de todo lo que me deparasen mis días allí. Decidí que llamaría a mi jefa de la tienda, en Tarragona. Necesitaba hablar de lo que estaba sucediendo y quería escuchar sus consejos para poder decidir qué hacer.

La cena había sido maravillosa, con momentos peculiares, de los que provocan que el corazón de una vibrase. Terminamos la velada y me preguntaron por lo que quería hacer en ese momento. Me acompañaron al hotel. Quedando para desayunar juntos al día siguiente. Ya en la habitación, me duché, me puse cómoda e hice la llamada tan necesaria.

—Hola Núria, ¿qué tal todo?

—Bien. ¿Y tú por Italia?, ¿qué me cuentas?

—Me dejaron tirada y desaparecieron de la faz de la tierra. No sé nada de ellos y no me molesté en mirar sí habían dicho algo —Suspiré para poder continuar con mi relato—. Paseando por la ciudad conocí a Piero. Él ha sido una persona muy cercana, me ha hecho sonreír en estas pocas horas. Lo más extraño es que fuimos a cenar y un amigo suyo estaba allí. ¿Casualidad? —Ella estaba callada, escuchando mi retahíla y, yo sin poder parar de hablar, se lo conté todo de un tirón— ¡oh! pues claro que no es casualidad, que no soy tonta. Aun así, han sido muy amables conmigo, muy pacientes y tranquilos. Mientras cenábamos no han parado de acariciarme, ya no

solo eso, a Piero se le ha ocurrido que me fuera con ellos unos días a conocer Cinque Terre y, antes de saber el plan, ya había dicho que sí —Suspiré antes de caer sentada encima de la cama —. Estoy hecha un lío, Núria. ¿Qué hago?

—Vale, para empezar, cálmate que en ese estado no vas a ganar nada, ni dormir tampoco — Suspiré, me levanté en ese momento para salir al pequeño balcón de mi habitación y así tranquilizarme—. En mi humilde opinión, déjate llevar. ¿Cuántas veces vas a tener una oportunidad así de poder descubrir lugares con una compañía que, hasta el momento, solo te ha hecho reír?

Tenía una lógica aplastante todo lo que me decía ella. En ese momento decidí disfrutar de lo que aconteciera, hablamos un poco más, quedando en volver a llamarnos pronto y que mirase para adelante.

—Vale, ya te entendí Núria, gracias por escucharme. Que tengas buenos días y seguimos en contacto.

—Aprovecha cada momento y no pienses mucho. Eso sí, a ver si te haces una foto con ellos y me la envías. Tengo que valorar si son guapos o no.

Me la imaginé guiñándome un ojo y con una sonrisa pícara en su rostro. Cuando nos despedimos, me metí en la cama para poder descansar. «Mañana será otro día», me dije. No tardé mucho en quedarme dormida. Me esperaban unos días con muchas sorpresas.



Andrea

Paseando hasta el hotel hablando de Florencia y de sus lugares míticos. Me sentía bien disfrutando de este momento con los dos. Miraba a Piero y, no tenía duda: él pensaba igual que yo. Al despedirnos de ella, nos fuimos a mi casa ofreciéndole quedarse a dormir conmigo.

Al llegar, nos cambiamos y nos pusimos ropa cómoda: unos pantalones de algodón y unas camisetas de tirantes. Al salir al comedor, pusimos un poco de música y preparé un güisqui para ambos, para hablar un poco de cómo afrontar los días que pasaríamos con ella en Cinque Terre.

—¿Qué piensas, Andrea?

—En ella, pienso en ella, que la veo muy sensible y niña a la vez, es un sentimiento extraño.

—Sí, a mí me pasa lo mismo y por eso me atrae. Aunque creo que no solo me atrae a mí y sabemos lo que eso nos dicta. Creo que llegó la hora de probar algo —No sabía a qué se refería Piero. Se levantó del sofá y se terminó su copa de un trago en cuanto me la terminé, me agarró de la mano y me llevó, a través del pasillo, hasta mi habitación.

Me dejé guiar, habíamos retrasado ese momento mucho tiempo y, en mi opinión, ya era la hora. Porque, si ella entraba en nuestras vidas, nosotros nos teníamos que sentir bien el uno junto al otro. Necesitábamos ir más allá para que nuestro amor fuera más fuerte junto a ella. Ambos, al jugar en el club, siempre habíamos sido dominantes, aunque en ese momento, no lo pareciera, el que sería pasivo iba a ser él. Ese hombre que me hizo sonreír cuando menos lo pensaba. Me hizo ver que había más vida que una relación sencilla, estaba desmotivado y cambió mi forma de pensar.

Ya en la habitación, se aproximó a mí y con sus manos cogió las mías, para que las pusiera en su cintura. Mientras, él comenzó a acariciar mi nuca, la parte final del cabello y, de vez en cuando, subía la mano para poder agarrar mi melena en un puño. La otra la tenía posada en mi hombro, que acariciaba con uno de sus dedos haciendo círculos. Mi respiración iba en aumento. Cerré los ojos por un segundo, que él aprovechó para acercar sus labios a los míos y darme un beso. Me hizo abrir los ojos y vi su mirada ardiente sobre la mía. Su respiración se intensificó y nuestro beso se fue convirtiendo en uno más pasional, más agresivo. Nuestras lenguas estaban envueltas en una guerra para ver quién cazaba a quién. Enseguida noté cómo nuestros cuerpos se apretaban más entre ellos, sus gemidos los escuchaba altos y claros, saboreé el güisqui escocés en sus labios, noté esa fuerza que le daba el ahumado.

El beso se ralentizó hasta que nos separamos, sus manos fueron directamente al bajo de mi camiseta y me la quitó, yo hice lo mismo con la suya. Sentí sus manos agarrar la cintura de mis pantalones y bajarlos sin premura. Las caricias hacían que mi cuerpo vibrara, que sintiera cada roce, cada estímulo. Me dejé llevar, cerré los ojos para poder apreciar la pasión que se desbordaba en nuestra piel. No necesitábamos decirnos nada, nuestros cuerpos hablaban por nosotros y nos contaban todo lo que necesitábamos en cada momento. Sin darme cuenta sentí su lengua acariciar mi glande.

—Piero.

—*Shh*, disfruta *amore*[4].

Con esas palabras tan sencillas, me liberé. Abarcó todo mi pene con su boca. Con mis manos a cada lado de su cabeza lo fui guiando para sentir cada lamida, cada embestida. Una de sus manos acariciaba los testículos, la otra la tenía apoyada en mi culo. Así estuvimos un buen rato, hasta que sentí mis piernas temblar. Ahora era mi turno. Le quité los pantalones, lo senté en la cama y me puse de rodillas entre sus piernas para tener mejor acceso a su cuerpo. Me

aproximé a su boca y lo besé antes de entretenerme en acariciar con mis labios cada parte de su cuerpo hasta llegar a su miembro, ya erecto, con un poco de líquido preseminal en la punta. Sentí sus manos a cada lado de mi cara mientras hizo lo mismo que yo, guiarme para poder lamer, hacer penetrar su miembro en mi boca despacio.

—Andrea, ¡oh! joder… —Sonreí mientras lo escuchaba maldecir. En ese momento me levanté, para mirarlo a los ojos.

—Túmbate en la cama boca abajo —Mientras él se tumbaba yo me acerqué al cajón para sacar un preservativo y lubricante. Volví hacia la cama, me subí en ella y me puse encima de él, dándole besos en la parte de atrás del cuello, cerca de su oído. Él rozaba mi pene entre sus glúteos. En un movimiento pecaminoso, consciente de que lo que aquello que deseábamos se iba a hacer realidad. En la habitación se escuchaban los gemidos de Piero, mientras mis labios bajaban por toda su espalda hasta llegar al culo. Le di una cachetada, acto seguido lo lamí en ese mismo lado y lo mordí. Me entretuve besándolo en esa parte hasta que, con mis manos, cuidando de no hacerle daño, abrí un poco sus nalgas para poder tener mejor acceso al agujero por el que me abriría paso para poder llegar a la próstata y darle todo el placer hasta que se corriera. Mi lengua empezó a rozarle en esa zona, a acariciarle con la otra mano los testículos. Decidí ponerle un cojín para poder elevar un poco su pelvis hacia arriba. Continué lamiendo, hasta que puse un poco de lubricante en mis dedos para acariciar con ellos, me adentré a explorar, ver y sentir todo lo que Piero transmitía.

—Voy a empezar suave, si te molesta o te hace mucho daño, dime.

—¡Oh! joder, todo va bien, necesito… —No le dejé terminar la frase.

—Sé qué necesitas, solo disfruta.

Fui metiendo un dedo, él agarraba las sábanas con las manos en un puño, me puse más lubricante y metí el segundo, cada vez le abría un poco más el orificio. Así estuve un rato más, hasta que metí un tercero. Sus gemidos eran música para mis oídos, noté cómo comenzaba a mover su cadera, con la necesidad de más y más de mí. Saqué mis dedos de él, le di una cachetada y, mientras mis labios lo besaban, me coloqué el profiláctico y me puse más lubricante en mi pene mientras me lo acariciaba. Con una mano le sujeté la cadera y guie mi miembro a su entrada. Me adentraba despacio, sintiendo, viendo como él se estremecía. Disfrutando de cada segundo de ese momento tan especial para nosotros.

Cuando ya estaba completamente adentro, Piero me reclamó que quería besarme, yo me apoyé en su espalda, poco a poco, para no hacerle daño, hasta que se acostumbrara a tenerme dentro. Nuestros labios se tocaron y fue un beso ardiente. Comencé a moverme con lentitud hacia fuera y, de nuevo, hacia adentro. Despacio, me incorporé después del beso y mis manos tocaban su espalda, mis movimientos eran lentos, muy lentos, con la intención de aumentar nuestro placer al máximo.

—Más… más rápido, por favor…

Comencé a acelerar mis embestidas, mientras mis manos apretaban más fuerte sus caderas. Nuestros movimientos aumentaron, necesitaba tenerlo más cerca, desaceleré hasta salirme, me senté en la cama apoyado en el respaldo de esta.

—Piero ven, siéntate y empálate en mí.

Se acercó despacio, gateando en la cama, mientras sus labios recorrían mi cuerpo de modo ascendente, hasta llegar a mi boca en un beso fervoroso. Su acercamiento calentó mi cuerpo más todavía, se sentó a horcajadas, mientras se introducía mi pene. Nuestras miradas se cernían la una sobre la otra. Nuestros movimientos fueron al unísono.

—Aquí falta una persona.

—Estoy muy de acuerdo con lo que dices, ahora necesito que te corras amor, yo estoy cerca, abrázame y siente.

En cuanto le dije eso, nuestros cuerpos se juntaron, con un intenso beso, los movimientos fueron en aumento, con nuestras manos juntas en su miembro mientras aceleramos la acción hasta sentir su corrida, caliente. Al poco me corrí yo, estando dentro de él. Estuvimos abrazados durante un rato, nuestras sonrisas nos daban vida.

—Vamos a la ducha y a descansar.

—Espera un poco más así, Andrea, me gustó mucho sentirte de esta manera, aunque necesite una ducha.

—Piero, este lado tuyo juguetón lo desconocía —Las risas de ambos resonaron en la habitación.

Nos levantamos y fuimos a la ducha, nos metimos en la cama, donde lo abracé por la espalda y nos quedamos dormidos.



Capítulo 5

Piero

La noche terminó como tenía que ser, la necesidad de que estuviera también ella era muy grande. Los dos notábamos que era precisa su presencia junto a nosotros. Caímos redondos en la cama. Al despertar, con el sonido del móvil, vimos que era el de Andrea, él se lo acercó al oído y lo vi levantarse para hablar. Mientras tanto, yo me fui al baño para asearme y vestirme. Al salir lo vi triste. Sin necesidad de preguntar, me dijo que no podría venir con nosotros a Cinque Terre, se tenía que quedar con la peque. Su ex Alda, por trabajo, tenía que marcharse unos días y sus padres no podían quedarse con ella. Eran las ocho de la mañana y llegarían en una hora, más o menos.

—¿Llamo al hotel para hablar con Aleydis y decirle que no podemos quedar?

—No, ve a buscarla, desayuna con ella. Quedamos para comer aquí, yo hablaré con Alda hacerle saber sobre ella. Podemos pasar el finde todos juntos, me gustaría que conociera a Chiara —Se sentó en la cama de nuevo y yo me acerqué a su lado. Me acuclillé, mirando a sus ojos, agarré sus manos y le di un beso.

—Voy a buscarla, ahora nos vemos.

Se levantó, me hizo ponerme de pie y me dio un beso, que necesitaba como agua de mayo. Nuestras frentes se juntaron, mientras nos acariciábamos.

—Ve a la ducha, vístete y prepara el desayuno, seguro que tu peque viene con hambre, conociéndola —Mi sonrisa y la suya fueron un gran alivio para mí, ya que no quería que estuviera a malas con nadie por dar por perdidos los planes, aunque no tuviera por qué ser así—. Voy a buscar a Aleydis y ahora te digo algo, habla con Alda y disfrutaremos de la pequeña. Del

plan ya hablaremos, puede que hacerlo por separado y ampliar la zona de visita sea bueno para ella. Que nos conozca a ambos y que nos necesite a los dos.

Su sonrisa se agrandó, me abrazó y con un «gracias» se fue al baño. Le dije que me marchaba y que estaríamos en contacto. Fui caminando hacia el hotel. Hacía un día increíble, con un sol que calentaba el alma. Justo en el momento en que llegué, ella salía del ascensor. Estaba preciosa, con un vestido azul con una flor pequeña en la falda, que le llega hasta las rodillas. Las *converse* blancas y su piel morena hacían un bonito contraste. En cuanto llegó a mi lado le di un fuerte abrazo.

—¿Dónde está Andrea?

—Esta mañana recibió una llamada de su ex. Tiene que cuidar de su hija la semana próxima, ella tiene que salir, por trabajo.

—Vale, quiere estar solo con su hija —No pude soportar ver su cara triste, me acerqué a ella, la rodeé con mi brazo y sus manos se ciñeron a mi cintura.

—No, preciosa, no quiere estar solo, quiere que desayunemos juntos y luego iremos a su casa. Ahora estará hablando con su ex de ti. Nuestra semana en Cinque Terre sigue en pie y la próxima puedes ir tú con él, a donde quiera llevarte —Levantó su mirada para anclarse en la mía, ver que era cierto lo que le decía y, sobre todo, darse cuenta de que el viaje sería una realidad—. No es algo definitivo, aunque se lo dije antes de marcharme esta mañana de su casa.

—De acuerdo, vamos a desayunar y luego vamos a buscarlos.

Me acerqué otra vez a ella y le di un beso en la cabeza a modo de agradecimiento. Fuimos al restaurante del hotel a desayunar cogidos de las manos. El desayuno estuvo muy bien, hablábamos de qué hacer ese día, de sitios para poder ir con Chiara…, me sorprendí al ver lo rápido que ella quería organizar algo para disfrutar con una niña de ocho años. Estaba convencido de que, en cuanto lo supiera, Andrea se iba a enamorar más de ella. Si en tan poco tiempo ya hablaba de amor, no quería saber el día que ella se fuera por el fin de sus vacaciones. Andrea y yo tendríamos que pensar algo para que no se marchara, o que regresase a nosotros de nuevo.

—Piero, ¿hay algún parque cerca de donde vive Andrea para poder salir a pasear con su hija y jugar? Que haya más niños para que pueda disfrutar la peque de un día rodeada con su padre y más personas

—También con nosotros, que formaremos una familia, aunque somos amigos, somos familia a la vez.

Su mirada se iluminó, brillaba con lágrimas sin derramar. Esperaba que no le hubiera pasado nada esa noche. Me tendría que asegurar de que estaba todo bien.

—Aleydis, ¿te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Por tu mirada, se ve algo triste —Me volví hacia ella y la agarré de la mano.

—Sí, todo bien, me alegra mucho que quiera que esté con vosotros hoy y que conozca a su hija, que es una persona muy importante para él. —Ver su sonrisa me resultó gratificante, mi corazón bombeó de felicidad. —Confía en mí y siento que es mutuo. Venga, termina y vamos.

—¿Qué prisas tienes ahora? —Me eché a reír y ella también. Me instó a acabar el desayuno y levantarme. Estaba preciosa así de excitada por lo que nos depararía el día.

Al terminar nuestros desayunos caminamos hasta la casa de Andrea. Cuando timbramos, enseguida nos abrió y, al subir, ver los ojos chispeantes de él era una muy buena señal. En el comedor se encontraba la pequeña viendo la televisión, todavía estaba su madre, supongo que para conocer a Aleydis. Nosotros nos abrazamos en ese momento y luego giró hacia ella y la

rodeó con sus brazos. Escuché cómo le daba las gracias y ella se sonrojaba. Me gustaba ver sus mejillas coloreadas cada vez que sentía vergüenza, era superior en su ser.

—¿Dónde está mi bichillo más bonito?, el tío Piero quiere un gran abrazo.

—¡Aquí estoy!

Vino corriendo hacia mí y la alcé en volandas, mientras nuestras risas resonaban en toda la casa. Vi cómo su madre se levantaba, me daba un beso en la mejilla y se acercaba a donde estaban Andrea y Aleydis. Me fui con la peque a sentarnos en el sofá para que viera la televisión. Supuse que necesitaban hablar y para así poderse ir tranquila la madre. Es una de estas cosas que envidio de ellos: pese a estar divorciados, su cariño de amigos no se marchó. Se respetaban, se comunicaban y, sobre todo, confiaban uno en el otro por la educación de su hija y para transmitirle todo ese amor que un niño debe recibir.



Aleydis

Esa noche dormí de maravilla, reflexionando sobre lo que me depararía el día siguiente. En cuanto abrí los ojos, me metí al baño y me di una ducha con agua templada que reavivó mi cuerpo y mente. Me vestí y bajé tras coger la mochila con las cosas necesarias. En el momento

que puse un pie en el vestíbulo del hotel vi que solo estaba Piero. Me asusté en un principio, me estaba acostumbrando a estar con los dos a la vez. Me explicó la situación y lo comprendí enseguida. Me alegraba que quisiera que estuviera con ellos y con su hija. Desayunamos entre risas. En el camino a casa de Andrea, hablamos de cómo era la ciudad. El sol estaba en lo más alto, dando calor y vida a una ciudad que despertó con mucho ajetreo y vida.

Llegamos y Piero enseguida se fue con la pequeña, nosotros tres nos metimos en la cocina para poder hablar, ya que la madre de Chiara quería dialogar conmigo para conocerme un poco más. Ya sabía que ese momento llegaría y tendría que contar un pasado que quería mantener en el olvido. Entendía que, habiendo una niña, los padres necesitan confiar, más siendo una desconocida, solo nos tratábamos desde hacía veinticuatro horas. Tendría que hablar sobre mí, de eso no tenía ninguna duda.

—Hola Aleydis, ¿dormiste bien?

—Si Andrea, dormí bien. Gracias.

—Hola, mucho gusto de conocerte, soy la madre de Chiara, ¿podríamos hablar un poco?

—Hola, encantada de poder estar aquí. Sí, vamos a hablar. Andrea dile a Piero también, ya que es un tema delicado y solo me gustaría decirlo una vez. Después podréis hacerme las preguntas que necesitéis.

Vi a Andrea ir al comedor para avisar a Piero, mientras su ex me miraba. Fue una mirada sencilla. Sin esperarlo, apoyó su mano encima de la mía, ya que estaba temblando. Ese pequeño gesto hizo que una lágrima se derramase y sin darme tiempo, me abrazó. Escuché cómo se acercaban. Al vernos así, sin decir nada, se unieron a ese achuchón. Sentir ese gesto sincero hizo que los nervios salieran con más lágrimas. Me sentaron en la silla y vi cómo prepararon una infusión para mí y para ellos un café. Mi respiración se fue calmando.

—Toma la infusión y calma, nosotros no te vamos a juzgar.

—No es por eso —Suspiré para poder comenzar a hablar —, dejadme decirlo de un tirón — Vi cómo los tres asentían —. Yo vivía en Madrid con mi familia, trabajaba como educadora infantil en un colegio. Era muy feliz en esa época. Todo cambió de un día para otro, mis padres murieron en un accidente de tráfico, mis abuelos paternos habían fallecido tiempo atrás, mi padre era hijo único y, de los maternos, solo vivía mi abuela. Ella no tenía mucha voz, ya que era manejada por sus hijos. Excepto mi madre. Era una situación muy incómoda. Mis tíos por parte de madre me dieron de lado al mismo tiempo que yo enterraba a mis padres. No sé las razones, supongo que fue por la herencia. Aunque en realidad no era muy extensa. En ese tiempo tenía una pareja que, cuando más lo necesitaba, no estuvo a mi lado, estaba con una de mis primas, acostándose juntos. —Mis lágrimas fueron a más en ese momento, entre hipidos. Sentí los brazos de Piero rodeándome desde atrás. Andrea me agarraba las manos desde adelante y su exmujer estaba descompuesta. Se notaba que era lo que menos esperaban—. Los pillé cuando regresé a casa, después de enterrar a mis padres, ahí es donde explotó todo. Llevaban juntos casi cinco años, conmigo fueron casi seis. Para colmo, él a mi lado no quiso ser padre y con ella sí, estaba embarazada. Así que vendí todo, dejé mi trabajo, el notario del testamento me ayudó a buscar una ocupación fuera de Madrid y desistí de todo. Por eso llevo diez años en Tarragona, trabajando en la tienda de ropa y con una vida muy tranquila. De mi abuela no sé mucho, sin que ellos se den cuenta me llama para interesarse por mí. No lo hace muy a menudo, ya que no puede. Siempre tiene alguien a su lado para evitar que me llame y saber de mí. Es una situación muy difícil para las dos, mi abuela era el único apoyo que tenía estando allí sin mis padres. Espero que siga bien y con fuerzas.

Me derrumbé, ellos se mantuvieron a mi lado. Me levanté para ir al baño a lavarme la cara,

empecé a sentir mareo, mis piernas flojearon, antes de caer. Sentí cómo Piero me agarraba y me llevaba en brazos hasta que me tumbó en una cama, perdí la noción del tiempo, me recostó y me tapó con una manta. Sentí cómo me observaban. Su exmujer se aproximó y me dijo que no me preocupase por nada, no iba a estar sola.

Ojalá fuera cierto eso. Cada vez que hacía algo para disfrutar me rompían el corazón, de una manera o de otra. Acabé exhausta al terminar de abrir mi alma. Ya conocían una pequeña parte de mi vida, pero aún quedaba mucho por averiguar. Todos me daban de lado. ¿Qué más podría hacer para que no ocurriera? Solo quedaba una opción, y era la única que no me planteaba. Con estos pensamientos, me quedé dormida.



Capítulo 6

Andrea

—¿Cómo pueden hacerle eso a ella? —Yo estaba nervioso y Piero, con esa pregunta, me rompía más por dentro. Mi exmujer no dijo nada, aun así, se notaba que estaba compungida por todo lo que nos había contado.

—Chicos, ahora lo que menos necesita ella es que os salga el lado troglodita y estéis enfadados con el mundo. Solo os requiere a su lado y creo que es la adecuada para vuestra forma de ver la familia. Siempre me tendréis de vuestro lado.

—Piero asegúrate de que Aleydis esté bien, yo tengo que estar con mi pequeña y preparar algo de comer —Mantenerme ocupado era lo único que me calmaba, por eso intenté hacerme cargo de preparar el almuerzo.

—Andrea, me quedo hasta después de comer, hago yo la comida. Ve con tu hija. Piero, procura que esté bien. Cuando se despierte se avergonzará del momento. No la cagues, que no se sienta culpable por lo sucedido.

En ese momento agradecí que estuviera allí y cogiera el toro por los cuernos. Era una gran mujer y me alegraba mucho que mantuviera una relación y que la quisieran lo que yo no pude quererla. No era lo mismo el querer de un amigo que querer a la persona que estaba a tu lado cada día de tu vida. Nuestra relación era muy cordial, pero hasta ahí. Lo mejor que teníamos es nuestra pequeña Chiara, que se encontraba en el sofá viendo los dibujos que le gustaban y parecía que no se había dado cuenta de nada. Me abracé a ella y la senté encima de mi regazo, necesitaba tenerla y sentirla.

Noté la presencia de Piero que dijo, con el movimiento de su boca, que Aleydis estaba

durmiendo. Apoyé mi cabeza en el respaldo del sofá, cerrando los ojos. No entendía a las personas que hacían daño gratuitamente a otras. En esos momentos mi cuerpo se fue relajando, con la respiración de mi pequeña. Ella notaba que algo había pasado, por eso estaba tranquila, sin decir nada. De vez en cuando sentía cómo su manita me acariciaba la cara y me daba un pequeño beso en la mejilla. Un amor más puro era difícil de tener.

—Andrea —Me giré para mirar a mi ex y ver qué quería decirnos —, ve a despertar a la chica. Piero ve con mi hija a preparar la mesa para comer todos juntos y yo termino de preparar la comida. Queda muy poco para que esté todo listo.

Con toques de sus palmas nos puso a todos firmes en un momento. Mi pequeña empezó a reír e hizo que todos sonriéramos también. Me adentré en el pasillo para ir a la habitación. No entendí bien por qué Piero la llevó directamente allí. Eso la iba a abrumar más de lo que ya podría estar en cuanto abriese los ojos. Seguía recostada y con los párpados cerrados, me adentré y me senté en la cama. Mis manos no pudieron estar quietas, le acaricié la cara, su respiración fue cambiando y sus ojos abriéndose. Noté en qué momento se dio cuenta de todo y se tapó la cara con sus manos.

—Pequeña, ya está, no te preocupes por nada.

—Siento vergüenza de como reaccionó mi cuerpo.

—No lo hagas, cariño. No hagas que lo ocurrido sea vergonzoso para ti. Quien debería tener vergüenza son aquellos que te hicieron daño. —Se sonrojó, pero no apartó su mirada de la mía.

—Gracias, ¿puedo pedir algo? —Arrugó la nariz antes de que pudiera contestar y levantó la mirada— Es… ¿es tu habitación?

—Sí, Piero te trajo aquí. ¿Qué es lo que quieres pedirme?

—¿Me puedes dar un abrazo?

Me acerqué a ella y, sin contestar, directamente se lo di. Le di un abrazo que nos hizo bien a los dos. Sentí cómo se calmaba y, al final, la insté a levantarse para ir a comer, porque ya estaba todo preparado. Le agarré la mano, ella frenó, señalándose los pies. «Ve descalza», le dije, para que se sintiera en su casa. Volvió a enredar sus dedos entre los míos y así nos acercamos al comedor, donde ya nos esperaban sentados todos para comer.

—Chiara, peque, te presento a Aleydis, una amiga.

—Hola chiquitina —Se acuclilló para estar a su altura. Mi hija se sonrojó.

—Hola, ¿estás mejor? —Le acarició la cara con un poco de timidez. Aleydis colocó la suya encima de la niña, le sonrió y le hizo otro gesto cariñoso.

—Sí, me encuentro mejor.

—Vamos a sentarnos alrededor de la mesa.

Observé cómo mi ex se quitaba una pequeña lágrima de la mejilla. Me miró a los ojos y me dijo todo lo que necesitaba. Comimos durante una velada tranquila, donde las risas abundaron y el buen rollo estuvo presente toda la tarde. Alda fue a despedirse de su hija, iría a recogerla al colegio el siguiente viernes.

La pequeña dijo que quería ver una película tranquilamente, en casa y accedimos. En vez de preparar palomitas, hicimos batido de chocolate, fresquito. Cuando terminó la peli había que duchar a la niña. Mi hija quiso que fuera Aleydis la que la bañara, mientras nosotros recogíamos y preparábamos algo de cenar.

La ayudé a preparar las cosas y las dejé solas. Me acerqué a la cocina y, entre Piero y yo, hicimos la cena. En un momento sus brazos rodearme la cintura y me dio un beso en la nuca. Nos quedamos un rato así, hasta que me dijo al oído que me fuera a buscar a las chicas. Él terminaría de hacer la cena. Nos dimos un beso y fui hacia el baño.

Escuchaba risas, así que iba todo muy bien, hasta que mi pequeña curiosa preguntó y solo pude quedarme quieto, sentado detrás de la puerta, para que no me vieran. No quería interrumpir ese momento, quería saber si mi hija realmente aceptaría que entrase en nuestras vidas.

—¿Por qué te hizo daño tu familia? —No podía ver la cara de Aleydis, necesitaba saber qué iba a contestar.

—Bueno… hay veces que ocurren cosas que están fuera de nuestro alcance. Son situaciones que harán que nuestro corazón se fortalezca.

—Pero tú estabas llorando.

—Sí, mi niña, estaba llorando. Hay momentos en los que podemos llorar porque algo nos hace daño en ese instante. Un golpe u otras causas que produzcan dolor. También hay recuerdos que pueden hacer que rompamos en llanto, como fue en mi caso, recordar lo que me pasó me puso muy triste. También se puede llorar de la risa.

—Entonces llorar no es tan malo.

—No, no es tan malo. Muchas veces llorar hace que nuestro cuerpo se calme. Que pueda sentir que la energía se renueva y ver las posturas de una manera muy distinta.

Las oí reír y me di cuenta de que mis lágrimas caían, sin pretenderlo. Piero se percató y me agarró para ponerme de pie. Nos acercamos al comedor y le susurré lo que había escuchado. Sentía un nudo en el estómago, advertí de que mi hija nos había escuchado hablar en la cocina cuando nos explicó lo ocurrido en su pasado. Al final ambos nos acercamos al baño, Piero se llevó a la peque con la excusa de poner la mesa, mientras yo ayudaba a recoger el aseo. Aunque, la verdad, estaba bastante ordenado y limpio. Sin que ella lo esperase, la abracé, la levanté del suelo y me la llevé a mi habitación. Me arrimé y la besé, necesitaba de ese contacto.

Con mis manos le cogí la cara, me separé de ella para mirarla a los ojos y estaban llenos de sorpresa, inquietud y algo más que no sabría especificar. Así que la volví besar y ella me recibió abriendo su boca poco a poco. Terminé el beso y mi frente se apoyó en la suya. Nuestras respiraciones se iban normalizando. Levanté mi mirada para encontrarme una sonrisa y sus ojos centelleaban, llenos de vida.

—Vamos con tu peque y Piero, habrá que cenar.

—Sí, tienes razón, vamos.

En la mesa del comedor ya se encontraban esperando nuestro regreso. Piero se fue a la cocina para traer la cena y los demás nos sentamos en la mesa. Pasamos una velada muy entretenida. Mi hija no paraba de hablar de sus ganas de ir al colegio para ver a sus amigos de nuevo. Me sentía bien con los tres, como si fuéramos una familia real.

—Papá, despierta.

—Sí cariño, perdona, ¿qué estabais contando? —Los tres se echaron a reír—. Decidme qué chiste acabo de contar, para reírme también.

—Papá, ningún chiste, solo tu cara de bobo.

Me levanté, fui hacia donde estaba mi hija sentada y le empecé a hacer cosquillas. Los otros dos se pusieron junto a *la mia farfalla*[5] para hacérmelas a mí. Acabamos los cuatro en el suelo, enredados, haciéndonos cosquillas, con cuidado de no aplastar a Chiara.

—Conque cara de bobo ¿eh?

—Sí, amigo, tenías una cara de bobo que era para haberte sacado una foto.

Volvimos a reír. Mientras Piero y Aleydis recogían la mesa, yo acompañé a mi hija a lavarse los dientes, para llevarla a la cama. Pese a ser sábado, no teníamos costumbre de que se fuera tarde a dormir. Al terminar de asearse, me dijo que quería que Aleydis le contara un cuento. Me acerqué a preguntarle y aceptó enseguida. Ya la cocina estaba casi limpia. Yo me

acerqué a donde estaba Piero sentado y había una copa de güisqui para mí. Él tenía otra.

—¿Cómo te sientes, con lo que nos contó?

—Hecho un mierda. Piero, quiero pedirte perdón, la besé antes de sentarnos a cenar.

—No me pidas perdón, me lo imaginé. Y todo está bien —Sentí que me daba un beso en la cabeza, me relajó, todo estaba bien.

—Gracias.

—Chicos, ¿que estáis tomando? —Le acerqué la copa mientras se sentaba en medio de los dos.

—Güisqui, ¿puedo probar?

—¿En ese mismo vaso, o te sirvo otro?

—En este, es solo un traguito, para catar.

—Deberíamos hablar de que está vez no puedo viajar con vosotros, pero la siguiente semana sí que puedo hacer algo.

—Me parece bien, si los próximos días estoy yo solo con ella, ve tú la próxima vez. Yo quiero ayudar en la tienda a mis padres.

—Me gusta vuestra idea. Eso sí, no será lo mismo sin estar los tres. Es como lo siento.

Nos acercamos a ella y la arropamos entre los dos. Se apoyó en mi pecho, mientras una de sus manos agarraba a Piero y la otra me la daba a mí. Así estuvimos un buen rato, juntos en silencio, con nuestras respiraciones acompasadas. Me sentía bien, los observaba y notaba que ellos también. Sentía que así era como deberíamos estar siempre. Miré a Piero y me guiñó un ojo, le devolví el gesto con una sonrisa. No dijimos nada, el silencio no era incómodo, más bien todo lo contrario.

No me quería mover para absolutamente nada. Estaba muy bien así, con la música de fondo, su cuerpo a mi lado y compartiendo con Piero. No podía pedir más, salvo que ese momento fuera para siempre.



Capítulo 7

Aleydis

Ese día había sido muy largo, con muchas emociones encontradas y los sentimientos a flor de piel. Mi pasado fue puesto encima de la mesa y sentí cómo me arropaban, cómo me reconfortaban y alentaban a seguir adelante, sin presiones. Era una situación que, desde hacía mucho, no sentía. La exmujer de Andrea había sido un gran apoyo, la verdad es que la relación que tenían, pese a estar divorciados, era muy bonita. Sobre todo, porque miraban por el bien de su hija y eso, se veía poco en parejas que se separaban. Cuando el amor terminaba, terminaba, no hacía falta ir a hacer daño, como ocurría en la gran mayoría de las exparejas.

En ese momento estábamos los tres sentados en el sofá, yo en medio de ambos, y era una sensación difícil de explicar, única. Donde el amor que sentía afloraba. Me apoyé en el pecho de Andrea y les agarré la mano a ambos. Cerré los ojos. Me sentía segura y querida en esos momentos. El beso que me dio Andrea me hizo sentir cosas olvidadas. No sabía definir cuáles eran. Lo malo era que por Piero también empezaba a sentir eso que comúnmente se llaman mariposas en el estómago.

—Que bien se está así, *ragazzi*[6]. —Les dije.

—Creo que ya es hora de descansar, nos vamos a la cama.

—¿Cómo? —Aquí me perdí, no sabía cómo tomarme esa frase. Los miré de hito en hito.

—Sí, a la cama, —Se acercó a mí con una voz suave y firme —, los tres. —Rozó su nariz en mi cuello —. Si quieres. ¿Te preparo la habitación de invitados y vas a dormir? O puedes dormir con nosotros, como tú quieras.

—Piero, por favor, dime que tu amigo está de broma. Suelta incoherencias.

—¿Ahora es mi amigo? —Vi cómo se acercaba a mí y me agarraba la cara con sus dos manos, para que no pudiera bajar la mirada. Esa mirada tan intensa, que me ponía nerviosa. Salió su sonrisa, que bien se podría decir que era una *moja bragas* de libro. —Pues mi amigo y yo queremos dormir contigo. Dor-mir.

Sin dejar de sujetarme, noté cómo Andrea se colocaba detrás y me agarraba de la cintura. Entre los dos me dejaron inmóvil. No sabía qué pensar, ni cómo actuar. Lo único que hacían era abrazarme. Sentía su calor, sus respiraciones y sus caricias. No me fiaba de los movimientos que hacían. De repente, sentí que dejaban de abrazarme, se ponían de pie y ambos me ofrecían la mano para que me levantase. Yo me quedé quieta, observando.

—Vamos a dormir, tenemos que descansar. Mañana será un día largo para todos.

—Aleydis, vamos, cariño.

—Yo me iré al hotel, así mañana puedo hacer las maletas tranquilamente. Pedidme un taxi, o que me acompañe Piero.

Se echaron los dos a reír. Sentí mucho apuro, como nunca ¡qué bochorno! Noté como Piero me agarraba, me levantaba del sofá y me ponía en su hombro, como si no pesase nada. Ambos me dieron una cachetada en el culo, uno en cada glúteo. Se encaminaron a la habitación, la misma donde estuve por la mañana, después de mi desmayo. Me bajó al suelo, sujetándome bien, mientras Andrea me iba desabrochando la cremallera lateral del vestido. Los movimientos no eran agresivos, sus caricias hacían que sintiera cada roce de sus dedos como únicos, la piel se me puso de gallina rápidamente. Cuando me quise dar cuenta, me habían puesto una camiseta grande, para que pudiera dormir, me tumbaron en la cama y ellos se quedaron en calzoncillos.

Me tapé la cara al verlos de esa guisa, no era bueno para mi cordura. Me hacían sentir… no era solo morbo, no podría decir que fuese enfermizo lo que me hacían sentir. Percibía mis nervios aumentando. Cuando la cama se hundió y sus cuerpos se aproximaron, las manos de los dos se apoyaron en mi barriga, no sabía quién estaba en un lado o en el otro, mis manos seguían tapando mi cara. Ambos estaban callados, solo escuchaba nuestras respiraciones. Mi cuerpo cada vez estaba más nervioso. No sabía qué pensar ni que sentir y, lo peor de todo, no sabía si esa situación era normal. Aunque la normalidad, hoy en día, es lo normativo y a veces, siento que lo normativo me llevó a estar sola. La verdad era que, por su parte, no estaba notando ni nervios, ni agresividad, ni me estaban forzando a nada. Podía irme y sabía que no me lo impedirían. No me quería ir, esa era la verdad. Sé que no llevaba mucho conociéndolos, pero me hacían sentir bien.

—*Riposa, amore mio* —Oír susurrar a Piero hizo que me calmase.

—Duerme, *mia principessa*[7], mañana será un día muy largo.

¿Por qué tenía que tener esta voz tan bella, al susurrar esas palabras tan bonitas? Y encima en italiano… *¡oh my god!*

—*Nanit nois*.

Con esas simples palabras, cerramos los ojos. Era un silencio agradable, donde todo se difuminaba y me sentía entre nubes. La vida era complicada, en muchos aspectos. Nosotros mismos, muchas veces, la complicamos más. ¿Merecía la pena dificultar las cosas, o las relaciones? Verdaderamente no lo sabía. En esos momentos estaba en aquella cama, con dos personas que, desde que las había conocido, solo me habían dado alegrías. Me habían hecho sonreír más de lo que lo había hecho en muchas otras ocasiones de mi vida. Las conversaciones con ellos eran divertidas, extrañas, interesantes y, en su mayoría, cómicas. El sueño llegó y me dormí sin pensar en nada más.

Al despertarme me di cuenta de que no estaban. Me levanté y fui caminando, descalza, a la cocina. Los vi tomándose un café, tan tranquilos. Observé que, entre ellos, había un aura

especial, una química que no sabría definir, por el momento. Ambos giraron sus cabezas para mirarme y sonreírme y mis mejillas se tiñeron de un tono rojizo, mientras notaba cómo me aumentaba la temperatura. Yo, con cara de sueño, y ellos que se veían tan lindos y espabilados. *Joé*, ya estoy desvariando.

—¿Quieres un café?

—¿Has dormido bien?

—He dormido bien, gracias —dije, mientras alzaba la mano para coger la taza que me ofrecía. ¿Vosotros qué tal habéis dormido? —Vi cómo Andrea se levantaba para preparar el café. Mientras, Piero me observaba de una manera especial. Ambos me miraron como si me desnudaran.

—Hablo por los dos cuando digo que hemos dormido mejor que nunca. Ven, siéntate aquí.

Me senté al lado de Piero, con mi taza de café en la mano. Noté como cada uno me daba un beso en la mejilla. La verdad es que me sentía tan bien que les devolví el mismo gesto a ambos. No sabía cómo describir la sensación plácida que me recorría el cuerpo. Era una emoción indescriptible, donde entraban muchos sentimientos a la vez. Me sentía motivada por ver qué me deparaban los próximos días.

Tenía que pensar en ir al hotel y recoger mis cosas. Mis planes habían sufrido una alteración, aumentando mis vacaciones por el momento. Solo sabía que íbamos a visitar varios pueblos en cinco días.

—*Ragazzi*, tengo que ir al hotel para hacer mis maletas y el registro de salida.

—Tranquila, primero desayunamos todos juntos y luego que Piero te acompañe para hacer las maletas. Mientras, yo reviso cosas del hotel. Después dejamos las maletas en casa de él, que está cerca de donde me gustaría llevaros. Mi pequeña, en el hotel se lo pasa en grande. Que vaya con vosotros, si quiere.

—Me parece bien.

Vi cómo iba a despertar a su criatura y nosotros preparamos el desayuno. En lo último que pensaba era en que seguía con la camiseta con la que dormí por la noche. Cuando me di cuenta de que me iba a ver de esa guisa la cría, me paralicé. Piero observaba sin decir nada, apoyó su mano en mi hombro, con prudencia y fortaleciéndome en ese instante. «¡Joder, qué bochorno, de buena mañana!» Mientras empezaba a preparar el pan tostado para el desayuno, mis manos temblaban, por lo que mi mente pensaba. No sé cómo lo hizo, pero las manos de Piero me sujetaron sin decirme nada, ese gesto me calmó. Escuchamos ruido a nuestras espaldas y eran la pequeña Chiara y Andrea, que se acercaban. La llevaba subida en su regazo, la pequeña apoyó su mejilla en el pecho de él. Era una imagen muy tierna.

Andrea nos miró, sonriente. Sentí algo muy familiar. Era un sentimiento abrumador, se respiraba armonía, mientras preparábamos el desayuno para todos. Son estos momentos únicos los que alegran el corazón.

—Buenos días, ¿habéis dormido aquí? —Su pregunta salió así, sin más. Sin pensar, yo agaché la mirada por la vergüenza y ellos tan normal.

—Sí, hemos dormido aquí.

—¿Qué piensa tu cabecita, pequeña?

—Pues creo que es buena para los dos.

—Hija, ¿por qué lo dices?

—Un día vi cómo te besabas con Piero —Se sonrojó, ellos estaban asombrados, yo tragué saliva bien fuerte, estaba perpleja —. Os escuché decir que nunca encontraríais a una mujer que os quisiera a los dos y ella… ella es la idónea.

—*Farfalla*[8] *mia*, ¿qué voy a hacer contigo? Te das cuenta de todo lo que ocurre a tu alrededor.

—Papá, siempre me dijiste que me fijara en todo. Fue casualidad, no era mi intención verlo.

—No pasa nada pequeña, ¿tú crees que haríamos buena pareja los tres?

—¡Sí, sí y sí! Están muy buenas las tostadas, gracias Aleydis.

De esta manera era como una conversación se terminaba, nos dio la risa a todos, por el momento tan surrealista que acabábamos de vivir. Terminamos el desayuno con una carcajada y salimos de la cocina. En mi cabeza había muchas preguntas, pero ya llegaría el momento de plantearlas. Ahora podía entender varias cosas.

La niña se fue a arreglar, escuché cómo hablaba con su padre, aunque hicimos oídos sordos y nos desentendimos de la conversación. Mientras me ponía el vestido, Piero vino a mi lado, se sentó y, en tanto ambos nos calzábamos, él comentó que, cuando fuese el momento, se sincerarían con ella. Era algo que tenían hablado para hacerlo durante el viaje, aunque ahora se había truncado y sería hoy, por la noche, cuando se hablaría. Pero primero había que disfrutar del día, paseando por la ciudad.

Llegamos al destino, me acompañaba Piero, para ayudarme y que así fuera más rápido. En media hora lo tuvimos todo listo y fuimos al encuentro de Andrea y Chiara. La pequeña se encontraba en la recepción del hotel, con una de las chicas, dibujando mientras reían entre ellas. Al llegar, me dijo que estaba todo preparado y dejé las llaves. Me quedé sorprendida, en ese momento salió Andrea de su despacho y con una sonrisa y un guiño me dejó claro que lo había hecho él todo mientras yo preparaba las maletas. Las dejó en su despacho, para poder marchar sin tener que llevarlas encima, más tarde pasaríamos a recogerlas.

Cuando salimos del hotel decidí dejarme llevar y disfrutar del día y de los rincones de aquella ciudad.



Capítulo 8

Andrea

Cuando íbamos al hotel iba pensando con calma lo que haría: uno, dejar todo listo y dos, pensar dónde ir por la tarde. También pensaba en cómo mi hija notaba todo y se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Para la edad que tenía era hábil e intuitiva. Muchas veces, cuando mantenías una conversación con ella, te dejaba pensando en la posible respuesta, no siempre te lo ponía fácil.

Me asombraba la personalidad tan fuerte, decidida y creativa que tenía mi hija a veces. Tanto su madre como yo, procuramos que obtuviese la mejor educación, tanto en casa, como en el colegio. Ante todo, intentamos darle ese confort necesario y que fuera feliz. Verla contenta, con una sonrisa plasmada en su rostro, era una de las cosas más maravillosas que había.

Aleydis subió con Piero a hacer las maletas, mi pequeña se quedó con la de recepción, que le dejó un cuaderno y el estuche de pinturas que tiene en el hotel para estos casos en los que nos quedamos poco rato. Mientras tanto, realicé el registro de salida y observé si había incidencias en algún departamento del complejo hotelero. No me llevó mucho ya que, con el ordenador y unas llamadas lo tuve todo listo. Ya había dejado mucho avanzado, pensando que me iría con ellos aquella semana.

Al no ser así, será una semana tranquila para todos. Una vez que está todo listo, los engranajes funcionan muy bien y estoy muy orgulloso de seguir manteniendo los hoteles de mi familia a flote. Mientras esperaba, estuve mirando dónde podría llevarla la próxima semana, ya que es en la que iríamos los dos. Más o menos ya lo tenía todo planeado en mi cabeza. Al escuchar sus voces en la recepción, salí a buscar las maletas y guardarlas en mi despacho.

Nos encaminamos hacia la basílica de Santa María Novella, estaba muy cerca del hotel. Después iríamos a la catedral de Santa María del Fiore. Mientras nos acercábamos a la plaza de la catedral, vi la cara de asombro de Aleydis, me gustaba verla con esa mirada brillante, que me hechizaba.

—¿Dónde estamos? —Me acerqué a ella para hablarle, mientras mis manos la sujetaban por la cadera.

—Nos encontramos en la plaza de la basílica de Santa María Novella, es la iglesia más importante del Renacimiento de Florencia, años mil trescientos cincuenta a mil cuatrocientos setenta. Construcción ordenada por los frailes dominicos en mil doscientos setenta y ocho. Estamos en la parte antigua de la ciudad, cerca de la estación de ferrocarril.

—Pareces una enciclopedia con patas.

—Mi amigo, cómo no, dando la nota —dijo Piero.

Los cuatro reímos a carcajada limpia. Lo que más me gustaba era que el momento no se rompió, el aura que teníamos todos era maravillosa, desprendíamos felicidad y fue en ese segundo en que me di cuenta de poder hacer realidad nuestra unión. Temeroso de que nuestra propia incertidumbre estropease lo que pudiera nacer entre nosotros.

—Papi, yo no quiero entrar a la iglesia.

—Un momento, *farfalla.* ¿Vais a querer entrar?

—Por mí no hace falta entrar, podemos coger un panfleto de información y ya estaríamos, vamos a ver más lugares.

—¡Bien!

Mi pequeña no tiene filtro, me doy cuenta cada día. Suspiré, para poder seguir con lo que quería enseñarle a Aleydis antes de irnos a comer. Vi que todos estaban sacando fotos y me uní a ellos para hacernos una los cuatro juntos, con la basílica de fondo. La verdad es que este pequeño momento estaba siendo mejor de lo que me podría haber imaginado. No paraba de querer averiguar sobre nuestra ciudad, participamos todos y la que me sorprendió fue mi pequeña *farfalla*, no tenía ni idea de que supiera tanto sobre la historia de Florencia y pudiera expresarlo con una seguridad abrumadora. Supuse que el marido de mi ex, al ser historiador, había enseñado a mi niña.

Después de ese momento nos dirigimos hacia el campanario de Giotto. Era un día soleado y estaba disfrutando de aquel momento que no quería que se acabase nunca. Vi como mi hija le contaba cosas del colegio y las ganas que tenía de volver a comenzar. Me sorprendió que quisiera volver, yo en su época nunca quería. Mientras pensaba esto, mi sonrisa se hizo notoria.

—Andrea —Sentí como Piero me daba un golpe en el brazo—, ¿en qué piensas para tener esa sonrisa?

No hizo falta que dijera nada, simplemente señalando con mi mano, se dio cuenta de lo que quería decir. Los hechos hablaban por sí solos. Nuestras miradas se cruzaron y en ellas había emoción, nerviosismo, ganas de disfrutar del hoy. Vi cómo se paraban y nos miraban, ya que no había dicho a dónde iríamos a continuación. Se encontraron con la plaza de San Giovanni: una plaza limpia, bien cuidada, espaciosa, con mucha luz natural y, desde el baptisterio de San Juan, vimos la plaza del Duomo. Allí estaba la catedral de Santa María del Fiore, majestuosa. Ver su enrome cúpula es prodigioso. A su lado el campanario de Giotto, al que descartamos subir, que tiene cuatrocientos catorce escalones y, aunque puedas parar y subir a tu ritmo, preferimos hacerlo en otro momento. Era una imagen preciosa y ver la sonrisa y la sorpresa que ellas mostraban era fascinante.

—¿Dónde nos encontramos ahora? —Ver la sonrisa de mi hija me daba la vida.

—Habla, enciclopedia con patas —Este hombre, si no habla, no es él.

—¡Mira que das guerra, Piero! Eres como un niño.

—Tío Piero no es un niño, padre.

—Eso está por ver, *piccola*[9] *bambina* —Le doy la mano a mi hija y me dispongo a hablar —. Nos encontramos en la *piazza* de San Giovanni, y por esa calle de ahí enfrente llegaríamos a la *piazza* del Duomo. El Campanario que vemos es el Giotto, del Siglo XIV, con una altura de ochenta y cuatro mil setecientos metros y unos quince metros de ancho. Lo inició Giotto en el año mil trescientos treinta y cuatro y lo terminó Francesco Tulenti en el año mil trescientos cincuenta y nueve. Si miráis bien, goza de una posición inusual. Alineado con la fachada del Duomo, un signo de gran importancia simbólica y religiosa.

Me quedé mirándolos y estaban todos aguantándose las ganas de reír. Como dijese algo más, empezarían otra vez con la bromita de que era un manual con patas. «¡Qué trío!, que Dios me pille confesado.

Después de estar allí un buen rato y mirar todo por fuera, nos acercamos a un restaurante para comer. Necesitábamos ese momento para sentarnos y llenar el estómago, no había sido una gran caminata, pero el hambre estaba presente. En el restaurante, ya sentados, miramos qué comer y escogimos entre Piero y yo. Ella dijo que confiaba en nosotros y mi hija se adaptaba. Elegimos un par de pizzas, una margarita y una *tartufella*. También una ensalada *l'accobaleno*.

Con el postre sí que *sono pieno come un ouvo*[10], fue mi hija la que decidió por nosotros: un *babà* y una *cassatta siciliana*. Los ojos de Aleydis, al ver tanto dulce, fueron de sorpresa.

—A tomar por saco la dieta, ¿por qué tiene tan buena pinta? ¡Por Dios!

—Papá, tiene que poner un euro en la hucha, dijo una palabrota.

Como siempre, mi hija tenía que poner la guinda en el pastel y nos dio la risa a todos.

—Tienes razón, *mia farfalla* —Tanto Piero como Aleydis empezaron a reír, más todavía—. No es broma, chicos, así que luego te presentaré a la hucha para que puedas meter el euro dentro de ella.

—Vale, vale. Pondré el euro luego, déjame que me ría, que está siendo una situación muy graciosa.

La sonrisa en los cuatro era preciosa, la vida consiste en mantener estos momentos para el recuerdo. Para rememorar, cuando lo necesitemos, para volver a sentir lo mismo que sentimos en ese entonces. Volver a experimentar esa libertad de reír, de disfrutar. Los recuerdos son eso, volver la vista hacia atrás y que regresen a nuestra mente para volver hacer que percibamos que estamos vivos, que la vida sigue y, sobre todo, volver a tener un brillo especial en nuestra mirada.

—Ahora ¿qué haremos?, vamos a ver algo más. Nos han dado las cinco de la tarde.

—No sé, Piero, a ver qué opinan ellas. Sería bueno que fuéramos a casa y os preparéis para el viaje de mañana y que ellas disfruten un poco de tranquilidad juntas.

Me gustaba verlas unidas, sonriendo y siendo espontáneas en cada una de sus actuaciones. Puede que me estuviese haciendo ilusiones con aquel presente, pero no le iba a dar vueltas a la cabeza.

—Sí, creo que es mejor ir a casa. Así nos organizamos y pasamos tranquila la noche. Ya tendré más días en el futuro, para poder descubrir más lugares de Florencia.

—Ale, recoged, que nos vamos.

Ellos salieron, mientras yo iba a pagar la cuenta. Una vez estuvimos los cuatro juntos, nos fuimos caminando hasta el hotel, donde dejé el coche, y recogimos las maletas de Aleydis.



Capítulo 9

Piero

Estaba feliz de ver lo bien que nos sentíamos juntos, me daba cuenta de que todo lo que iba pasando era sin forzarlo, salía natural por parte de todos nosotros. La *piccola farfalla* se daba cuenta de todo, ya nos lo había demostrado desde que la conoció, se interesaba por todos. Para su edad era muy avispada y el manejo que tenía para la fotografía era alucinante. Se estaba aficionando a realizar instantáneas. Puede ser un gran hobby.

Nos fuimos a casa porque había que preparar el viaje. Estaba muy nervioso y deseaba que todo fuera bien. Que todo fuese del gusto de ella. Quería, deseaba, que se enamorase tanto de esta tierra como de nosotros. Llegamos a casa de Andrea.

—Yo me voy a mi casa a por la maleta y así ya la tengo aquí para estos días.

—Me parece bien, Piero, yo me preparo mi equipaje.

—¿A dónde os vais mañana?

—Ellos se van a Cinque Terre, *mia ragazza*[11].

—¿Por qué os vais los dos y mi papá no va con vosotros?

—Id a lo vuestro mientras le explico la razón.

Los dejé en casa después de dar un beso a las dos chicas, también me pasé a ver a mis padres. Vi que estaban bien y que iba todo estupendo en la tienda. Hablé con ellos del viaje, de Aleydis, de todo un poco. Se quedaron tranquilos ya que, si había algo urgente, me podían avisar al teléfono. Llegué a mi casa y me preparé la maleta con un poco de ropa cómoda, el bañador y el neceser con lo imprescindible para el aseo. La idea era ir y disfrutar del paisaje y de alguna cala cercana. Dejé mi casa preparada y bien cerrada para marcharme. Sabía que, para el poco

correo que llegaba, mi madre se pasaría por casa para recogerlo. En parte, por eso también había ido a verlos.

Fui al coche y me dispuse a regresar con ellos. La bolsa de deporte la utilicé para llevar la ropa que iba a usar aquella noche y la que me iba a poner al día siguiente, para salir hacia la ruta preparada. Me puse en marcha y llegué casi una hora después a casa de Andrea. Al llegar, los vi: estaban los tres sentados en el sofá, viendo una película de dibujos que, seguramente, había pedido Chiara. Se dieron cuenta de mi llegada y la pequeña corrió para abrazarme y me dio un beso.

—Tío Piero, siento que mi papi no pueda ir con vosotros al viaje —Ver la tristeza en ella me hacía daño, no quería verla alicaída.

—*Farfalla*, no estés triste —Le di un beso en la cabeza, se me encogía el corazón al verla así—. Sabes que ellos se irán en otra semana y, si quieres, más adelante cuando estés de vacaciones en el cole, vamos los cuatro.

A su carita preciosa asomó una sonrisa. Hizo que la bajara al suelo y retrocedió para ir junto a su padre, llena de emoción. Me aproximé a ellos, los veía sonrientes. Andrea, mientras tenía a su hija en brazos, con su cabecita apoyada en el hombro, me dijo «gracias». Asentí con la cabeza, para que supiera que no hacía falta que me las diera. Aleydis se acercó y me dio un abrazo que me sacó una sonrisa.

—Contadme ¿qué película estáis viendo?

—¿Cuál va a ser?, «Frozen».

—Lo dices como un suplicio, amigo.

El resoplido que dio nos hizo reír a todos. Chiara intentaba reprimir la risa, con la manita puesta en la boca. Me acerqué al sofá, me senté, les dije que ellos también lo hicieran y dejamos a las dos chicas en medio. Le dimos a reproducir y vimos la película. Yo tomé asiento, de tal manera que los podía ver a todos y, si giraba la cabeza, veía la tele. Lo que me interesaba era mirarlos a ellos, sentir los miles de emociones que tenía en aquel momento. Era maravilloso. Vi que Andrea se ponía de la misma manera y nuestras manos se entrelazaron en la parte de atrás de las cabezas de ellas. Nuestras miradas se unieron y nuestros ojos centellearon, con un brillo de emoción.

Ese momento era tranquilo, se respiraba vida, optimismo, amor… Y me sentía eufórico. Perdurará en mi memoria por siempre. Mis nervios por el viaje se apaciguaron al sentir que aquel instante era único, mágico y muy especial. Me recordó a una canción, en aquel momento no me salía, pero la tenía ahí, en la punta de la lengua. Cuando pasa esto, que sabes y recuerdas y no te sale el nombre, es frustrante. Seguía pensando en aquella canción, necesitaba buscarla y volver a recordarla, rememorar, pensarla, volver a sentirla.

Fijé la vista otra vez en ellos, contemplé y capté ese instante en mi corazón y, sin pensarlo, la letra de la canción me vino de repente, *Al dolce profumo della tua pelle pura; È una forza immensa che dipinge il mio cielo...* de *Il Volo Grande Amore*

En aquella ocasión era como me sentía: al cerrar los ojos pensaba en ella. Sé que eran pocos días, aun así, para sentir amor, no hay un plazo de tiempo, ni lugar, ni nada que se le parezca. Lo que percibía era inexplicable, imposible de comparar. Me sentía bien. Con esa tranquilidad, vimos la película. Al terminar, preparamos algo de cenar, rápido y sencillo.

Al poco rato, nosotros también nos fuimos a dormir, los tres juntos, en la misma estancia acogedora, espaciosa y confortable. Aleydis en medio de nosotros dos, no dijimos nada, para evitar que se pusiera nerviosa. Simplemente nos dijimos un «buenas noches» y le dimos un beso en la mejilla.

A la mañana siguiente estábamos todos entrelazados. Nos quedamos un rato así, abrazados. Sentimos que la puerta se abría y se nos lanzó la pequeña Chiara encima. Dimos comienzo, así, a nuestro día: con risas y mucho amor.

Nos arreglamos, poniendo rumbo al nuevo día. Nos dividimos para ir al colegio, yo con Aleydis y Andrea con Chiara. Llegamos al centro escolar y vimos miradas curiosas hacia nosotros. Sabía, por Andrea, que había una mujer que le había tirado bastantes veces los tejos. No nos cabía duda, su cara era todo un poema. En cuanto la vio venir hacia nosotros, noté que mi pequeña Chiara fue rápida y le dio la mano a Aleydis y a su padre, para entrar así los tres juntos. Y yo al lado de nuestra chica. La cara de la mujer era de incredulidad y se quedó estática en el sitio. Observé a Andrea y estaba feliz de ese momento, mirando con orgullo a su hija y a nosotros dos, fue increíble. El cuchicheo por todo el patio iba en aumento, a nosotros nos daba igual. Aleydis cambió su postura a una más erguida, de orgullo, de felicidad. Al llegar a la fila de la clase de Chiara, nos dio un beso y un abrazo, para despedirse de todos nosotros. La vimos entrar en su aula, junto a su profesora y el resto de los compañeros. Iba feliz y eso es lo que nos importaba, su felicidad.

—Andrea, que vienen a por ti.

—No me seas cabrón y digas o hagas una tontería. Ni bromas de ningún tipo.

—Se portará bien, que yo le daré una colleja si no es así.

—Qué agresiva, ya me callo.

—Hola Andrea, ¿dónde está tu exmujer?, tenía que hablar con ella.

—Perdón, no recuerdo tu nombre.

—Me llamo Laura.

—Bien Laura, tu hijo va a la misma clase que Chiara, ¿verdad? Es para hacer memoria, ya que vengo pocas veces por aquí y, cuando vengo, es a la reunión con la profesora.

—Sí, lo sé. Alguna vez, tu mujer comentó que solo venías en esas reuniones.

La tipa estaba intentando algo que no estaba consiguiendo, ya que Andrea no soltó la mano de Aleydis. Y su mirada se convirtió en una de odio. En parte, preferí no decir nada, no quería que ocurriese una situación mucho más incómoda para ninguno, sobre todo la de nosotros tres.

—¿Qué querías decirle a Alda?

—Se lo tengo que comunicar a ella, ¿cuándo vendrá?

—Mi ex tenía un asunto laboral que hacer. La verás la próxima semana.

La cara de Laura era de odio, se le notaba a leguas. Y Andrea estaba a un clic de mandarla a tomar viento fresco.

—Cariño, nos tenemos que marchar, recuerda que tenemos que ir al hotel.

Mi cara era de asombro en aquel momento, la de Andrea era divertida, y se estaba aguantando la risa. A aquella mujer le estaba saliendo humo por la cabeza y las orejas. Desvié la mirada y aguanté la risa con los labios apretados y serio. Evitando estallar en carcajadas. Terminé por girarme y evitar males mayores.

—Bueno, os dejo que os vayáis.

—Mucho gusto. Hasta otra, Laura.

La vimos alejarse y nos quedamos mirándonos. Comenzamos a reír, mientras caminábamos fuera del colegio para ir a los coches. En ese momento nos dimos cuenta de que, durante unos días, estaríamos sin él. De la risa, pasamos a una cara de melancolía, aunque supiéramos que nos veríamos en pocos días, la situación se enrareció.

Las despedidas suelen ser difíciles, nunca pensamos en que regresaremos y nos volveremos a juntar, siempre vemos la parte negativa, y no nos damos cuenta de que también habrá un

reencuentro.

—Bueno, chicos, disfrutad de estos días.

—Nos volveremos a ver pronto y ella volverá con una sonrisa para hacernos felices, amigo.

Le di un abrazo, para sentir su calor, para que no se quedase con esa tristeza que le notaba. Sabía que nos vendría bien aquel momento, por todas las vivencias que tendríamos. Nos separamos y mi lugar lo ocupó ella, nuestra niña. Su abrazo fue duradero, no me molestó, los miré con amor. Me gustó ver que Andrea me alzaba la mano, para que yo se la alcanzase y nos dimos un abrazo.



Capítulo 10

Aleydis

Estaba siendo una mañana triste, por nuestra partida para hacer la ruta que tenía pensada Piero y porque no estaríamos con ellos. No sabía cómo iba a ser nuestro recorrido, aunque, la verdad, tenía ganas de descubrirlo y poder conocer a Piero más. Mis sentimientos por los dos hombres eran confusos. Aquellos días, pese a ser poquitos, habían sido muy intensos y el afecto había crecido de forma tan rápida que me abrumaba y me hacía sentirme confundida.

No entendía las razones por las que me sentía como lo hacía. Todo estaba siendo muy lioso. Estaba perdida las primeras horas en Italia, cuando las personas con las que había ido desaparecieron de mi vida como por arte de magia, cuando me di cuenta de que yo no era parte de ellos por no ser como querían que fuera. ¿Dónde está la gracia si todos pensamos igual?, ¿si todos hacemos las mismas cosas, de la misma forma? ¿Si dejo que se apoderen de mi ser, qué me quedaría a mí? Pues mi esencia, mi yo interno, se perdería. Lo bonito de nuestro interior, es que somos únicos e intransferibles. No, no encuentro el chiste, la verdad. La variedad de las personalidades es donde está el fondo de las personas, de la vida y los lugares.

Conocer a Piero resultó ser algo nuevo, excitante. No sabía dónde acabaríamos y seguía estando esa duda de lo que sería de nosotros. A su vez, teníamos también a Andrea: un hombre maravilloso donde los haya, cuya sonrisa nos daba una energía, a los dos, indiscutible. Lo que sentía, no sabía si era normal. Cuando estaba con los dos me notaba bien, relajada, con energía renovada y una sensación de paz inimaginable. Necesitaba aquel viaje para poder averiguar y escuchar a mi cuerpo, mi mente y mi corazón. La amistad sí que estaba presente, muy presente.

Era extraño cómo mi corazón tenía afecto por los dos. No sabía si era habitual o no. Hoy en

día ¿quién podría decir que algo es lo establecido como «lo normal»? Ya te respondo yo, hoy en día nada es «lo normal». Depende de lo que cada persona piense, cómo haya sido educada y el nivel cultural que tenga. La esencia de las personas es lo que tiene que primar y ver su cualidad humana, respetando al otro. La vida consiste en cometer locuras y gozar de cada vivencia. Era exactamente lo que iba a hacer, aprovechar mi presente.

Mientras tanto, a esperar y seguir escarbando, para descubrir lo que realmente nos iba a deparar el día a día durante las siguientes semanas, o lo que tuviera que venir. Por eso, en aquel momento me encontraba en el coche de Piero, dejando atrás Florencia, con un destino desconocido para mí y nuestras miradas brillantes por las ganas de disfrutar de aquellos momentos. Aun así, se notaba el ambiente algo tenso.

—¿Me vas a decir, por fin, a dónde vamos de viaje?

—No, de momento no. Cuando lleguemos al destino, te diré mi plan. Además, nos desplazaremos en tren. Es la única información que vas a recibir ahora por mi parte.

—Mira que eres malo. Sabiendo que no conozco aún, quieres hacer que me sienta más nerviosa —Su sonrisa era sincera y franca, le divertía que me sintiera nerviosa, perdida.

Estaba emocionada con el viaje. La verdad era que Italia, por lo poco que había visto hasta el momento, me tenía atrapada y sentir la magia, el romanticismo e impregnarme de la belleza que transmite con un día soleado, con su cielo azul, era una gran vivencia.

Escuché que ponía música, *a voleo*, en el coche. Me relajaba, nuestro silencio era muy cómodo y no hacía falta llenarlo con palabras. Su mano, cada vez que podía, iba a mi pierna, haciendo círculos con el pulgar y me tranquilizaba, dejándome llevar por el momento.

Sentí que reducía la velocidad y, al abrir los ojos, me encontré en un pueblo.

—¿Dónde estamos?

—Hemos llegado a La Spezia. Es una ciudad portuaria. Será nuestra primera parada. Y aquí cogeremos el tren a nuestro destino.

—Me encanta la idea de ir en tren.

—Vamos a tomarnos algo, antes de ir a por los billetes.

—Venga, en movimiento.

—Calma, calma, *amore mio.*

Aproximándome a él, nos fusionamos en un beso intenso que estimuló cada recoveco de mi piel. Clavó sus ojos en los míos y el deseo fue patente, nos desnudamos mutuamente con solo mirarnos. La felicidad se palpaba y, de vez en cuando, seguía sintiéndome rara. La sensación de vacío era notable, se respiraba la ausencia de Andrea y, aun así, su figura la encontramos muy presente. Mejor que todo siguiese su curso y lo que tuviera que ser sería.

Recorrimos la distancia desde el aparcamiento, donde dejamos el coche, hasta una cafetería cerca de un castillo. El trayecto se hizo ameno. Pedimos un piscolabis. Al terminar, tomamos los cafés. Mantuvimos una charla divertida, con anécdotas de cuando éramos unos pipiolos.

—Aún sigues sin querer decirme a donde iremos a pasar estos días —le puse morritos para ver si, de esta manera, soltaba prenda. ¡Qué equivocada estaba!

—No, cariño, no. No te voy a decir nada. Quiero que sea una experiencia y que deje huella en tu mirada, en tu mente.

—Qué cosas dices, eres un romántico.

Nos sentíamos tan bien que, al terminar, decidimos ir, poco a poco, hasta la estación. Para no llegar tarde. Durante el paseo, nos acercamos al castillo, dejando atrás el puerto de aquel pequeño rincón del planeta. No estaría mal poder pasar allí una noche y así conocerlo, recorriendo las calles del pueblo.

—¿No hay planteamiento de pasar alguna noche aquí?

—Quizás cuando regresemos, pero ahora no. Venga, vamos.

Llegamos a la estación y él se encargó de coger los billetes para nuestro destino. Enseguida, estábamos sentados en el tren y en ruta a la aventura. Me senté al lado de la ventana, él a mi vera. Ya acomodados, me agarró de la mano y no me soltó en un buen rato. Estaba siendo muy cariñoso, muy cercano, me gustaba estar en su compañía. La verdad era que me daba seguridad y, gracias a que siempre se podía hablar de todo, los silencios no eran incómodos. Me hizo sentirme mejor con el desprecio que sufrí con los que pensaba que tenía una amistad, con los que creí que me unía una afición y no fue así. Para mí lo que era una diversión sana, una manera de entretenerme y soñar con otros mundos. Ellos hicieron que perdiera motivación, ganas de seguir y considerara que no era buena para nadie. No quería seguir pensando, solo disfrutar de mis nuevas vivencias. El viaje no duró mucho, me fue diciendo cada pueblo de Cinque Terre. Me contó un poco de historia antes de llegar a nuestro destino. Veríamos cada pueblo, pasando una noche por lugar. Sintiendo la calma del paraje.

Llegamos al nuevo enclave y, desde la estación, caminamos hasta donde nos hospedaríamos: un pequeño hotel que tenía lo justo y necesario. Era cómodo y con bonitas vistas hacia el casco histórico. Después de acomodarnos, decidimos dar un paseo por el pueblo. Parecía que era el de mayor tamaño de los cinco. También, por lo poco que había visto mientras venía, era bastante más llano. Paseando para ir a comer, nos acercamos a la playa y pasamos al lado de la Iglesia de San Juan Bautista. Comimos genial, en un restaurante de las proximidades, y seguimos callejeando. Empezaba a sentirme indispuesta y decidimos ir al hotel y quedarnos tranquilos lo que restaba de tarde. Lo que menos esperaba era que me viniese el periodo y la incomodidad por el dolor me abrumaba.

—Venga, tranquila, ve a darte una ducha caliente y ponte el pijama, que nos quedamos en la habitación. Dime qué tomas para el dolor y te lo preparo todo. ¿Te parece que vaya a por algo de cenar y así, mientras voy y vengo, descansas del tute de hoy?

—Me parece bien, gracias, Piero.

Me dio un beso en la frente y se marchó. Me preparé y me fui a la ducha. Menos mal que me traje todo lo necesario para aquel momento, siempre llevo un pequeño kit de emergencia. Me di cuenta de que había una pequeña botella de agua y me tomé la pastilla para el dolor. Me acomodé en la cabecera de la cama y, nada más poner mi espalda en el cabecero, entró Piero con una preciosa sonrisa de lado a lado. Venía cargado con una pequeña bolsa y una caja. Se acercó a mí y me dio un beso en los labios, me dejó las cosas en una de las mesitas, al lado de la cama. Cenamos entre risas, también trajo algo dulce para comer.

—Veo que me conoces.

—¿Por qué lo dices?

—Por el chocolate, por el dulce. Claro, clarinete.

—Bueno, no sé si te conozco en profundidad, pero creo que el chocolate, en muchas personas, da igual el sexo, es un gran compañero para cualquier situación. Gracias a él nuestro cerebro libera endorfinas y serotonina, que aumentan nuestra sensación de felicidad.

Empecé a reír, porque sabía que tenía más razón que un santo. Pasamos una gran noche, tranquila y disfrutando de nuestra compañía. Al día siguiente, después de desayunar nos moveríamos al otro pueblo.



Capítulo 11

Piero

Al hacerse de día, me gustaba verla dormir. Me apenaba que el día anterior, al final de la tarde, comenzase con aquel dolor, ya que le impidió seguir disfrutando del paseo. Aun así, la tarde que pasamos juntos la disfrutamos mucho. Al verla adormilada plácidamente en aquel nuevo amanecer me sentía como un niño con zapatos nuevos. La observé dormir, con su cabello revuelto por la almohada y con una sonrisa en los labios. Se veía preciosa, parecía un hada que venía a iluminar nuestra vida. No me atrevía a acariciarla para no despertarla, necesitaba grabarme aquel momento para el resto de mi vida.

Al ver que empezaba a despertarse y no podía frenar el tiempo aumentó la pereza que experimentaba al comenzar el nuevo día. Decidí rodear su cintura con mi brazo y atraerla más a mí para disfrutar de ella, de su calidez, de su olor, de su mirada al abrir los ojos al despertar.

—Buenos días, Aleydis.

—Buenos días, guapo.

—¿Has podido descansar bien?

—Genial —Sus manos se alzaron para acariciar mi mejilla y ese contacto me maravilló. Me decía todo, sin decir ni una sola palabra. Sentí que me entraba nostalgia, por no poder compartir aquel viaje con Andrea—. ¿Estás bien Piero? —Su pregunta me pilló desprevenido, pensé que no se daría cuenta.

—Echo de menos a Andrea, me hubiera gustado hacer el viaje los tres juntos.

Se levantó de golpe de la cama, fue directa a mis pantalones a buscar algo, supuse lo que pretendía. Se giró muy sonriente con mi móvil en su mano, guiñándome un ojo. Regresó a mi

lado y me lo entregó.

—Haz una video llamada —La observé, veía ilusión en su mirada, así que al final me preparé, apoyado en el cabecero. La atraje hacia mí para poder estar los dos enfocados y lo llamé. No tardó en contestar y lo vimos sonriente, emocionado. Mi corazón se encogió en cuanto lo vimos, a través de la pantalla.

—Hola chicos, ¿qué tal vuestro primer día de ruta?

—Esto es una maravilla, mientras veníamos en el tren me quedé impresionada por la localización de cada pueblo que veremos.

—Ahora, ¿qué planes tenéis? —Yo me quedé callado. No podía hablar. Quería que ella se expresase con libertad. Lo que deseaba y necesitaba era que estuviéramos los tres juntos, que los tres tuviéramos las mismas experiencias. Solo era capaz de tenerla entre mis brazos, acariciarla con mi mano puesta en su costado y mirar a los ojos a Andrea. Sentir que estábamos bien.

—Iremos a desayunar dentro de poco y, luego, al siguiente destino. ¿Qué tal está Chiara?

—Está feliz de poder pasar estos días conmigo. Me preguntó ayer, antes de dormir, por vosotros. Así que, le mostré las fotos que me envió Piero.

—¡Oh! No sabía que le hubieras enviado fotos —Rumió, entre dientes, Aleydis.

En aquel momento me sentí observado, solo podía sonreír ante aquel hecho, ya que había sacado fotos sin que ella se hubiera dado cuenta y se las envíe, porque estaba preciosa.

—Creo que te sorprenderías por las fotos que me envió. Solo he de decirte que sales preciosa en cada una de ellas.

Vi que se sonrojaba, hablamos un rato más y nos despedimos de él. Nosotros nos arreglamos, después de una ducha, y nos preparamos para dejar la habitación e ir a desayunar para ir al siguiente pueblo.

En Vernazza pasamos un gran día, donde subimos a la torre del castillo y nos encontramos con unas excelentes vistas panorámicas. Andando por la zona, entre risas, nos sentimos más cercanos. Pasamos una gran noche, hablando de todo lo que habíamos visto y me enorgulleció que no dejase de preguntar sobre la historia de los lugares que íbamos a visitar. Se notaba su interés. Nuestro tercer día de viaje era en Corniglia. Al llegar a la estación y ella darse cuenta de la subida que había por las escaleras, me miró como diciéndome que estaba loco si íbamos a subirlas con las maletas a cuestas. Yo no podía hacer otra cosa que reír. Nos acercamos a la parada donde estaba el bus turístico, para que nos llevase a la plaza del pueblo. Vi cómo se relajaba cuando lo vio, era un camino de diez minutos. Es el pueblo más pequeño de los cinco y está rodeado de viñedos y olivares.

Pasamos un día en el que el sol calentaba nuestra piel. Era una mañana muy tranquila y transcurrió, en gran parte, en la plaza Largo Taragio. Al día siguiente, cuando dejamos el hotel, decidimos bajar los escalones hacia el tren. Realizando pequeñas paradas, para sacarnos fotos con las impresionantes vistas que teníamos a nuestro alcance. No me extrañaba que este rincón del planeta fuera considerado patrimonio de la humanidad. En la bajada por las escaleras en uno de paradores que tenía, hicimos un parón para hacernos selfis y fotos al paisaje. Mientras aproveché para acariciarla, observando cada gesto, cada erizamiento de su cuerpo ante el suave tacto de mis manos en su piel. Las caricias eran reciprocas y sin pensarlo la besaba con suavidad, ella no rechazaba ningún acercamiento entre nosotros. Tuve que frenarme, para que no fuera a mayores, mis manos la sujetaban de la cintura y al separar nuestros labios nos miramos a los ojos. Besé su frente y continuamos mirando las vistas.

—Lo que estoy viendo hasta ahora es maravilloso, Piero. Gracias por este viaje inesperado y del que me voy a llevar muchas experiencias.

—Me alegra mucho, sobre todo, verte sonreír.

Antes de continuar bajando, me acerqué a ella y, con mis dos manos, le sujeté la cara. Volví a rozar con mis labios los suyos, observando sus gestos. Ver, en su mirada cristalina, la felicidad, me dio ese empujón para terminar con un beso mucho más desgarrador, más profundo, más liberador. Donde nuestras lenguas jugaban entre ellas, hasta que le puse fin al beso. Nos abrazamos, por aquel momento vivido. Sentí cómo mi corazón, acelerado, se iba calmando. Ella posó su mano en mi pecho y su cabeza justo donde se sienten los latidos de mi corazón. Le di un beso en la cabeza y la animé a continuar bajando, para llegar al siguiente pueblo. Otro recuerdo creado que nos llevaríamos para nosotros. Llegamos a Manarola, aquel día estaba algo atemperado, daba la sensación de que iba a llover de un momento a otro. Después de instalarnos, fuimos a la vía Di Mezzo, que es la calle principal, en la que encontramos tiendas de artesanía, con objetos tradicionales. Nos vimos rodeados de bares y restaurantes. Di gracias a que no le habían vuelto a doler los ovarios por la regla y estaba disfrutando de cada momento.

Me dejé llevar, disfrutando de cada sonrisa de Aleydis y fue una de las mejores decisiones de mi vida. Viajar es recargarte de energía. Estaba siendo un día tormentoso y pese a ello se podía seguir disfrutando del lugar. Que hubiera sido mejor que luciese el sol y encontrarte con la magia de los colores y olores que ofrece. Pero aun así podemos maravillarnos con la experiencia. Dejamos ir el día, con calma, disfrutando del paisaje. Llegamos a Riomaggiore, donde pasaríamos nuestro último o penúltimo día (no tenía nada planeado por el momento, me dejaría fluir. Hablaría con ella para ver qué quería hacer). Era una habitación muy agradable, nos asomamos por la puerta, que daba a un pequeño balcón con vistas al pueblo y, al fondo, se veía el mar. Era una maravilla de lugar. Decidimos hacer un parón allí y vimos que había una máquina de café de cápsulas y nos preparamos uno. También había unos pequeños botes de leche, con la cantidad justa para hacerte un café al gusto. A lo largo del viaje, hablamos con Andrea, en alguna que otra ocasión. Se notaba que nos echaba de menos.

—*Il mio amore*[12] —Observé cómo me miraba, a través de la taza de café—, esta noche es la última. Mañana, cuando lleguemos a donde está el coche, ¿quieres ir directamente a Florencia o apuramos la estancia en el pueblo?

—Mmm… —Vi cómo me miraba. Se acercó, con su silla, hasta donde me encontraba yo y me agarró de la mano. Estaba embobado, mirando cada uno de sus pasos—. ¿Tú qué quieres hacer? Con sinceridad.

—Estoy muy bien contigo, pero necesito volver, para que estemos los tres juntos —Noté cómo mi voz temblaba al decirlo, no sé cómo lo hizo, pero se sentó en mis piernas.

—Piero mírame, cariño —Alcé la mirada y alguna lágrima cayó por mis mejillas. ¿Qué me pasaba?, ni yo mismo lo sabía—. No tienes que llorar por poner en boca lo que tu alma grita —Con sus pulgares, me quitó las lágrimas. Necesitaba más de ella, su contacto, su piel debajo de la mía. Me abrumaba sentir que necesitaba mostrar nuestra desnudez, el calor que desprendíamos —, sé lo que quieres decir. Yo también quiero estar con los dos juntos. No tengo ni idea de las razones por las que necesito estarlo. Estos días aquí, contigo, han sido maravillosos. Tu sonrisa, tu mirada llena de vitalidad, tus gestos de cariño, los abrazos, las caricias. Todo ha sido extraordinario, notar cómo las manos de ambos me colmaban de atenciones y caricias.

No pude hacer otra cosa que acercarla más a mí, la decisión ya estaba tomada y ella lo notaba. Me aproximé a sus labios y los mordí, los acaricié con mi lengua, terminando con un beso que nos quemó, siendo ambos conscientes de que no iríamos más lejos, por la ausencia. Esa ausencia que nos tenía perdidos y con ganas de descubrir lo que nos sucedía realmente. Recordaba aquellas noches de ir al club junto a Andrea, de vivir aquellas experiencias en tríos o

grupos que disfrutamos durante un tiempo. Hasta que conocimos a Aleydis y todo eso quedó relegado. No necesitábamos acudir allí, sin embargo, aquella primera noche que pasamos solos, sentir sus manos, sus besos, su calor y todos esos recuerdos hizo que temblase por el presente. Me observó con una sonrisa y se levantó, para poder seguir tomando el café que nos preparamos. Se hizo un silencio cómodo, tranquilo, que daba mucha paz.



Capítulo 12

Aleydis

Decidí levantarme al ver cómo él se mostraba pensativo, soñando, temblando por ese recuerdo que le había venido. Sin preguntar absolutamente nada, decidió hablar y expresar aquello que sentía.

—No te vayas, Aleydis —Sus palabras provocaron que nuestras miradas conectasen y sus ojos se veían cristalinos y sinceros. Cuando iba a decir algo, él levantó la mano y me detuvo. Me volví a sentar. —Lo que te cuente, espero que no te asuste y, sobre todo, no salgas corriendo —Suspiró—. Cuando llevé la separación y salió una sentencia de divorcio, Andrea y yo nos hicimos amigos. Vimos que teníamos algo en común y buscamos un club para poder tener sexo con libertad. Nos gustaba hacer tríos y disfrutar de diferentes experiencias sexuales. Con toda la precaución, confianza y, sobre todo, con controles sanitarios rigurosos. Pagamos una cuota anual al club y sus normas eran muy estrictas, para que nadie saliera mal parado de las diferentes escenas que se pueden realizar en privado.

Vi cómo se levantaba, fue al baño, escuché el grifo abrirse. Cuando salió, su cabello lucía mojado. De sus mechones caían unas gotas, se acercó a la máquina de café para hacerse uno y me señaló para saber si quería, negué con la cabeza. La verdad es que no sabía qué decir ante lo que me había explicado. Ya sabía que, entre ellos, la confianza era muy grande, que podían haber hecho un trío a nivel sexual. Me lo imaginé por cómo se comunicaban entre ellos. Por poca experiencia que una pudiera tener ante este tipo de sexo, creo que nos daríamos cuenta, dependiendo de sus actitudes. Es algo que yo, al menos, sí que sentí. Preferí callar y, cuando estuviera otra vez sentado a mi lado, dejarlo que hablara. Presentía que no había terminado de

contar.

—Es complicado hablar, por el miedo a lo que puedas pensar de nosotros —Me miró y se sentó de nuevo con la taza en la mano—. Porque nos conocemos desde hace poco…

—Piero, mírame —Me acerqué a él y lo cogí de la mano. —Cuéntame lo que quieras, cuando tú te veas capaz de hablar. Yo no tengo que juzgar absolutamente nada de vuestra vida sexual antes de conocerme, o lo que a partir de conocerme hagáis. Si necesitas contarlo, es por que tenéis algo en mente, que queréis que yo forme parte de ello. Para tomar decisiones necesito saber y averiguar también cómo mi cuerpo, mi corazón, sienta.

—Gracias —Me acarició con su mano y me besó en la frente. Observé que inspiraba y expiraba varias veces, antes de continuar hablando—. Cuando Andrea y yo decidimos ir al club, nuestra mente estaba en no conocer a nadie fuera de allí, ni sentir nada parecido a lo que ahora ambos experimentamos hacia ti. Eso nos tiene asustados y perdidos, queremos ser felices, ante todo, y no sabemos cómo expresar todo esto sin que salgas corriendo. Por lo atípico que pueda resultar de cara a la norma que todo el mundo ve en las parejas.

La necesidad de contar con un poco más de tiempo se mostraba en su rostro con claridad. Supuse que lo quería hablar antes de volver a juntarnos con Andrea. Yo sabía que existía algo más fuerte entre ellos. Había algo que no me contaba, pero quería esperar a que fuera él (o ellos) quien me lo dijera. Me aproximé más a él y lo abracé. Apoyó su cabeza en mi pecho y se quedó ahí, un rato, hasta que su respiración se calmó y noté su relajación.

—¿Estás mejor?

—Sí. Hay más. Nosotros no pensábamos que ocurriría, ¡que equivocados estábamos!

Me agarró de la mano y nos acercamos a la cama, donde se acomodó. Me acoplé para que estuviéramos más cómodos que en las sillas. Lo observé, mientras se colocaba las almohadas en la espalda para apoyarla y me situé a su lado de igual manera. Quería darle su tiempo, para que expusiera sin rodeos sus emociones. No sabía cómo sentirse y no era por vergüenza de aquello que tuvieron. Simplemente era sexo, sentir lo que en el momento quisieron.

—El día que te vi por primera vez estabas distraída en la terraza del bar, leyendo. Se notaba que estabas en una encrucijada y no pude evitar espiar cada uno de tus movimientos. Necesitaba acercarme a ti y no me atreví, por temor a que no quisieras hablar con nadie. Luego, llegaste a la tienda de mi madre y te volviste a cruzar en mi camino. Pensé que era el destino, que me estaba diciendo: «Ve y conoce todo lo que ella te deje». Puede ser una soberana gilipollez, pero eso fue lo que sentí.

Su mirada me transmitía. Yo me quedé estática y en *shock.* Él cerró los ojos, volvió a abrirlos, me observó, hasta que abrió los brazos y, con su mirada, me pidió que me aproximara a él, que lo abrazara. Y no lo dudé ni un solo segundo. Lo achuché y sentí su olor, ya tan familiar para mí. Su perfume tenía un aroma a madera que, en su piel, parecía que habías encendido incienso.

—Cuando te tenía enfrente y mi madre nos dejó solos, lo único que tuve muy presente fue que quería conocerte. Me daba miedo, y le pedí a Andrea que apareciese, para no sentirme ridículo. Luego, vi la compenetración que teníamos los tres y las dudas se fueron evaporando, poco a poco —No lo dudó y me acercó, de tal manera que me quedé apoyada en su pecho. Cogí sus brazos para que me rodeara con ellos. Sentí como él me daba un beso en la cabeza—. Lo que ocurrió era algo para lo que ni Andrea ni yo estábamos preparados: después de nuestros juegos en el club y de que estuviéramos seguros de que entre nosotros las experiencias que tendríamos serían siempre allí, nunca por separado, apareciste tú y todo eso nos cambió a ambos. Lo supimos nada más mirarnos a los ojos. Y, después de dejarte en tu hotel, esa primera noche que

cenamos, fuimos a su casa y allí sucedió lo que, hasta ahora, entre nosotros, hubiera sido inverosímil —Se quedó callado.

—Piero, no tienes por qué seguir contándome, no es necesario. Solo hazlo si quieres contarlo —Vi que asentía.

—Quiero hacerlo ya que, para nosotros, este sentimiento es algo nuevo también. Y sabemos que es lo que queremos. Esa noche, que nosotros fuimos a su casa, nos sentíamos diferentes. Con una honestidad como nunca. Nuestras manos se entrelazaron, luego vino un beso y ya no pudimos parar. Estábamos vivos, libres, con una pasión desenfrenada, pero nuestros labios también pronunciaron tu nombre. Notábamos la nostalgia por tu ausencia.

—No sé qué decir, solo tengo una cosa clara: que no es malo que entre vosotros haya habido sexo. Yo no puedo decir cómo me encuentro. Solo sé que ambos me atraéis y me gustó mucho dormir con los dos.

Era una conversación complicada, pero tan necesaria como el agua. Compleja, por el simple hecho de que era un tema tabú. También por la ausencia de Andrea en aquella charla. Él tenía la necesidad de hablar, no pudo esperar. Y supuse que Andrea se sorprendería del paso dado por Piero, por la posibilidad de perderme. Tenía claro mi regreso a casa y al trabajo, no perdía la esperanza de que, con el tiempo, el camino, los días y las situaciones, marcasen nuestro destino.

—Tengo miedo de que pienses que somos unos irracionales, que estamos locos, o algo peor.

—No tengo por qué pensar eso de vosotros. Los sentimientos son los que son, no hay más. No se puede ir en contra de las emociones, ni de las diferentes formas de amar. No sé lo que siento. Estoy perdida. Nunca pensé que me sentiría atraída por dos hombres, nunca pensé que estaría tan bien en brazos de ambos —Le cubrí los labios con mi mano, para que no dijera nada —. Pero yo tengo que volver a mi vida, a mi trabajo, después de estas vacaciones. No sé cómo será mi vuelta, cómo me sentiré o qué se puede hacer. Regresemos a Florencia, iré con Andrea a donde me quiera llevar y, lo que suceda en el futuro, Dios dirá. Vayamos paso a paso.

—Eres preciosa —Me abrazó, con tanta fuerza que experimenté su necesidad de no terminar el día, de no llegar a despedirnos si eso ocurriera. Pero, tarde o temprano, nos tendríamos que decir adiós. —Gracias por escuchar, por ser libre con lo que sientes y por no irte sin mirar atrás.

En ese momento, solo queríamos estar en la habitación, descansar y, al día siguiente, regresar a Florencia. Sin decir nada, decidimos pedir unos sándwiches, para cenar algo y dormir.



Capítulo 13

Piero

La cena fue sencilla. Me sentía bien después de haber hablado con ella. Sabía que Andrea tenía que formar parte, pero necesitaba hacerlo. Y sabía que no le molestaría, era una ventana abierta a una posibilidad que buscábamos, que sentíamos. El barajar formar una familia los tres. Podía que fuese un cuento de hadas, o como lo quisieran describir. Para otros, sería una aberración: ¿Cómo podemos ser tres?, ¿hay celos? Y un largo etc. Las respuestas podían ser miles, cada trieja sentía y decidía cómo llevarlo. Imposible decir que una fuera mejor y la otra fuera peor. Cada sentimiento, cada sensación, podía venir de mil maneras distintas. Lo importante era que no faltara la complicidad, comunicación, saber escuchar y, sobre todo, comprensión entre los implicados en la relación. Tendríamos que respetarnos y superar miles de situaciones que irían sucediendo día a día. No todo sería pan comido, seguro que viviríamos situaciones difíciles, pero estaba convencido que saldríamos adelante.

Me sentía afortunado por la calma y el respeto que estaba teniendo con todo lo que le conté. Era consciente de que podía abrumar e incluso asustar, por lo desconocido, por lo lejano a la normalidad.

¿Qué era la normalidad? Era una cuestión difícil de explicar. Lo sencillo era decir que la normalidad era lo que cada persona vive, siente y es habitual para uno mismo.

Vi cómo se quedaba dormida. Me urgía hablar con Andrea. Pillé el teléfono y le envié un mensaje.

Piero:
Hola, Andrea. ¿Estás despierto?

Andrea:
Hola Piero. Sí, muy despierto
¿Todo bien?

Piero:
Sí. Y no

Estaba dudando cómo decirlo por escrito y no hacía más que borrar y volver a escribir.

Andrea:
Piero, no lo pienses y dime
Tranquilo, toda irá bien, seguro
No lo dudé más y me tiré a la piscina.

Piero
Hoy hablé con Aleydis.
Le conté todo. Cómo nos conocimos, el club…
Le expliqué, por encima, nuestra experiencia

Andrea:
Y, ¿cómo reaccionó?

Piero:
Ella es maravillosa, sabe escuchar.
Lo importante es que no ha huido de mi lado

Andrea:
Eso está muy bien, que no haya
escapismos innecesarios
(Emoticonos guiñando el ojo)

Piero:
No te lo tomes a broma

Andrea:
Cuéntame más, hay algo que te preocupa

Piero:
Le expliqué todo, también nuestro momento
Por cierto, ambos te echamos de menos
No es broma. Y necesito sentirte

Andrea:
¿Todo, todo?
¿También nuestro encuentro sexual?
Yo también quiero que vuelva a pasar.
No estoy arrepentido, por nada.
Solo aumentó mis sentimientos hacia ti y hacia ella.

Tengo ganas de que lleguéis a casa

Piero:
Andrea, si digo todo es todo.
Nosotros, yo, también
quiero estar ahí contigo.
No teníamos que haber hecho el viaje sin ti

Andrea:
Piero, las cosas fueron de esta manera.
No le des más vueltas.
Ahora descansa, mañana volvéis y aquí estaremos,
Chiara y yo.
¿Sobre qué hora vendréis?

Piero
Depende de la hora que salgamos.
Te voy diciendo.
Mi intención es llegar a la hora de comer a casa.
Descansa mi amado

Andrea:
Descansa mi amado

Mientras escribía a Andrea, observaba a nuestra chica dormida, con una sonrisa en su rostro, tranquila. Necesitaba descansar, estaban siendo días de emociones, sobre todo hoy. Dejé el móvil en la mesita y me abracé a ella. Aproveché para pegarla a mi pecho, justo cuando se movió y, con un beso en su mejilla, me recosté y me dormí, sintiendo su calor.

Cuando sonó la alarma, no quería levantarme. Estábamos en la misma postura que cuando me puse a su lado. Con mi brazo, la acariciaba, ella se acurrucaba aún más en mi regazo hasta que giró la cara y vi un mohín de no querer salir de la cama. Me hizo mucha gracia, le di una cachetada en el culo y, acto seguido, me levanté.

—*Il mio amore*, arriba, despunta el alba y hay que viajar.

—Un ratito más, por favor...

Ver sus reacciones al despertarse era encantador. Le di un beso en la mejilla y me fui a la ducha. Así, le daba tiempo a ella para estar un poco más en la cama. Eso sí, una vez que se despertó, se duchó y se preparó en tiempo récord. No es tan remolona como quiere hacerme ver a veces. Bajamos, ya con todo, a desayunar y, enseguida, al tren de vuelta a La Spezia.

El trayecto fue tranquilo, entre risas, con algún que otro beso y agarrados de la mano. Me gustaba sentir la serenidad de la víspera. Estaba deseando llegar a casa y disfrutar antes de que ellos se fueran de viaje. «No sé cómo me sentiré mientras ellos van juntos a donde Andrea haya elegido. Pero seguro que más adelante lo haríamos los tres unidos.» Divagar me proporcionaba calma.

Mientras conducía de vuelta, la música nos envolvió. Ella disfrutaba escuchando. Comenzó a sonar una canción que desconocía, pero el ritmo me atrapó, me hacía sentir bien y relajado.

—¿Qué canción es? ¿La conoces?

—Sí, es de Juan Cid y El duende callejero *Estrellas sobre el mar*. Es muy bonita, ¿verdad?

—Sí, me gusta mucho. ¿Vas bien?

—Sí, voy genial, voy a ver si te sorprendo con alguna otra canción.

Vi cómo se recostaba y no sé cuándo lo hizo, pero conectó el móvil por bluetooth y manejaba aquello como quería. Escuchamos canción tras canción: en inglés, en castellano e incluso puso alguna en italiano y eso hizo que mi corazón latiese mucho más rápido. Pensaba en disfrutar, en que ambos disfrutásemos, del viaje.

—Ya solo con este principio sé de quien es.

—Venga, que la paro, dime. Suelta por esa boquita, ¿de quién es?

—¿Es un reto? —La miré, alzando una ceja. Quería jugar, e íbamos a jugar. Volvió a hacer el mohín, me encanta cuando lo hace.

—Un reto, ¿qué nos jugamos? —La miré, para ver si era cierta su pregunta, y vi que me animaba, con un gesto de la mano.

—Si gano, nos tienes que llevar a conocer tu tierra.

—¡Oh! pensé que…

—¿Qué sería algo sexual?

—Mmm… sí.

Solté una gran carcajada, había estado a punto de pedirle algo sexual y me lo había replanteado. Consideré que, en ese tema, debía ir con más cuidado. Con el tiempo, seguramente podría pedir disfrutar de momentos sexuales.

—Pues no. En un futuro, puede. Nos tenemos que conocer más. ¿No crees?

—Sí, lo creo. Venga, pues un viaje a Tarragona. Dime ¿qué canción es?

—Son Eros Ramazzotti y Tina Turner, el título se me escapa —Me hice el interesante, pesando. Vi que resoplaba y esa fue la pista de que iba por buen camino. —*Cosse Della Vitta*.

Suspiró y le dio a reproducir. Me miró, con una sonrisilla que le iluminaba la mirada. Me gustaba verla así. Nos pusimos a cantarla, los dos a la vez, sintiendo una energía mágica, haciendo todo más llevadero. Entramos en Florencia y la agarré de la mano cuando frenamos en un semáforo. Quedaba ya poquito para llegar a casa de Andrea y sabía que ambos teníamos ganas de poder estar con él y que ella le contase lo que había disfrutado del viaje. Cuando aparqué me aproximé a ella y le di un beso, que me correspondió con caricias. Al terminar, le di otro en la frente y salimos a por las maletas. Como teníamos las llaves, subimos en el ascensor hacia la casa de Andrea. En el ascensor fuimos abrazados. Sabíamos que era una despedida, junto a un nuevo comienzo, para ver qué nos depararía el futuro.

—¿Estás bien? Te noto nerviosa.

—Estoy bien, solo son ganas de verlo. Y a Chiara.

Me miró, interrogante. Le sonreí y, antes de llegar a la planta, le susurré: «Ella también está y nos espera con los brazos abiertos». No me podía aguantar mucho más, así que, agarrando su cara, le di otro beso. Corto y rápido, pero intenso. Con la intención de transmitirle lo necesario. Sabía que estaba bien, porque me rodeó con sus brazos, hasta que escuchamos el pitido del ascensor con nuestra llegada.



Capítulo 14

Andrea

Esa semana sin ellos fue extraña. En mi trabajo fue todo rodado y, si nada cambiaba, ya tenía todo listo para poder ausentarme. El viaje de Alda también estuvo bien, por lo que me contó. Con Chiara estaba siendo una semana tranquila, pese a que había algo que no me contaba y no sabía bien qué podía ser. No me lo quería decir, solo que todo en el cole iba genial. Pero intuía que algo le pasaba y desconocía el que. Le dije que podía llamar a su madre y hablar, si lo necesitaba. No lo hizo, sus conversaciones habían sido banales. Pensé en hablar con Aleydis, a ver si ella la podía ayudar. Lo único que me quedaba era pedir cita con su tutora para hablar de lo que le pudiera estar preocupando.

En esos días, entre las fotos, la vídeo llamada y los mensajes de Piero de ayer, me dejaban muy tranquilo. Podía parecer extraño, con tan poco tiempo, sentir como lo hacíamos Piero y yo. Era así y no le iba a dar muchas vueltas a eso. Había que procurar que ella también nos explicara cómo se encontraba y, sobre todo, sus emociones. Me avisaron, en todo momento, por dónde iban. Llegarían para comer.

Andaba nervioso, y mi hija no paraba de reírse de mí. Supuse que algo se imaginaba, igual era por eso por lo que estaba así de rara, por no entender qué ocurría. Era consciente de que habría que explicárselo y me gustaría que su madre también estuviera en esa conversación tan transcendental. Era un paso importante, para todos.

—Papá ¿En qué piensas, estás nervioso? —La miré extrañado.

—¿Cómo que en qué pienso? ¿Por qué lo dices?

—Le estas poniendo azúcar al tomate de la ensalada.

—¡Joder!

Rompimos a reír los dos. Menos mal que no fue en gran cantidad, con aquel momento habría risas para rato.

—De esto que acaba de pasar, ni una palabra —Me aproximé a mi hija—. *La mia farfalla,* qué grande te estás haciendo.

—Papá, por favor, estás muy mimoso.

—¿Yo? —La adoraba, era mi pequeña, siempre será mi mariposa—. Para nada, hija.

Mientras disfrutaba de ese momento, escuchamos cómo se abrió la puerta de entrada. Mi hija se dio cuenta de que me temblaban las manos, de los nervioso que me puse. Me las agarró y me regaló un beso en la mejilla con intención de que me diera ánimos para ir hacía ellos.

—Venga, vamos, que ya llegaron. Ya verás que todo irá bien.

—¿Cómo y cuándo te has hecho tan grande?, ¡si solo tienes ocho años!

—Venga papá, vamos.

No me demoré más y nos aproximamos a la puerta. Allí estaban los dos, cogidos de las manos observando mi reacción, nuestra reacción. Me gustaba verlos así, sonrientes. Me acerqué, nos fundimos en un abrazo grupal. Mi hija se nos acopló. Me sentía bien, feliz, en calma.

—Bienvenidos pareja, ¿fue bien el viaje de regreso?

—Sí, todo fantástico. ¿Puedo ir a dejar la maleta y poner una lavadora?

—Andrea, acompáñala, luego en mi casa la deshago.

—Vamos preciosa. Pequeña, te quedas a cargo, con Piero, de terminar la comida y así podremos almorzar cuando hayamos puesto la lavadora.

—Vale.

Nos dirigimos a la habitación de la mano, dejé la maleta a un lado. Con mis manos libres le sujeté la cara, acercándome a sus labios, ella me rodeó la cintura. Mi pulgar derecho le recorrió el contorno del labio, lento y, en ese momento, ella suspiró, cerrando los ojos.

—Te voy a besar, y no te estoy pidiendo permiso.

—Deseo que lo hagas.

Y la besé. Primero, con un roce de labios, la tenté: jugué con mi lengua sobre su labio inferior, la observé. Y su mirada brillante, de pupilas dilatadas, me lo dijo todo. Quería que siguiera, la necesitaba. No alargué más la agonía de ninguno de los dos. El beso se volvió vehemente, abrasador y desgarrador. La acerqué más a mi cuerpo, necesitaba sentir mucho más. Jadeó sobre mi boca y un ruido en la puerta provocó que nos separásemos. Apoyé mi frente en la suya, respiramos para calmar nuestras palpitaciones.

—Me dejé llevar, lo siento.

—No te disculpes, ambos lo queríamos y necesitábamos.

—Vamos a preparar la lavadora.

Asintió y, en un momento, volvíamos al salón, donde nos esperaban. La escena que nos encontramos nos hizo sonreír: mi hija y Piero se estaban haciendo cosquillas mutuamente, no paraban de reír. Consiguió escapar y llegar a mi lado gritando.

—¡Casa, casa! —Cuando más lo necesitaba, su risa me dio energía.

—Pequeña tramposilla, pudiste escapar de mis garras. Pero queda tarde por delante…

—Tío Piero, después no hay más cosquillas. Ya se terminó aquí, en casa.

—Venga, el juego de cosquillas para después de la comida — comenté mientras iba, con mi hija en brazos, hacia la mesa.

—¡Yuju! Después más cosquillas y, ¡tengo victimas nuevas! —sonrió maliciosamente.

—Tío Piero, somos compinches.

—Pues claro —Vi cómo se miraban. Sonrieron y él le guiñó el ojo. Vi venir como tramaban algo.

—¡Oh! No, no y no. Yo no voy a ser vuestra víctima. —dijo Aleydis, viendo el percal que se traían entre manos.

Las risas nos acompañaron mientras degustábamos los diferentes platos. Chiara habló del colegio, de las cosas que habían hecho en esos días. El teléfono sonó y era Alda, hablamos un poco y se lo pasé a mi pequeña para que ellas se comunicaran. Su cara sonriente me llenaba de júbilo, porque, a pesar de que una separación podía ser dolorosa o traumática, mi hija era un claro ejemplo de que las cosas podían hacerse bien y los niños ser felices. Pero sí nos respetábamos y no dejaríamos de ser amigos. Siempre estaríamos a su lado. Hasta la fecha, nunca había habido un mal gesto, en ninguna de las direcciones. Mi ex siempre supo que yo necesitaba algo más, algo distinto, algo que me llenase. Sabía, y no juzgaba, que había ido al club de sexo. También que había ido con Piero. Habían forjado una amistad bonita. No había más: unos amigos que un día se amaron, se casaron y tuvieron una niña que era el ojo derecho de ambos. Nuestro objetivo era que creciera feliz y en un entorno con amor; donde el respeto, la confianza y la comunicación, formaban parte importante de nuestra familia.

Posiblemente, a muchos les costaba creer esta situación, pero era el camino que nosotros queríamos llevar. Ambos éramos felices, ella había rehecho su vida con un hombre que no solo la amaba, si no que la apoyaba en cada proyecto. Para mi hija también era un buen padre: la escuchaba, la comprendía, la ayudaba y, si tenía que tomar decisiones en algunas cosas, siempre nos lo comunicaba a ambos, para ver qué nos parecía su idea. También, con su educación, suponía un gran apoyo, la ayudaba en muchos aspectos y, me estoy repitiendo, pero el saber escuchar, comunicarse y apoyarse era una buena base para educar y enseñar a nuestra pequeña mariposa.

Mi hija colgó el teléfono. Observé lo sonrientes y felices que estaban. Me daba fuerza disfrutar de esos pequeños placeres de la vida.

—Papá, me dijo mami que vendrá mañana por la tarde a buscarme. Así ya dormiré con ellos en casa por la noche.

—Vale, mi vida. Terminamos de comer y recogemos.

Cuando nos sentamos todos en el sofá, mi hija decidió qué película ver. No teníamos muchas ganas de salir.

—Bajo un momento a por algo dulce para merendar, cerca de aquí hay una pastelería.

—¿Te acompañamos?

—No hace falta, quedaos los tres. Es un momento.

Me despedí con un beso a cada uno, con la intención de sorprenderlos con la merienda que les trajese. No tardé ni veinte minutos en llegar a casa y los encontré a los tres, sin apartar la mirada de la película, y en absoluto silencio.

—Parece que se os ha comido la lengua el gato —comenté al ver la situación.

—Ja, ja y ja. —soltaron Piero y Aleydis al unísono.

—¿Quién me ayuda a preparar la merienda? ¿Café o chocolate?

—Yo chocolate, papá.

—Chocolate, también —dijo Piero.

—¿Te gusta el dulce Aleydis? —seguí con mi curiosidad.

—Mmm me encanta… —Me guiñó el ojo, mientras me daba la espalda para coger un vaso y beber agua.

—Café para mí. —comenté en voz baja. Mi hija parecía querer hablar a solas con Aleydis.

—Aleydis, me gustaría enseñarte algo ¿Puedo? —Observé esa mirada llena de dudas y angustia en Chiara. No sabía qué podría ser, solo me quedaba ser paciente y cuando quisiera me lo diría, pero al ser padre la preocupación nunca desaparece, aunque crezcan y se independicen.

—Sí, claro, vamos.

Las vi marchar. Nosotros nos quedamos para preparar la merienda. Dejamos todo listo antes de ir a buscarlas. La puerta de la habitación de mi hija estaba entreabierta, no quería escuchar detrás de la puerta, pero lo que decían me llamó la atención y necesitaba saber. Me acuclillé y Piero se puso a mi lado, le indiqué silencio con el dedo.

—Chiara, pequeña. Llevamos unos minutos y no me has dicho nada, solo estás enseñándome fotos. ¿Qué me quieres decir?, siéntete libre de preguntar lo que quieras.

—Sí, no. Bueno, sí. Hay algo.

—Tranquila, si hoy no me lo quieres contar, no pasa nada. Seguro que, más adelante, lo podrás hacer.

—Es… —Me asomé un poco y vi cómo la miraba a los ojos —¿Tú quieres a mi papá?, a ¿Piero?, ¿a los dos? ¿Harás que me deje de querer? —Parecía una ametralladora con las preguntas y no siguió porque Aleydis la frenó. Yo quería saber las respuestas.

—Vamos por partes. Mis sentimientos hacia ellos, no los tengo claros. Sé que puede preocuparte cómo nos sintamos y lo que pueda significar. De momento, somos amigos, nos estamos conociendo y sentimos afecto entre los tres —Inspiró y exhaló como si necesitase relajarse —. Nunca podría apartar a tu padre de tu lado. Tú eres su hija, eres lo primero para él. Que no te quepa ninguna duda. La persona, o personas, que ame a tu padre, también te tiene que querer a ti. Tu felicidad es primordial. No llores preciosa —La abrazó y le acarició el cabello —, es normal que te preocupe, que tengas dudas y necesites respuestas. Habla con los tres, con tu madre y tu padrastro. Confía siempre en ellos. A mí, poco a poco me irás conociendo y esa confianza mutua llegará a su debido tiempo.

—¡Gracias, gracias! Eres muy buena —le puso la mano en el corazón —, tienes bondad.

—¿Sabes?, es normal que tengas esas dudas, esos miedos. No te preocupes por nada. Siempre que me necesites, y esté por aquí, puedes preguntar lo que requieras.

Se abrazaron, le quitó las lágrimas a mi pequeña y se miraron con una sonrisa. Piero y yo nos miramos, él estaba sorprendido y me indicó que nos marcháramos a la cocina, que saldrían en nada. A mí me afectó ver a mi pequeña así. Sabía que le preocupaba algo. Me gustó que le dijera que fuera libre de preguntar lo que necesitara saber. Disfrutamos mucho durante la cena. No hubo preguntas por parte de Chiara. Sin más demora nos fuimos a dormir. Acosté a mi hija en su cama dándole un beso de buenas noches. Al llegar a la mía observé que solo estaba ella. Me fui en busca de Piero. Se encontraba en el comedor de pie mirando por la ventana. Le abracé desde atrás.

—No te vayas —le susurré en el oído.

Se giró, me escrutó con su mirada ávida de emociones. Asintió y de la mano fuimos a la habitación. Nos acomodamos los tres en la cama y nos sumimos en un sueño profundo.



Capítulo 15

Andrea

Al día siguiente, al despertar, sentí que mi móvil vibraba. Lo cogí y era un mensaje de Alda.

Alda:
Buenos días.
Iremos a comer,
¿podría ser una sorpresa?

Andrea:
Buenos días
Por supuesto
Sorpresa para todos

Alda:
Hasta dentro de un rato

Andrea:
Hasta luego

Al dejar el teléfono, me volví y los vi dormidos, admiré esa escena y mi mente empezó a cavilar. ¿Cómo sería nuestra vida si estuviéramos los tres? Sentí unos golpes en la puerta y le dije que pasara, ya me había imaginado que sería Chiara. Se subió a la cama y se acurrucó

conmigo. Me gustaba sentir el cuerpecito de *la mia piccola farfalla*[13]. Ya no me podía dormir, mi peque se amodorró de nuevo y luego Piero fue el primero en despertar.

—Buenos días ¿Qué hace Chiara aquí? ¿Cuándo ha entrado?

—Está todo bien Piero, tranquilo. Acaba de entrar y se volvió a dormir. Yo ya me iré levantando, déjalas aquí. ¿Te quieres duchar?

Vi cómo me miraba. Sus ojos centellearon y eso me sacó una sonrisa. Le indiqué con la cabeza y supo perfectamente lo que quería decir, que no podíamos hacer nada, por mi hija. No dijo nada, solo se aproximó a mí, me sujetó la cara y me dio un beso que prometía muchas cosas pecaminosas. No se quedó ahí, nuestros labios no pudieron separarse y el beso se volvió más pasional, nuestras lenguas se unieron en un juego erótico y sexual. Sentí cómo nuestros genitales habían reaccionado, pero era mejor separarnos, para no cometer ninguna locura. Ya habría otro momento para sucumbir al deseo. Vi cómo se iba al baño completo que había en el pasillo y le llevé una toalla.

Sin esperarlo, sentí que me metía con él dentro y cerraba la puerta. Intenté escabullirme, pero me fue imposible. Alargó la mano y me rodeó con su brazo, me atrajo hacia él y comenzó a darme besos, desde el cuello, hasta llegar a mi boca.

—Piero quieto, está mi pequeña con Aleydis.

—Sí, lo sé, lo sé. Pero me muero por volver a sentirte.

—Yo también lo deseo, que no te quepa ninguna duda. Ahora no es el momento, ni la situación más idónea.

—Mírame, Andrea —Levanté mi mirada, para encontrarme con la suya, estaba risueña. Trazó una sonrisa que me sosegó. Unió nuestras frentes y suspiró. Él lo sabía, vi cómo abría el cerrojo de la puerta. Me dio un último beso—. Toda irá bien, comunicación, confianza, respeto y amor. Lo sabes, sabes que podremos ser felices.

Con esa última frase, me dejó fuera del baño. Lo escuché cantar, mientras el agua de la ducha corría. Regresé a mi habitación para despejarme y darme un baño. Miré hacia la cama y me las encontré a ambas abrazadas y dormidas. Me gustaba esa imagen. Terminé de prepararme y fui a la cocina, Piero y yo llegamos a la vez así que, entre los dos, preparamos el almuerzo.

Sin darme cuenta, me volvió a acercar a su cuerpo y me besó de nuevo. Fue un roce de labios que nos hizo suspirar. Nos separamos y volvimos a la rutina de preparar los cafés, las tostadas con su mantequilla y mermelada, la fruta troceada y zumo. Sin llegar a terminar de preparar el desayuno, vinieron las dos a nuestro encuentro, ambas en pijama. Chiara se sentó al lado de Piero y ella a mi lado. Quería que se repitiera esa estampa familiar toda mi vida. Así me sentía.

—Buenos días, chicos.

—Buenos días a todos.

—Buenos días, pequeña —Le di un beso en la mejilla y me di cuenta de que, últimamente, me estaba volviendo muy besucón. A quien no le guste, que no mire.

—*Buongiorno*[14].

Para cuando nos quisimos dar cuenta, ya estaba allí mi exmujer y la ilusión de mi hija nos hizo sonreír a todos.

—Mamá, ya estás aquí, qué bien. ¿Coméis con nosotros?

—Pues claro, hija —La cogió en brazos y, enseguida, se fue a hacia los de Giuseppe. Este abrazó a mi hija con mucho cariño. Se notaba la conexión tan bonita que tenían. Después, *la mia farfalla* se acercó a su madre y le dio un beso en la barriguita. Estaba de nuevo embarazada y me alegraba mucho por ellos. Si ya eran buenos padres para Chiara, para el bebé que nacería,

también. No había duda—. Queríamos darte una sorpresa.

—¡Qué bien! Venid, venid.

—Hola, ¿cómo os encontráis?

—Bien, Piero, todo genial.

—Os presento. Ella es Aleydis, una viajera con muchas sorpresas. A Alda ya la conoces y Giuseppe es su pareja, hechas las prestaciones seguimos disfrutando del día y a ser posible sin salir corriendo ninguno —comenté, aguantando la risa y señalándonos a Piero y a mí. Comenzamos a reírnos por la tontería que acababa de decir.

La comida fue divertida, llena de anécdotas por parte de todos. No se demoraron en marchar, por la simple razón de que al día siguiente era laborable y tendrían que madrugar. Nosotros, al despuntar el alba, marcharíamos al destino que había escogido. Tenía una idea en mente y no sabía si se podría realizar. Tendría que hablarlo con Piero para que no le dijera nada a Aleydis.

Nos sentamos un rato en el sofá. Vi cómo ella se acurrucaba, apoyándose en mi pecho, con los pies levantados. Vimos comenzar una película que daban en uno de los canales locales y, al final, nosotros también caímos en el sopor de la tarde. Aquella sensación de paz era maravillosa, serena, tranquilizadora. Sentía mi corazón feliz, pleno y pensé que sería estupendo que fuese así siempre. Cuando miré el reloj, me di cuenta de que había dormido una hora, más o menos, y observé que ella seguía recostada y aún somnolienta y Piero también. Me moví un poco e hice que se recostase en él.

—Sigue un rato más con los ojos cerrados, *mio amato*[15].

—Gracias.

De esa manera, me fui a la cocina, a preparar los cafés, eran las seis de la tarde. En la distancia, los contemple y el amor embargó todos los poros de mi cuerpo. Cuando tuve todo en la bandeja, me aproximé a ellos, me puse en cuclillas mientras la acariciaba con mi mano izquierda y, con la derecha, le agarré la mano a Piero. Nos miramos a los ojos y su brillo me transmitió todo lo que sentía. Vi cómo empezaba a desperezarse y nos miró de hito en hito, sonreía con tranquilidad y se iba sentando sin separarse de Piero. Me acerqué y le di un beso en los labios, antes de levantarme, le di otro a él y me acoplé en mi lugar del sofá.

—Hola, dormilona. Ya preparé el café de la tarde, creo que hay que hablar o, más bien, continuar con una conversación pendiente.

Observé cómo se ponía muy colorada y bajaba la mirada.

—Si la querías poner nerviosa, lo has conseguido.

—Lo siento si fui algo directo —Eso no lo iba a permitir, y Piero tampoco.

—*La mia principesa*[16] —Vi cómo Piero entendía y los dos unimos nuestras manos para levantarle el mentón—. Nunca, delante de nosotros, bajes la mirada. Siempre cabeza bien alta, no hay que avergonzarse por nada y, sobre todo, no tienes que pedir nunca perdón. Ni contenerte por querer saber, por preguntar. ¿De acuerdo?

—Va… vale —contestó, con un suspiro, asintiendo.

Aquella conversación iba a ser larga, pero muy necesaria. De esa manera, podríamos saber cómo actuar sin prisas ni agobios por parte de ninguno. Nos teníamos que conocer en todos los aspectos de nuestras vidas. Entendernos sería un trabajo del día a día, de la comunicación, de nuestra verdad y respeto. Es la base de toda relación entre personas, ya sea por amor, amistad o ambos.

—Pues empiezo, ¿cómo fue tu relación, Aleydis?

—Pues, fue tranquila, sin muchos encuentros, ya sabéis a qué me refiero —Estaba claro que

hablaba del sexo, pero decidimos dejarla que se expresara como ella necesitara—. Al principio, sí que estaba más tiempo conmigo y disfrutábamos de salir, pasear… lo que suele hacer una pareja —Suspiró y se quedó un momento en silencio—. ¡Vaya! Ahora, mirándolo desde otra perspectiva, creo que estaba con él porque me sentía sola, por no sentir ese cariño de mi familia que él, en un principio, sí me daba. De un momento a otro, todo eso cambió. No supe la razón hasta que los pillé. Pensaba que me dolería recordarlo, pero no es así.

—Nos alegra, y hablo por los dos, que ya no te duela —comenté—. Mi relación con mi exmujer fue muy bonita, siempre con una sonrisa. Disfrutábamos de cada momento juntos. En el sexo, nos gustaba jugar y experimentar. Me embarqué en un proyecto con los hoteles y eso consumía el tiempo para pasar con ella. La excusa del trabajo hizo que desatendiera mi relación. Aunque, echando la vista hacia atrás, ya no la amaba cuando empecé el plan de hostelería. Sí que la quería y me gustaba estar con ella, pero no era amor puro. Vino la niña e intenté continuar y que fuéramos otra vez como al principio, pero cuando algo muere aquí —me apoyé la palma de la mano en el corazón, mientras le daba unos golpecitos—, todo cambia. Me senté con ella y lo hablamos. La decisión del divorcio fue llevada de la manera más sencilla, con nuestros respectivos abogados y las cláusulas fueron las que queríamos. No queríamos cambiar la amistad que forjamos con malentendidos y siempre fuimos sinceros. Nunca hubo engaños de ningún tipo, siempre estuvimos y estaremos para apoyarnos y ayudarnos. Ella, ahora, es feliz con un hombre que la ama como yo no supe hacerlo cuando cambié amor por trabajo —El silencio que había mientras hablaba no era agobiante. Simplemente transmitía calma. Los observé y sus miradas eran cristalinas, sentía amor en ellas—. Mi hija está creciendo feliz, con personas que la quieren, la protegen y quieren estimularla para que sea libre, sienta sin tapujos y confíe en nosotros.

—Es maravilloso. Ojalá, mis tíos, después de morir mis padres, hubieran sido como tú y Alda —Me dio un beso en la mejilla que calentó mi ser.

—Vengo de una familia sencilla, trabajadora y que regenta la tienda de pasta desde hace muchos años. Yo nunca tuve una relación que durase mucho tiempo con ninguna mujer, ni con ningún hombre. La relación que me une con Andrea, la complicidad, la amistad y la parte sexual que disfrutamos en el club es lo más duradero que he tenido en mi vida.

Sus labios se apretaban, con ganas de preguntar, de querer saber más de lo que ya le había explicado él en los días que estuvieron juntos. Esa curiosidad podía jugar a nuestro favor, para que todo fuera claro, sencillo, sin tapujos y que nos uniese mucho más.

—Venga, pregunta, que lo estás deseando, *principesa*.

—Sí, seguro que tiene miles de preguntas burbujeando por su cabecita y a cada cual más loca.

—No seas cizañero.

—Puedo preguntar lo que quiera, ¿verdad?, pero primero voy a tomar el café, antes de que se enfríe —Nos miró, retándonos. Se levantó, cogió una taza y se aproximó a la ventana. Se quedó allí, quieta, curioseando a través del cristal, pensativa.

—Pues tomemos el café —Dije. No le vi el gesto, pero estoy seguro de que había sonreído. Al poco rato, se giró y empezó a lanzar las preguntas:

—Necesito saber cómo empezasteis a ir al club. Vuestras razones individuales y por qué decidisteis ir juntos después. ¿Qué significa para vosotros ir al club y tener sexo con otras personas? Tríos, orgías o BDSM. Bueno, esto último no sé si lo practicáis. ¿Lo practicáis? —Nos contempló, un pelín asustada, pero siguió hablando y nosotros escuchábamos. Preferíamos que soltase todo y luego contestar nosotros poco a poco—. Llamadme mojigata con el tema del BDSM, no me preocupa. Yo solo practicaba el misionero y no disfrutaba, más bien me dolía la

penetración. Él buscaba solo su propio placer. Sí, vale, muy típico que se diga cuando no funciona una relación, pero intenté cambiar la posición y, las pocas veces que lo conseguí, no me hizo disfrutar. Duraba muy poco tiempo. ¡Vaya mierda de perorata que estoy contando! —No paraba de ir y venir: de la ventana al sofá, se sentaba, se levantaba y vuelta a la ventana mientras examinaba nuestros movimientos. Hasta que se volvía a quedar frente a nosotros. Nos señalaba con el dedo, se giraba y volvía a lo mismo. Verla era muy cómico, aunque la situación no lo fuera. Tanto Piero como yo, estábamos aguantando la risa tonta—. Os pareceré una idiota, que no sabe nada de todo lo relacionado con el sexo y de lo que se puede llegar a disfrutar… es frustrante. Tengo tantas preguntas que ahora se me amontonan todas y me es imposible hacerlas de carrerilla. Vosotros ahí, sin decir nada, con una sonrisa en la cara por el espectáculo que os estoy dando —Volvió a mirarnos y a señalar con el «dedo acusador»—. Vosotros dos me habéis hecho un lío muy grande en la cabeza, en mi forma de ver algunas cosas de la vida. Me quiero dejar llevar por lo que voy sintiendo, sé que no será fácil y hay mucho de qué hablar. Vayamos paso a paso, por favor —Los dos nos levantamos a la vez y nos aproximamos a ella. Piero se puso a su espalda y yo por delante y le dimos un abrazo. Ella apoyó su cabeza en mi pecho, mi mirada se cruzó con la de Piero, este me guiñó el ojo.

Los abrazos te dan fuerza para seguir luchando, mirando a la vida con otros ojos, puede ser un achuchón de un amigo en forma de saludo, o cobijo en un momento triste. También existen los de las parejas, que se dan por amor, para sentir cada poro de la piel del otro a través de las caricias, los besos forman parte de esa manera de constreñir a la otra persona contra el cuerpo de uno.

El abrazo se relajó entre nosotros y nos separamos, había que responder preguntas con sinceridad y sin reservas.

—Vamos a responderte, ¿nos sentamos? —La dejamos en medio de los dos, con una distancia moderada para que no se sintiera incomoda—. Voy a hablar por los dos, si me equivoco, él me corregirá. Creo que ya te comentó que comenzamos a ir al club cuando yo me divorcié. Durante el proceso, solo intercambiamos lo necesario para el caso. Una vez terminado, nos fuimos a tomar una cerveza, yo vi a un amigo que nos habló de un club de intercambio de parejas. Nosotros nos miramos y lo estuvimos estudiando hasta que nos decidimos a ir con una invitación. Nos gustó y decidimos pagar la cuota anual. Pasamos una noche a la semana con otras personas con el mismo interés: dar placer y obtener placer. Sin compromisos fuera de allí.

Entre nosotros nunca hubo un contacto, aunque sabemos perfectamente cómo queremos que suceda cada juego sexual con solo mirarnos. El tiempo fue creando una complicidad y una confianza con la que no nos hace falta decir nada para saber cómo se encuentra el otro. Llevamos unos cuatro años en esta andadura del club. Hemos jugado mucho, ¿orgía?, una vez y no nos agradó. Lo que más ha ocurrido han sido tríos, y siempre con una mujer. Juguetes eróticos, hemos hecho uso de varios, hay algo del BDSM que sí nos gusta, pero no es una necesidad, ya que no todas quieren participar en ese juego y lo respetamos. ¿En qué punto nos encontramos nosotros? Sinceramente, no lo sé, podríamos considerarnos dominantes, aunque la perspectiva de cómo nos sentimos va cambiando con el tiempo.

La veía asentir, nos miraba de hito en hito. Mi mano quedaba al alcance de Piero y me acariciaba de vez en cuando. Ese pequeño gesto me tranquilizaba. Las manos de ellos estaban entrelazadas encima de la pierna de Aleydis. Me mantuve a la espera de su reacción. Quería saber qué opinaba. Cuando vi que no decía nada, respiré hondo y seguí hablando.

—Ya me perdí. Lo que decía es que nuestra manera de vernos ha cambiado. De cómo nuestras emociones están entrando en juego —Vi cómo Piero elevaba sus cejas—. Tal vez

debería explicarlo mejor: te conoció aquel día, me llamó por teléfono y me habló de una mujer preciosa, triste, enfadada que, al levantar su mirada hacia él, le sonrió como nadie lo había hecho antes —Se hizo una coleta y uno de sus mechones se salió. Se lo cogí con mis dedos y, en una caricia sutil, se lo puse detrás de la oreja—. Tu sonrisa fue lo que me describió como la más bonita que había, pese a la mirada triste. Después, coincidisteis en la tienda de su familia y pudo invitarte a cenar. De los mismos nervios, me escribió para que me hiciera el encontradizo con vosotros y así lo hice. Pasamos una de nuestras mejores noches. Los sentimientos de ambos fueron en la misma dirección ¿Por qué? No sabría decirlo. Solo sabemos que, al regresar a mi casa, nos miramos y nuestros cuerpos hablaron por sí solos. Yo no me arrepiento y sé que él tampoco. Aquí viene lo que puede que te cueste más entender: ambos estamos seguros de que no queremos ser solo los dos, queremos que tú también formes parte —En ese momento nuestras manos se entrelazaron, sintiendo el calor del otro—. Que formemos una familia. Sé que es poco tiempo de conocernos, sé que tú tienes que volver a tu tierra. Aun así, podemos ir viendo cómo acortar la distancia. Hay mucho para pensar —Los nervios afloraron y sentí cómo se nublaban mis ojos, al borde de las lágrimas.

—Voy a continuar yo, quiero que Andrea se calme un poco antes de seguir con esta conversación. Las emociones están muy arriba y nos podemos resquebrajar en cualquier momento —Respiramos pausadamente. No una, si no varias veces, antes de que Piero siguiese hablando—. ¿Qué significa para nosotros ir al club? Solo hay una explicación: es un momento en el que liberamos tensiones de la semana. Lo consideramos un juego que nos permite dejar ir el estrés y poder sentir que estamos vivos. No hace falta que vayamos al club. A no ser que quieras verlo y experimentar. Lo que realmente nos gustaría es crear un proyecto de vida en común, con todo lo que conlleva. Te daremos tu tiempo y espacio para que puedas pensar, formular más preguntas y respetaremos tu decisión, sea la que sea. Piénsalo, no te precipites. Siéntete fuerte, sé guerrera, con libertad de decidir, de ser tú misma en todo tu ser. No pretendemos cambiarte, ni crear una copia de ti. Queremos a la mujer que tenemos delante, con sus virtudes, con su confusión, también cuando te enfades. Todo.

—Tengo que pensar en todo lo que me habéis contado. ¿Puedo ir a ducharme?

—Sí, ve a ducharte o, si necesitas hacer uso de la bañera, también puedes. Igual te vendría bien, para relajar cuerpo y mente.

—Sí, tal vez lo haga.

—Nosotros iremos preparando la cena, ve.

Vimos cómo se alejaba. Tenía mucho que pensar, lo sabíamos. No sabría definir el significado de sus gestos, si era tristeza, o qué era lo que se le pasaba por la mente. Piero se aproximó a mí y me abrazó. Sentirlo me reconfortó. Así, sentados y abrazados, estuvimos un rato. No hablamos, simplemente escuchamos nuestras respiraciones, que se fueron calmando con el paso del tiempo. Tenía miedo de perder lo bonito que habíamos empezado a construir. Sentía que podíamos ser felices. Estaba seguro.

—Vamos a preparar algo de cena, así nos mantenemos ocupados.

Asentí, sin decir nada. Pero, antes de levantarnos e ir a la cocina, me aproximé a él y lo agarré de la cara. Se quedó quieto, sonriendo, clave mis ojos en los suyos y lo besé. Fue un beso rudo, agresivo, que él, con paciencia, convirtió en uno lento, donde nos saboreamos y que, al final, me hizo llorar. Se separó poco a poco de mí. Con sus manos me quitó las lágrimas que caían, sus ojos seguían fijos en los míos y me volvió a besar. Un beso corto, transmitiendo que todo iría bien. Y me calmó.

Empezamos a cocinar algo sencillo para la cena y, cuando estaba casi todo preparado,

fuimos los dos en busca de nuestra chica. ¿Cómo, con tan poco tiempo, podía sentirme como me sentía? Pues, a veces, llega cuando menos lo esperas, y lo sabes. Sabes que es la persona idónea, que tu concepto de pareja puede cambiar y sabía que Piero se sentía como yo. De la mano fuimos al encuentro de nuestra *principesa*.



Capítulo 16

Aleydis

La conversación con ellos fue esclarecedora, con mucha información que procesar. No estaba en contra de que hubieran ido al club y hubieran disfrutado de esa manera de vivir la sexualidad. Al fin y al cabo, ¿qué se debe juzgar? Cada persona es libre de ser y disfrutar el sexo como quiera mientras no haga daño a nadie. Lo que me creaba un conflicto que tenía que dilucidar, era la relación de pareja que ellos decían que querían tener. A ver, que no me cerraba a vivir lo que decían, quería tener una mente abierta, pero es difícil cuando siempre te han dicho que solo se puede amar a una persona y no a dos. La cuestión era sobre mis sentimientos, que me sentía atraída por ambos, uno y otro me seducían por igual y en algún sueño erótico estaban los dos, cuerpo con cuerpo.

Decidí bañarme, para poder relajar la mente por el cúmulo de emociones. En la habitación, me quité la ropa nada más cruzar la puerta, la dejé de cualquier manera por el suelo. Empecé a llenar la bañera, que era bastante amplia, y empezó a salir el agua caliente, en el momento preciso en que mis pensamientos me hacían estragos y empezaba a sentirme mal. Me relajaba el mero hecho de sentirla en la mano. Vi que tenía unas bombas de baño, tenía una de flor de malva relajante, me decanté por esa. Nunca había hecho uso de ese tipo de bolas ya que solo tenía ducha en mi casa de Tarragona. Pensé en mi casa y en regresar y no tenía ningunas ganas de ir allí.

Vi que ya estaba casi llena y me metí, para controlar mejor la cantidad de agua y que no rebosase. Mi mente viajaba por todos mis recuerdos, lo que disfrutaba con mis padres, cada sonrisa, cada enfado… sí, también las broncas, la vida consta de tener mil experiencias, miles de

sentimientos, reír, llorar, de todo. También el dolor forma parte de nosotros, por la pérdida de un ser querido, por cambios que se producen bruscamente… Cambios necesarios, aunque los consideremos innecesarios. La vida da muchas vueltas y somos nosotros, con nuestras decisiones, los que la marcamos día a día.

Mientras pensaba en cómo había sido mi vida hasta que perdí a mis padres, simplemente podía decir que era una mujer con mucha dicha. Luego había llegado la despedida y todo lo que conllevó. Había sentido que me quitaban toda mi niñez y mi adolescencia de un plumazo. Luego llegó el desamor y el descubrimiento de todas esas mentiras que me contaba. Realmente, en aquel presente, no lo podía odiar. Por las pocas amistades que había dejado en Madrid, que me hablaban a veces, me decían que no era feliz, que se quería separar de mi prima, lo tenía complicado por el hijo que tenían, por lo que me verbalizaban a veces, mi prima lo chantajeaba. Yo creo que siempre lo había coaccionado para el bien de ella. Aquí te das cuenta de la maldad de las personas. Da igual el género. A lo largo de la vida tenemos millones de experiencias, que están marcadas por nuestras propias decisiones.

Pensé en mi abuela, la que siempre estuvo ahí y me quiso. Lo sigo creyendo, pero no podía hacer nada por el control que recibía del resto de la familia. Muchas veces piensas y piensas y no llegas a saber nunca toda la magnitud de la maldad que puede haber a tu alrededor. Hasta que ya no puedes hacer nada en absoluto. Me vino a la mente el viaje, haber ido allí con el grupo que habíamos creado, donde pensaba que la amistad estaba creciendo, que nos unía la lectura. ¡Qué equivocada estaba! Un plantón de nivel estratosférico, o eso creía. Esa situación me hizo replantearme la categoría de las personas, el mal que puedes provocar cuando haces lo que quieres. Cuando en el hotel me habían dicho que ellos se habían marchado, me quedé en *shock*, sin saber qué pensar. Tonta de mí por no mirar las redes. Estando allí, en aquella soledad, disfrutando del agua caliente, lo hice. Los busqué.

Me fijé en que habían publicado que se habían dividido, di gracias porque a mí no me nombraran, entre ellos parecía que no iban bien las cosas. Sí que tenía algún mensaje preguntándome por qué no salía en las imágenes, pero preferí dejar todo en visto y no contestar a nadie. Pasaba de ellos, de aquellos malos rollos y me replanteé salirme de ese grupo y no volver a pensar más. De momento, lo dejaría así. Pero ¿quién sabe las decisiones que se pueden tomar en el futuro?

La vida consta de eso, de sufrir y reponerse. Puede que unas veces te cueste horas, otras días, semanas e incluso años. Ya que cada experiencia es diferente y cada persona lo vive de una manera distinta. La ambigüedad de cada ocasión, de cada experiencia, es la que marca nuestro carácter y nuestra manera de ser. Por vivir aquel viaje, por disfrutarlo al máximo, mi vida estaba dando un giro de ciento ochenta grados.

La vida era caprichosa, o eso parecía. Yo, en aquel momento, estaba disfrutando de unos días maravillosos por aquellas tierras italianas y de dos personas que estaban haciendo vibrar cada poro de mi piel. Ellos me estaban dando mucho más, en tan poco tiempo y casi sin conocernos. Al día siguiente me iría de viaje con Andrea. Tenía muchas ganas, pero no iba con ninguna idea preconcebida, quería dejarme llevar, sentir y disfrutar de todo lo que fuesen capaces de darme. Gaudir de esta locura momentánea. De vuelta al presente, estaba disfrutando del relax que me transmitía la combinación del agua caliente y el jabón. Cerré los ojos para dejar la mente en blanco y disfrutar.



Piero

Estaban siendo unos días con muchas emociones. Mi conversación con ella había ido bien, aunque sabía que había empezado a tener dudas, que era lo más lógico. Lo que me preocupaba era que se volviera complicada la situación. Sabía que Andrea estaba triste por si decidía marcharse, pero yo no lo creía. Aunque no lo pareciera, era libre, luchadora y estaba seguro que ella quería averiguar lo que podía llegar a sentir con nosotros. De eso no tenía dudas. Que pudiese tener respeto, falta de confianza en sí misma por lo que había vivido en días pasados, era lo más razonable.

Yo también me encontraba raro, era como descubrir cuál es tu lugar, tu casa y no querer dejarlo ir. Mis sentimientos hacia Andrea habían aflorado sin darme cuenta, por su parte también, estaba seguro. Sabía que la forma en que habían ocurrido las cosas, desde que nos habíamos conocido, había sido por una razón. Ahora, viendo todo con perspectiva, creo que nuestro destino era ese: encontrarnos con esa encrucijada, con esa alternativa y lección de vida.

¿Qué es amar? Reflexioné. Es ese sentimiento que no se puede controlar. Puede ser que no llegues a sentirlo nunca o que lo hagas con la persona con la que quieras compartir el resto de tu vida. Ahora puedo decir que estaba enamorado de Andrea y de Aleydis. ¿Contradictorio? Puede

ser. Pero tenía claro que nadie iba a frenar lo que mi corazón sentía por ellos. Sonaba loco y lo sabía, pero lo que opinaran los demás me daba un poquito igual, mientras yo me sintiera feliz. El poder besar a Andrea con la libertad con la que lo hacíamos era puro placer.

Mientras ella se bañaba, nosotros habíamos preparado algo de cenar, entre caricias y besos. Estábamos preocupados por cómo se podría sentir ella, por supuesto, pero eso no nos evitaba nuestra propia comedura de coco y hablar sobre ello durante el proceso de preparación para llevarnos algo de comer a la boca.

Cuando ya teníamos todo listo, fuimos en su busca. Nos encontramos con un pequeño caos, imaginé que su mente estaba igual. Trazamos una sonrisa, mirando a nuestro alrededor. Sin hablar, recogimos la ropa y la metimos en el cubo de la lavadora. La imagen que nos encontramos fue maravillosa. Ella, toda llena de espuma y con los ojos cerrados. Parecía tan relajada…

Nos dimos cuenta de que estaba dormida y nos pusimos uno a cada lado, ya que la bañera no era de las que están pegadas a la pared. La verdad es que el cuarto de baño era muy grande, con muchas comodidades para poder disfrutar de un momento de relax. Nos quedamos mirándola, preciosa, no quisimos hacer nada que la pudiera asustar. Andrea la llamó entre susurros.

—Aleydis, despierta pequeña, te has quedado dormida.

—Está muy, muy dormida. Habrá que sacarla para que no coja frío, el agua está templada.

—Sí, será lo mejor.

Me aproximé al estante donde estaban las toallas, él la cogió en brazos y yo la cubrí con ella y la aproximé a mí para que terminase de envolverla. Vimos que tenía el pelo mojado y decidimos secárselo un poco para que no cogiera frío. Me senté, la puse en mi regazo y procedimos a usar el secador. Creí, en un momento, que se despertaría, pero no fue así. La llevamos a la habitación, le pusimos una camiseta que me dio Andrea para que no se incomodase si se despertaba. Aquel momento estaba siendo mágico.

—Es preciosa.

—Sí, lo es.

—Vamos a dejarla descansar.

—Sí.

La dejamos en la cama, tapada con la sábana. Presentí que se estaba desperezando. No me pude resistir más y le di un beso en los labios carnosos. Sonrió, alargó una de sus manos y le indicó a Andrea que se aproximase. En ese momento, vi cómo le pasaba la mano por la nuca y lo besaba. Un beso lento, que transmitía pasión, cariño y amor. Al poco se separaron y nos miró con un brillo muy distinto al que tenía antes de irse a bañar.

—He estado mucho rato en la bañera.

—Sí, un buen rato, pero ahora deberías ponerte el pijama y venir a cenar.

—Sí, señor.

—Estás graciosilla, ¿eh?

—A ver, que haya paz. Venga, déjame ponerte la ropa y vamos a cenar algo. Aún tenemos que hablar.

La acariciaba, a la vez que le ponía el pantalón y la parte de arriba. Eran movimientos lentos, sensuales, que hacían que me quemaran las manos por querer seguir acariciando su cuerpo, sin que la ropa se interpusiese. Los vi ya de pie, descalzos, así que hice lo mismo. Se acercaron a mí y me cogieron de la mano, uno cada una. Yo, en el medio, los aproximé a mí, para ir caminando hacia la cocina y así poder cenar y hablar de lo que pudiera ocurrir, o no, a

partir de entonces.

Tuvimos una velada muy tranquila, donde las risas y las ganas de ponerla nerviosa estaban siendo nuestro punto fuerte. Cada vez se estaba sonrojando más y más por nuestra pericia para dejarla en medio de los dos. Nuestras piernas se iban rozando con las de ella y, como no podía alejarse por estar prisionera entre ambos, estaba más tiesa que un palo.

—¿Nerviosa?

—Tú sabes que sí, no te hagas el listillo, Piero.

—Dudas de lo que hemos hablado, ¿quieres saber más?

—Buf. Tengo miles de preguntas, qué digo miles, millones. Pero tenemos muchos días por delante, para poder hablar y resolverlas.

—Qué bien, en vez de ser guía turístico seré un tertuliano de la prensa rosa. Qué bien me lo voy a pasar.

—No bromees, anda.

—¿Por qué no debería bromear? Hay que pasarlo bien, *principesa*. —Mientras estaba distraída, hablando con Andrea, me aproximé a ella y, con mi barbilla, le fui rozando el cuello. Hasta que mis labios se acercaron al lóbulo de su oreja y le di un pequeño beso. Vi que se le erizaba la piel, me gustaba ver ese tipo de reacciones en ella.

—Vamos a por el postre.

Se puso en tensión. Me acerqué a la encimera y le acerqué un con un cuenco con piezas de fruta.

—¿Café, té o infusión? —Su cara era de querer matarme, ya que su mente se había ido por otro lado más calenturiento. Me quedé mirándola, con mi gesto de sorpresa y mi sonrisa creciendo a cada segundo.

—Yo café y no la mortifiques más, anda.

—Yo café con leche. Te la devolveré, que lo sepas.

Las risas resonaron en el comedor como si no hubiera un mañana. Mientras, la oía murmurar que ya me la devolvería con creces, que me gustaba hacerla enojar, cómo no lo iba a hacer cuando era tan previsible y volátil. Me encantaba verla sonrojarse, mirarme con furia e intentar seguirme el juego. No lo podía evitar. Me gustaba mucho que intentase contraatacar. Sabía que lo conseguiría y ese día sería yo el que me quedase sin habla, sin poder reaccionar.

Nos tomamos el café tranquilamente, mientras ella intentaba averiguar a dónde la llevaría Andrea al día siguiente.

—Venga, suelta a donde me vas a llevar.

—No te voy a decir nada.

—¿Por qué eres así? —Negó con la cabeza por no saber cómo sonsacar la información.

—Lo descubrirás día a día.

—Vale, me rindo y espero. ¿Mañana a qué hora salimos? Hay que preparar la maleta. Bueno, más o menos ya sé lo que me llevaré.

—Vamos a dejarlas ahora preparadas, luego será una noche especial para los tres.

Con estas últimas palabras, ellos terminaron de preparar el equipaje, mientras yo urdía lo que queríamos que sucediera aquella noche.



Capítulo 17

Andrea

Vi que Piero organizaba lo que íbamos a necesitar para aquella noche. Presentí que Aleydis quería dejarse llevar, por el afecto y la ternura que mostraba. Pese a los posibles miedos e inseguridades que pudiese estar sintiendo, la notaba decidida a que sucediera lo que tuviera que ser, disfrutar aquel viaje y, sobre todo, sabía que se sentía segura, tranquila y feliz. Terminamos de preparar las valijas, no madrugaríamos mucho, aun así, era mejor tener casi todo listo y evitar contratiempos absurdos.

Después de dejar todo en el salón, regresé a la habitación. Piero estaba ultimando las cosas y me indicó dónde estaba todo. Me guiñó un ojo y, con el dedo, me informó de que ella estaba en el baño. Nos pusimos sendos pantalones, holgados, de algodón, Ambos sin camiseta, fuimos en busca de Aleydis al baño. La vimos de espaldas con un, picardías de encaje de color negro. Era transparente… ¡Joder, estaba preciosa!

Nuestros ojos bajaron por su figura, desnudándola sin reservas, al apreciar su cuerpo a través del *negligé*. Se giró, su sonrojo aumentaba, ya que nuestras miradas seguían devorándola. Observamos sus braguitas brasileñas, negras y creí ver un acabado de encaje. Si de espaldas tenía un aspecto impresionante, por delante ¡uf! no sabría describir lo que realmente sentía al ver su cuerpo, era sensual sin ella pretenderlo. Miré de reojo a Piero y lo vi igual que yo: valorando, observando y, sobre todo, con el nivel de excitación llegando al máximo. Iba a explotar la barra indicadora de sensualidad.

La parte delantera del sexy camisón era… buah… impresionante. Los pechos estaban sujetos y el aro que llevaban las copas hacía que los viéramos turgentes, insinuando dónde estaba

el pezón sin ser visto, porque el encaje lo cubría en su justa medida. La faldilla caía con gracia a ras de su cintura, embelleciendo el cuerpo de Aleydis.

Nos aproximamos más a ella, notamos cómo temblaba. Piero se puso por detrás, rodeándola con los brazos. Me puse de frente, mirándola a los ojos, y mis manos fueron a su cara, de tal manera que mis pulgares quedaban cerca de sus labios, con la posibilidad de acariciarlos sin problema.

—¿Tienes frío?

—No, estoy un poco nerviosa. No sé qué se espera de mí.

—Solo una cosa, disfrutar y que nos des lo que quieras —Fue la respuesta de Piero.

—Ahora, simplemente, déjate querer —Le di un beso suave, él le dio otro en el hombro. Le extendí la mano para que la cogiera y, sin pensarlo mucho, me la tomó y puso su otra mano boca arriba para que fuera Piero quien la agarrase. Los tres salimos del baño para dirigirnos a la cama.

De pie, al borde de la misma, nos colmamos de caricias, los besos se volvieron sensuales, nos calentaban por dentro y la pasión se apoderó de nosotros. La excitación fue en aumento y nos desnudamos unos a otros. Los labios de Aleydis eran carnosos, los de Piero, viriles, me tentaban. Estaba de frente a ella besándola, acariciando sus pezones, rotando mis dedos en ellos. Mis labios bajaron por su cuello hasta llegar a la areola, jugué con mi lengua, lamí, mordí, succioné con la fuerza en intensidad variable: de rudo, firme y severo a suave, tierno y apacible. Intercambié posición con Piero y me puse detrás. Mis labios dejaron caricias por su cuello, una de mis manos acarició su costado y se introdujo por dentro de sus braguitas, rozando el clítoris. Nuestros gemidos empezaron a resonar en la habitación mientras nuestros besos y caricias se entremezclaban, amándonos, cautivándonos y seduciéndonos.



Piero

Estando en la habitación, las caricias, los besos, el sentir cada parte de nuestro cuerpo, era por igual. Unas veces sentía las caricias de ella solamente, otras las de los dos. No hacía falta hablar, simplemente nos dejamos llevar. Cuando noté que Andrea le estaba acariciando el clítoris con una de sus manos, yo la besé con mucho más vigor y la sentí gemir. No se encontraba tensa, se dejaba cortejar y eso nos estaba incitando a llegar cada vez más lejos. Él también se estaba dejando llevar, sus caricias hacia mí eran con más seguridad, certeras y con solidez. Me encontraba en un punto de no retorno y no quería frenar por nada. Sentirlos estaba siendo un frenesí en potencia. En el momento en que ellos se estaban besando, yo fui bajando con mis labios por el cuerpo de él, lo miré desde abajo, una de sus manos me agarró del cabello y, sin pensarlo mucho, pasé mi lengua por la punta, lamiendo el líquido preseminal. Terminé introduciendo su miembro por entero, mientras me movía adelante y atrás. Presioné con mis labios, mientras seguía con un movimiento constante. Escuché cómo gemía, cómo ella disfrutaba también de las caricias que él le proporciona. Este comienzo estaba siendo inimaginable, bello y valioso.



Aleydis

¿Estaba loca?, puede ser. ¿Quién me iba a decir a mí que este momento sería de verdad? Lo que puedes leer en miles de historias de literatura erótica, lo que tu mente puede llegar a pensar. Y allí me encontraba, en el baño, poniéndome el picardías para sentirme sexi y con ganas de que llegase el momento. Cuando los vi entrar en el baño mi cuerpo temblaba, no era de frío, era de la expectativa de lo que estaba a punto de ocurrir.

Ver cómo se besaban era un éxtasis para mis hormonas, me gustaba ver cómo se saboreaban y aumentaba su fogosidad. Puede que pareciesen caricias rudas, pero ni mucho menos, eran suaves, con una ternura inaudita.

Me gustaba cómo nos compenetrábamos, no me sentía fuera de lugar, que había sido uno de mis temores. Los dedos de Andrea jugaban con mis labios, con el clítoris y me pellizcaban, de vez en cuando. Estaba cada vez más mojada y excitada. Mientras sus labios recorrían mi cuello, bajó hasta llegar a mis pechos, con la lengua humedeció el pezón, mordió y vuelta a empezar. Me fijé cómo Piero se encontraba en cuclillas y le lamía el falo, los gemidos resonaban en la habitación.

Sin esperarlo, me encontré tumbada en la cama, con la espalda apoyada y las piernas dobladas, apoyadas sobre el colchón. Piero se aproximó a mí y se entretuvo con mis pezones, con una mano jugaba con un seno, rotando sus dedos y apretando, en el otro era su lengua la que jugaba, mordía y, de cada vez, se endurecían más. De la excitación recibida se encontraban que iban a reventar. Andrea estaba recreándose, lamiendo el clítoris mientras sus dedos entraban y salían de mi vagina.

Una y otra vez. Entraban y salían. Cada vez más rápido. Se volvieron más voraces y sentí a Andrea ponerse de rodillas y penetrarme, de una embestida, hasta los más hondo de mi ser. Se quedó quieto, para que me acostumbrase a su invasión. Piero dejó de jugar con mis pezones para ponerse de rodillas, próximo a mi boca, y dejar a mí elección si quería o no saborearlo.

No me lo pensé mucho, cuando sentí que Andrea empezaba a moverse, acerqué mi lengua para lamer la punta, saboreé el líquido preseminal en mis labios y, después de juguetear un poco, me la introduje en la boca. Mis movimientos iban casi al mismo ritmo que las penetraciones de Andrea.

Dentro. Fuera. Movimientos cadenciosos, pausados, armoniosos. Hasta que se volvieron veloces, acompasados y los choques de las caderas resonaban en la habitación. Piero se alejó de mí y Andrea me sujetó, de tal forma que su último empellón hizo que tuviera un orgasmo estratosférico. Ellos seguían con sus penes palpitantes, enhiestos y con una sonrisa que quitaba todos los males. Me encontraba adormilada, pero sabía que todavía no habíamos terminado. Observé cómo se volvían a besar y acariciar, a continuación, sentí que Piero se colocaba entre mis piernas y empezaba a besarme por todo el cuerpo: comenzando por el cuello y bajando hasta llegar a los senos, sin demora alcanzó el ombligo y, por último, se perdió entre mis piernas. Con su lengua pasaba de arriba abajo, hasta morder el clítoris e introducir dos dedos dentro de mi vagina. Mis manos se agarraron a la sábana por el placer que me daba y arqueé mi espalda por la

proximidad a tener otro orgasmo.

Andrea se encontraba detrás de Piero, no veía bien lo que hacía, aunque supuse que le estaba dando placer de alguna manera que no era capaz de adivinar al tener mis sentidos mermados por el anterior clímax. No supe en qué momento había frenado. Ahora se encontraba de rodillas ante mí, con su pene rozando mis labios vaginales y su boca se aproximó a la mía para darme un beso ardiente. Mis ojos se cerraron de placer. Mis sentidos estaban embriagados.



Andrea

Mis embestidas eran rudas y fuertes, la hicieron estremecer hasta que sentí las contracciones de su orgasmo. Su cavidad envolvió mi miembro mientras disfrutaba cada embate, sus ojos brillaban, con las pupilas dilatadas por la excitación. A su vez observaba como Aleydis disfrutaba de la mamada que le hacía a Piero. Nuestros gemidos resonaron en toda la habitación y me detuve para no terminar tan rápido.

Cambié lugar con Piero, ahora era él el que se recreaba en su sabor, su piel, sus estremecimientos. Fue mi turno de disfrutar y de que Piero sucumbiese ante mí. Mientras él besaba, acaricia y lamía cada rincón del cuerpo de Aleydis yo, desde atrás, empecé un *anilingus*.

Con mis dedos acaricié la zona e introduje un dedo, cuando sentí que me acogía, introduje un segundo y así sucesivamente, hasta llegar a cuatro. Nos envolvió un aura de placer, los gemidos eran nuestro lenguaje.

Piero se dispuso a penetrarla, las embestidas comenzaron lentas, tranquilas, y se palpaba el sentimiento que había detrás del acto que estábamos llevando a cabo. Sin pensarlo, me coloqué detrás de él, le susurré que era su momento de disfrutar y sentirnos a ambos. En ese instante observé cómo ella cerraba los ojos y abría sus labios, suspirando, por lo que estaba experimentando. Comencé a penetrar a Piero, estábamos conectados los tres a través de él. Sujeté sus caderas con mis manos, mientras ella le agarraba los brazos y él se encontraba apoyado en la cama, a la altura de su cara. Las penetraciones eran constantes e iban aumentando en velocidad y fuerza.

—¡Por… por favor, necesito… ah!

—¿Qué necesitas, pequeña? —Fue Piero quién preguntó.

—Necesito, oh, Dios, necesito correrme.

—Yo también lo necesito.

—Todavía no, aguantad un poquito más.

Las arremetidas tenían un ritmo salvaje que nos tenía presos en mil sensaciones. Quería disfrutar más tiempo del placer que sentía, de la imagen que tenía delante y de todo lo que nos envolvía. Estaba siendo una puñetera locura y una muy, muy agradable.

Nos corrimos entre frases incoherentes con los nombres de los otros en los labios. Los gemidos se espaciaron, nuestras respiraciones se fueron calmando y sentí cómo nuestros cuerpos estaban tan relajados que nos costó un rato volver a ponerlos en movimiento. Nosotros nos retiramos para poder quitarnos el preservativo y nos acercamos al baño para asearnos, con una toalla mojada en agua tibia hicimos lo propio con ella. Después nos tumbamos en la cama, Piero en el medio, con su espalda apoyada sobre mi pecho. Lo tenía sujeto por la cadera, la cabeza de él se quedó por debajo de la mía, así que veía el rostro de Aleydis en toda su plenitud. Su sonrisa iluminaba la estancia.

No hablamos. Nos dejamos ir, cerrando los ojos, y nos quedamos dormidos. Mi cabeza era un hervidero de ideas, de sentimientos y miedos por lo que acababa de suceder. Una cosa era lo que deseábamos y otra era cómo estaba surgiendo. Podía haber un mundo muy distinto entre esas dos opciones.



Capítulo 18

Piero

Me desperté y sentí cómo Andrea me tenía sujeto con una mano, con mi cabeza apoyada en su pecho. Lo sentía cálido, reconfortante y me gustaba percibir su piel desnuda junto a la mía. Aleydis estaba girada hacia mí, con los ojos cerrados, pero sabía que, de algún modo, me observaba, nos observaba.

Me di cuenta de que aún era de madrugada, así que me volví a dormir, para evitar sobresaltarlos. Al abrir los ojos solo estábamos Aleydis y yo en la cama, la agarré de la cintura para pegarla a mi pecho. Escuché la ducha y salí de la cama, con mucha pereza. Allí estaba Andrea, de espaldas a la cristalera, sus manos estaban apoyadas en la pared, tenía la cabeza gacha. Decidí entrar en la ducha y rodearlo con mis brazos, apoyó su cabeza en mi hombro y sus manos se posaron sobre las mías.

—¿Está todo bien?

—Todo perfecto, *amore* —Giró su cabeza y lo vi sonriente, con una mirada brillante. Me animó a acercarme y pude saborear sus labios, con el agua cayendo por nuestro cuerpo. Nos aferramos uno al otro con un abrazo que nos calentó el alma, el beso se detuvo y nuestras miradas lo dijeron todo.

—Intentaré ir como acordamos, Andrea, no quiero que acabe lo nuestro nunca.

—Escúchame bien, esto no ha hecho más que empezar. Tenemos que ir despacio, por ella, por nosotros —Sus manos acariciaron mi cara mientras sigue hablándome—. Para que todo vaya por buen camino, hay que ir construyendo nuestra relación poco a poco.

—Tienes mucha razón —Lo agarré de las manos—, quiero pedirte que lo paséis bien

viendo y descubriendo cada rincón de las ciudades que vais a visitar. Intentaré ir y así disfrutar de un día completo con vosotros.

Terminamos de ducharnos, él se vistió para ir a preparar el desayuno y yo me quedé para despertarla. La observé un rato antes de tumbarme a su lado y con mis dedos empezar a acariciarla suavemente. Se despertó, me miró con una sonrisa, luego miró a nuestro alrededor.

—Hola *mio amore*, buenos días.

—Buenos días. ¿Dónde está Andrea?

—Está preparando el desayuno.

—Me dejasteis muerta.

—Ja, ja, ja y ja. Eres muy graciosa —La vi desperezarse y vuelve a acurrucarse.

—Qué bien hueles, ya te has duchado ¿verdad?

—Sí, ya estoy. Ahora te toca a ti así que, venga, arriba, no querréis salir tarde.

—Ya voy, ya voy —gruñó.

La observé levantarse enfurruñada, mientras se prepara la ropa que se iba a poner y se iba al baño. Decidí dejarla y me fui a la cocina, donde estaba Andrea, para ayudarlo a terminar de preparar el desayuno.

Podría haber tenido otro tipo de despedida, pero no lo vi necesario. Ella tenía que ir asimilando muchas cosas. Esperaba que esos días pudiese ir viendo otra parte. No solo me refiero a que conociese más de Italia, si no que nos pudiera conocer un poco más a nosotros, desde la perspectiva de Andrea. De esta manera podría tomar decisiones y elegir qué era lo que deseaba y lo que quería vivir.

—¿Te hecho una mano?

—No, ya está todo listo ¿Quieres un café?

—Sí, por favor.

—¿Ya se ha despertado?

—Sí.

—¿Y ya está? ¿No me dices cómo la has visto?

—Ya la verás por ti mismo, no tengas miedo.

—No es miedo, no sé cómo definirlo. Es respeto, os respeto, y no quiero que nos hagamos daño.

—Tranquilo, está todo bien.

Lo vi suspirar y regresó a mi lado con mi taza de café en la mano. Al estar sentado en la banqueta, lo tenía a mi alcance para aproximarlo a mí y poder abrazarlo, agarrándolo de la cintura. Él suspiró y se dejó hacer, nos mantuvimos así hasta que apareció ella, con un vestido de tirantes, su corpiño ceñido, el escote en forma de barco realzando el busto, la espalda abierta y la falda holgada, con vuelo. Nos quedamos anonadados por lo hermosa y atractiva que la vimos.

—Hola chicos, podéis cerrar la boca, os entrarán moscas.

Sin decir nada más, apartamos la mirada, simultáneamente, mientras cerramos la boca y la instamos para desayunar los tres juntos.

—Venga, a desayunar, que no tardaremos en irnos. —Andrea nos alentó para continuar con las acciones mañaneras y así tomarnos el café.

—A sus órdenes, mi general —Se cuadró, como si fuera un soldado.

Estallamos en carcajadas. Mientras terminaba de preparar los cafés para ellos, yo untaba las tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón. Se sentó a mi lado y enfrente estaba Andrea. La sensación de tenerlos a mi lado resultaba hermosa, creando un ambiente familiar y apacible. Apoyó su cabeza en mi hombro, sus ojos permanecían cerrados, dotando su semblante

de paz. Con mi mano libre le acaricié la mejilla, era suave, cálida y muy agradable.

—Venga, aquí tienes el café, que estás muy bromista esta mañana.

—No sé a quién se debe y no miro a nadie.

—Graciosilla —Empecé a acariciar su piel con las yemas de mis dedos, provocándola, mientras Andrea no nos quitaba la vista de encima. Se acercó y la atrapamos entre los dos, seguimos haciéndole cosquillas.

—Parad, parad, por favor, que no puedo más. Al final me hago pipí encima, lo veo venir, por favor ¡parad!

Dejamos de hacerle cosquillas, la frase nos hizo tanta gracia que empezamos a reír los dos junto a ella.

El recuerdo de que nos íbamos a separar por unos días no evitó que fuera menos amena la mañana. No me molestaba que se fueran ellos solos, me preocupaba el hecho de que pudieran ser los últimos días con ella, porque tendría que regresar a su tierra, a su vida y que lo que empezábamos a construir, pese a ser poquito tiempo, para nosotros era mucho.

Nuestra historia debía tener un recorrido, había que ir poco a poco. Todo tenía que ser paso a paso, como decía mi madre en muchas ocasiones, pero, en ese momento, lo único que quería era correr y que todo fuera como me dictaba el corazón, como debían de ser las cosas. Verlos sonreír me llenaba el corazón de dicha.

El momento de la despedida llegó y verme en la puerta para decir adiós provocó que mi corazón se resquebrajase un poco. Decidí ir a casa de mis padres y pasar el día con ellos, a ver si me animaba un poco. Iban a ser poquitos días y tenía muy avanzado mi trabajo. Sin agobios.

—Tened buen viaje y pasadlo muy bien.

—Ven aquí Piero, dame un abrazo —Me arrimé a ella, la estreché entre mis brazos y la besé, para recordarnos en los días que íbamos a estar separados. Andrea se unió a ese abrazo y aprovechó la oportunidad para darme un beso sin piedad. Nuestras frentes se juntaron formando un triángulo y nos dijimos hasta pronto.

—Cuando lleguemos te aviso, estamos en contacto.

Asentí con la cabeza para que entendiera que había escuchado lo que me dijo. Me guiñó el ojo, conocía el motivo., ya quería que llegara ese día. Se marcharon agarrados de las manos, maleta en mano. Necesitaba respirar para poder moverme. Me hacía falta ese apoyo, ahora, más que nunca, requería del afecto de mi madre y, sobre todo, de su opinión.

Esperar a que me avisaran de su llegada se me estaba haciendo eterno así que decidí organizarme para no cargarme de trabajo. Solo anhelaba que llegasen bien y disfrutaran de los días con la previsión de viaje que tenía en mente Andrea. Terminé de recoger en casa de este, lo dejé todo bien y cerré con llave para dirigirme a la tienda de mi familia. Decidí ir paseando, el sol se agradecía, consiguiendo relajar cada músculo de mi cuerpo y abrigarme por su ausencia. El paseo me vino bien, pero, cuando me vio entrar en la tienda, supo perfectamente que algo me pasaba. Fui a la trastienda y, después de quitarme la ropa que llevaba, me puse una camiseta vieja que tenía para cuando estaba allí, preparando y ayudando con la masa para dejar lista la pasta. Mi madre me conocía tan bien que me permitió empezar con el trabajo en silencio, sin preguntas, brindándome el espacio necesario, sabía que cuando pasara un rato enfrascado en las tareas mi lengua se soltaría.

—*Il mio bambino, andrà tutto bene e sarai felice*[17].

Esa frase me insuflaba vida. Era consciente que mi madre necesitaba conocer todos los detalles para ser capaz de guiarme mejor, pero era muy intuitiva y no iba a exigirme una explicación inmediata, tan solo esperaría a que estuviera preparado. Recibí un mensaje de

Andrea, comentando que ya estaban en Bolonia. El tiempo transcurrió muy rápido y, sin darme cuenta, ellos ya habían llegado a su destino.



Capítulo 19

Aleydis

Estábamos en el coche de camino a un lugar desconocido para mí. Me había puesto un pañuelo sobre los ojos para que no supiera qué salida tomaba. Escuché música de fondo, por lo que distinguía parecía jazz y me relajaba. Mientras tanto, él no decía nada, solo al ponerme el pañuelo, me besó en la mejilla.

—Gracias por confiar en mí, en nosotros, y por seguir disfrutando de estos días.

—No, las gracias os la tengo que dar yo, por querer pasar estos días conmigo.

La suavidad del pañuelo había rozado mis ojos, mientras mi cabeza reflexionaba sobre lo que sucedió la noche anterior. Me habían hecho sentirme bien, siempre preocupándonos todos por todos, por estar dichosos, por disfrutar y sentirnos amados. ¡Oh! Sí, sobre todo nos habíamos sentido amados.

Pensaba que no me podría estremecer tanto como lo hice. Claro está que, entre las relaciones íntimas con mi ex y lo que viví con ellos, no había ni punto de comparación. Por cómo me mimaron, por las miradas que me dedicaban, por cómo me hicieron sentir en cada beso, caricia, susurro y con cada penetración pude ver las estrellas y el firmamento entero.

El despertar no fue nada extraño, no me sentí mal ni nada por el estilo. Simplemente me hallaba en casa. Ahora tocaba seguir disfrutando de los días, las ganas me azotaban con ansiedad por ver la ciudad (o ciudades) que Andrea me quería mostrar. Era una suerte descubrir más de Italia, de su cultura, su historia y gastronomía.

Después de mi primer día, nunca habría imaginado que acabaría de esa manera. Me había sentido perdida, abandonada, sin entender las razones por la que me habían dejado sola. Ahora,

habiéndolos bloqueado de mi vida, de las redes, de todas las partes en la que los podría tener, solo quería disfrutar de lo que estaba percibiendo y, sobre todo, aprovechar para seguir descubriendo aquel sentimiento que crecía en mí y averiguar a dónde nos llevaba.

En cuanto me indicó que podía quitarme el pañuelo, comprobé que habían pasado más de dos horas y estábamos en una ciudad, no llegué adivinar cuál era. El hotel tenía muy buena pinta, era moderno, pero mantenía un toque antiguo en la estancia.

—Hola, buenas tardes, señores, ¿en qué les puedo ayudar?

—Hola, buenas tardes, tenemos una habitación para pasar una noche, a nombre de Andrea… —No alcanzó a decir el apellido, ya que le mostró la carta de identidad (la carta de identidad era como el DNI para los españoles, era con lo que debían viajar dentro de Italia, para identificarse en hoteles, medios de transporte…) y, enseguida, asintió y realizó el registro sin ningún tipo de problema.

—Aquí os dejo las llaves, en esta tarjeta encontraréis la contraseña del wifi y en la habitación el listín de teléfono de interés del hotel: recepción, bar y restaurante.

—Muchas gracias por tu atención.

—Que tengan buena estancia. Para lo que necesiten, aquí estaremos.

Abrió la ventana y salí al pequeño balcón. Nos encontrábamos en la última planta. En la habitación, observé todo con ilusión. Andrea me abrazó por detrás, sus manos rodearon mi cintura y quedaron apoyadas en mi estómago, su barbilla se acomodó en mi cabeza. El silencio que reinaba solo fue interrumpido por algún pájaro y la circulación de la ciudad que teníamos a nuestros pies.

—Te encuentras en Bolonia —Lo miré por el rabillo del ojo y estaba sonriente. Sabía que le gustaba explicar la historia de su país, era feliz enseñando como lo veía él.

—¿Qué me puedes explicar de esta ciudad?

—Ahora solo te diré que Bolonia es conocida como "*La dotta, la rossa e la grassa*". Que quiere decir: la docta, la roja y la grasa. Docta porque alberga las universidades más antiguas de Italia, roja por el color típico de los techos de la época medieval y grasa por la comida típica de la región, conocida a nivel mundial. El hotel se encuentra en el centro de la ciudad que, como podrás ver, conserva el aspecto del siglo XV, pero te diré mucho más cuando recorramos la ciudad.

—La verdad es que resulta muy curioso, ya tengo ganas de callejear y que me sigas contando.

—Llévate una chaquetilla que no regresaremos hasta la noche.

—De acuerdo.

—Voy a enviar un mensaje a Piero, mientras tanto.



Andrea

Verla tan sonriente era mágico, se le iluminaba la mirada cuando descubría cosas nuevas, era un placer para mi ego. Me gustaba que disfrutara con mis explicaciones, con la historia que le mostraba. Percibía su ilusión, mientras devoraba con su mirada la ciudad por el balcón, era un placer.

Nos dirigimos a la Piazza Maggiore, la plaza mayor, en el centro de la ciudad. Allí veríamos la Basílica de San Petronio, el palacio comunal, el Palacio del Podestá y el Palazzo Re Enzo. Desde allí, salían todas las calles principales de la ciudad. Era un placer recorrerlas a pie.

—Esa fuente, ¿cuál es?

—Es la fuente de Neptuno. Nos dirigimos a la plaza que está justo al lado.

—¿Me puedes decir más cosas?

—La estatua es de bronce, esculpida por Giambologna. No recuerdo la fecha, seguramente lo ponga en algún lado —Me agarró de la mano y nos aproximamos a la escultura, la quería observar con mucha más curiosidad—. Debajo del musculoso dios del mar, cuatro querubines representan a los vientos y ¿ves las cuatro sirenas pechugonas? —Sonreí al verla reír—, les brota agua de cada pezón. Simbolizan los cuatro continentes que se conocían en aquel momento.

—Cuando aprobaron el proyecto de la fuente, el escultor quería que el pene fuera proporcional a los tres metros de altura que tiene la estatua. Obviamente, la iglesia no quiso que fuera de esa manera, se negaron tajantemente. Aun así, no se rindió. ¿Ves la mano izquierda, su dedo pulgar?

—¡Oh! —No sabía si reír o escandalizarse— ¡Me lo estoy pasando en grande!

Rodeé su cuerpo con mis brazos desde atrás, mientras las risas volvían a nosotros, para disfrutar de ese ratito con el sol en lo alto, dándonos un calor reconfortante.

—Vamos a buscar un sitio para comer y luego continuamos con la visita a la ciudad.

—Me parece estupendo.

Al llegar a la Piazza Maggiore, buscamos un restaurante donde sentarnos un rato y pedimos una ensalada de tomate y *mozzarella*, con un toque de aceite, orégano y aceituna negra, cortada en rodajas. Después, unos *crescentine* para acompañar, (estos eran como unas empanadillas y se elaboraban con harina, leche y aceite con los que se obtenía una masa que luego se freía y solían servirse acompañados por embutidos como jamón de Parma o salami y un poco de queso), para terminar aquella comida, la *cotoletta alla bolognese* era de carne y se consideraba unos de los platos típicos de aquellas tierras. (Era una chuleta de ternera empanada, una vez frita la coronaban con una rebanada de jamón de Parma y unas lascas de queso parmesano. Se terminaba de hacer en el horno para que se derritiera el queso, luego se añadían unas patatas y *friggione*, una sabrosa salsa de tomate, además de cebolla y aceite de oliva).

—Por dios, qué bueno está todo. La carne está muy melosa.

—Me alegra que te guste, sobre todo, que te dejes llevar por cada experiencia.

—He decidido no pensar más en lo que viví, seguro que no seré ni la primera ni la última persona que haya sufrido engaños por amistades que solo buscan una cosa.

—¿Qué es lo que buscan, según tú?

—Pues muy fácil, hacer inferior a la otra persona. Machacarla, con lo que saben que les hace daño —Se acomodó en la silla para seguir hablando—. Vamos a ver, seamos claros con este tema.

—Ilumíname.

—Bien, no me interrumpas —Levanté las manos en son de paz—. Cuando conoces a alguien, te abres y le cuentas tus sueños, tus tristezas y lo que te gustaría hacer en un futuro. Esa persona guarda toda esa información y, de a pocos, te va quitando esos sueños, esas ilusiones por las que quieres cambiar tu propio futuro próximo. Con pequeñas palabras y frases, con las que, al final, te arrebata la esperanza por esos nuevos proyectos que tienes en mente. Encuentra ese punto débil y va metiendo el dedito poco a poco, creando dudas y miedos que no estaban ahí, que aparecen como por arte de magia, para hacerte pequeñita y que te sientas poca cosa de cara a los demás y a tus sueños.

—¿No has pensado que si hacen eso es por una simple razón? —Me quedé expectante a que dijera algo, ella simplemente me miró, para que continuara hablando—. Simple y llanamente, tienen envidia, celos de cómo eres, de tu independencia y de la libertad que tienes para decidir por ti misma. Aunque tuvieras una relación con otra persona, seguirías teniendo esa libertad de elección. Si decides viajar con tus amigas no estarías pendiente del teléfono todo el tiempo, no tendrías esa dependencia como las otras personas puede que tengan con sus parejas. Sin elección, sin libertad y sin poder ser una misma. Tener que medir tus actos, palabras y pensamientos. Así es como puede que vivan y lo quieren para los demás.

—¿Sabes que puedes tener razón en algunas cosas? Al llegar aquí, mientras yo solo escribí a mi amiga diciendo que había llegado bien, los demás estaban nerviosos por no poder hablar

con sus parejas o con alguien al otro lado del teléfono. No les funcionaba el *roaming*.

—¿Ves? Ahí tienes la respuesta.

Me conto que esa conversación le había para reflexionar con perspectiva en lo sucedido y ya no le dolía tanto como en el momento en el que sucedió todo, después de todo, el tiempo va poniendo todos en su sitio en nuestras mentes. Sobre todo, te das cuenta de quiénes verdaderamente te brindan una sonrisa, una conversación, la libertad de ser tu misma sin juzgar, solamente escuchando, aconsejando cuando es necesario y, por supuesto, estando a tu lado.



Capítulo 20

Andrea

La escuché hablar sobre cómo se sentía, ese dolor que transmitía por cómo la habían dado de lado, lo mostraba sin tapujos y se notaba que era muy sensible, que, si necesitabas algo, iba a estar a tu lado, para fortalecerte, para aconsejarte y ayudarte. Eso era algo que no todos harían. Lo que más me gustaba de ella era que su sonrisa no desaparecía en ningún momento mientras hablaba. Solo quería estar cerca de ella, abrazarla, sentir su cuerpo cálido junto al mío. Me llegaba su fragancia corporal, el frescor de la menta, puede que un poco de jazmín (tenía que averiguar más de ese olor), me envolvía y me transmitía frescura.

Nos terminamos el café, después de comer, y volvimos a pasear por aquella maravillosa ciudad. Hablamos y decidimos que, después de eso, cenaríamos unos sándwiches en la habitación del hotel, queríamos descansar un poco y al día siguiente ponernos en ruta de nuevo. La parte que más nervioso me ponía era poder verla en la ducha, sentir su cuerpo junto al mío en la cama, sin Piero cerca lo hacía todo más complicado… Mi mente iba por unos derroteros que no quería, sentía a mi pene con vida propia con esos pensamientos y, en aquel momento, no necesitaba ir por la calle incómodo con la «tienda de campaña» en lo alto.

Este paseo, de regreso al hotel, después de ver la preciosa ciudad, fue tranquilo, simplemente sentimos nuestras manos en contacto, sin hablar. Nos dejamos llevar por el momento. En el ascensor del hotel la rodeé con mi brazo y la pegué a mi pecho. La necesidad de estar tocando su piel, sintiendo su calor, era cada vez mayor. Al llegar a nuestra planta, nos adentramos en la habitación. Ella se descalzó y se acercó a la puerta del balcón, salió y se quedó quieta, mirando hacia el cielo. Yo solo la observé, desde la distancia, para disfrutar de ese

instante.

—¿Todo bien, Aleydis? —Giró su cara para mirar por encima del hombro. Esa pose era muy sexy, aunque no fuera su intención.

—Sí, todo genial —terminó de girar y vino hacia mí—. Pido la cena y te duchas, mientras tanto, ¿o al revés?

—Como quieras —Sus brazos rodearon mi cintura y su cabeza se apoyó en mi pecho. Yo solo pude abrazarla, apoyando mi barbilla en la parte alta de su cabeza. Estuvimos así durante un rato, sin hablar, solo sintiendo nuestras respiraciones—. Ve tú a la ducha, Aleydis, yo pido la cena y luego me ducho mientras llega —La insté a que levantara su mirada hacia mí, la vi sonreír, la sentía tranquila. Me perdí en sus angelicales ojos y sin remedio aproximé mi boca a sus carnosos labios para saborearlos, disfrutar y recrearme entre ellos.

Necesité hacer acopio de toda mi fuerza mental para no abalanzarme sobre ella. Creía que sería una pena no poder tocarla como quería, pero sentía que no debía hacerlo, que era engañar a Piero. Por su actitud, deduje que ella pensaba exactamente lo mismo. Llamé para pedir la cena y le escribí a Piero para decirle que todo había ido bien. Estaba deseando que llegara el día en que él pudiera venir.

Al poco rato, Aleydis salió del baño y me quedé embobado, viendo cómo una toalla le rodeaba el cuerpo y llevaba otra cubriendo el cabello, mientras se aproximaba a mí. Su olor fresco a gel de aloe vera inundó mi nariz. Me resultaba casi imposible ignorar las ganas de agarrar su cintura y pegar su cuerpo al mío. Metí mi cabeza en su cuello y la rocé con la nariz, antes de darle un beso. Levanté mi mirada y la observé con los ojos brillantes.

En ese momento, antes de que me pudiera abalanzar sobre ella, sonó la puerta. La volví a mirar a los ojos, antes de dejarle un beso en la frente. Observé cómo se quedaba ahí, quieta, sin hacer nada. Dejé pasar al camarero y ella, enseguida, se escondió, para que no la viera con la toalla rodeando su cuerpo.

—Buenas noches, señor, aquí les traigo la cena.

—Buenas noches. Sí, gracias, puedes dejar el carro ahí, cerca de la puerta del balcón —Acompañé al camarero, otra vez, a la puerta y me despedí de él.

— ¿Ya se fue?

—Sí, ya se fue.

Se asomó para cerciorarse de que ya no se encontraba a la vista. Escuché cómo regresaba a la habitación, mientras tanto, preparé todo para cenar rápido y así poder descansar. Al día siguiente también nos tocaba ir de viaje, ya que la llevaría a otra ciudad para que conociera más de Italia. Sería la primera noche que iba a pasar con ella durmiendo a solas. Si durante el día había tenido esos momentos de querer ir más allá y me había resistido, no sabía cómo mi mente se comportaría teniendo su cuerpo tumbado junto al mío. Bueno, seamos sinceros, no solo mi mente. Iba a ser un suplicio, aunque estaba totalmente seguro de que valdría la pena. La vi salir con un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes, no llevaba nada debajo y, al estar sentado, me tuve que colocar todo, ya que mi cabeza fue más rápida de lo que me hubiera gustado. No sabía si se daba cuenta, pero su sonrisa hacía que pensara que sí.

—Ven, siéntate y cenemos algo.

—¿Mañana a dónde me llevarás?

—¿Quieres saberlo?, si eso después de cenar podemos comentar lo que tengo en mente, para que veas qué te espera. Los otros lugares quiero que sean sorpresa.

—Vale, luego miramos. Los próximos días me vas a tener en ascuas, ¿me taparás los ojos de nuevo?

—Por supuesto que te taparé los ojos. Para mantener la incertidumbre. Será uno de mis mayores regalos.

—Cómo os gusta la incertidumbre —Mientras lo decía, su sonrisa la delataba. Ignoraba si le gustaba que la sorprendiéramos y disfrutaba de ese momento, expectante por lo que le esperaba cada día que disfrutáramos en aquel viaje exprés. Me quedé embobado mirando su preciosa sonrisa—. Está muy bueno este sándwich.

Saqué el móvil para poder hacer la búsqueda de dónde iríamos al día siguiente, lo encontré y se lo mostré:

—Padua, qué curioso.

—Curioso, ¿el qué?

—Aquí dice que es la ciudad de San Antonio y la basílica de la ciudad está dedicada a él. La universidad es un aliciente para que esté lleno de estudiantes, así que supongo que será una ciudad de mucho movimiento por la noche y llena de facultades con las hormonas bien revueltas —Me miraba mientras yo terminaba de comer. Se levantó, se colocó a mi lado con la silla y continuó mirando, para seguir descubriendo cosas. Mientras terminaba, decidí intervenir.

—También dice que Padua es el centro de la región del Véneto. La universidad fue fundada en mil doscientos veintidós y tiene la segunda facultad más antigua de Italia, donde enseñó el famoso científico Galileo Galilei.

— ¿Quieres un café? —Impetuosamente cambió de tema.

—Sí, ya voy yo a prepararlo, ¿tú también quieres? —Desconocía sus motivos para cambiar de conversación.

—No, café no, en el calentador de agua que hay me preparé un té, a ver que encuentro por aquí —Empezó a rebuscar en una caja pequeña y levantó un sobre de algo—. Mira, hay té de menta. Me encanta.

—Vale, ve y siéntate mientras lo preparo —Negó, me rodeó la cintura con sus brazos apoyando su cabeza en mi espalda. Noté sus besos a través de la camiseta—. Ya lo tengo preparado, vamos otra vez al balcón —Me giré para tenerla frente a mí. No dejé que me soltara y mis manos se levantaron hacia su cara donde, con el pulgar, acaricié su mejilla, guiñando un ojo y besé su frente.

Su sonrisa me atrapó, me cautivó y me resultaba imposible dejar de mirarla. Observamos, a través del balcón, los tejados rojizos de Bolonia. Estábamos sentados en un pequeño sofá y, en una mesita, nuestras bebidas reposaban. Se aproximó a mí y apoyó su cabeza en mi pecho, mientras mi brazo izquierdo la rodeaba. Nos quedamos ahí, sumidos en un silencio cómodo en el que no hacía falta decir ni hacer absolutamente nada.

—*Principesa*, vamos a la cama, te estas quedando dormida.

Se desperezó, me miró y, antes de levantarse, me dio un beso en la mejilla. Me supo a gloria ese pequeño gesto de complicidad. Observé, desde la distancia, cómo recogía las tazas, ya vacías. Se volvió hacia mí y extendió su brazo. Me levanté y se lo agarré y nos fuimos a la cama en silencio.



Capítulo 21

Andrea

Me desperté y comprobé que Aleydis permanecía dormida a mi lado. Su respiración era tranquila. Mi mano quedaba por encima de su cintura y empecé a hacerle caricias, levantando su camiseta para mimar directamente su piel. Se fue desperezando, así que decidí girar su cuerpo para que su espalda quedara apoyada en el colchón. Elevé sus manos y, con una de las mías, las sujeté. Empecé a besarla por el cuello hasta llegar a sus labios. Cuando los rocé, su mirada se cruzó con la mía, robándome el alma. Percibí que quería que continuase, así que no me demoré y con mi lengua recorrí sus labios. Mi nariz acarició la suya, ella entreabrió la boca, profundicé el beso y nuestras lenguas se enredaron en una guerra para plasmar nuestros anhelos. Jadeamos y nos separamos. Sus ojos brillaban con deseo, su cadera empujó hacia arriba, ansiosa por rozarse con mi miembro, que ya se encontraba erecto. Con la mano que me quedaba libre, acaricié su costado, rozando el pecho que me quedaba cerca, mientras mis labios volvieron a besarla y, sin parar, fui bajando por su cuello. Cuando tenía el pezón al alcance, lo lamí, lo chupé, lo mordí y terminé por volver a empezar el ritual, mi lengua no dejaba de jugar con su areola, su respiración fue en aumento. Sujeté el seno, hice presión, lo roté, lo estiré y presioné. Vi que el grado de excitación de Aleydis iba en aumento, el mío no se quedaba atrás. Solté sus manos, enseguida me cogió con una de ellas el pelo, para que no bajara, le sonreí y continué mi camino en descenso, comprobé que le brillaba la vulva de la excitación y, sin dudarlo, acerque mi lengua a su clítoris y jugué con sus labios, mientras que uno de mis dedos se introdujo en ella. La oí gemir.

—Andrea…—Escuché mi nombre, dejé de lamer y la observé, mientras mis dedos seguían

entrando y saliendo de ella.

—Dime, pequeña.

—Quiero… Necesito… —No le salían las palabras. Su excitación aumentaba, mientras continuaba dándole placer con mis dedos. —. Por favor… Te necesito.

En ese punto su excitación estaba en lo más alto y quería que se corriera cuando yo estuviese dentro de ella, así que frené mis movimientos, volví a besarla, ascendiendo hasta llegar a la altura de sus ojos y, en ese momento, la penetré despacio, sintiendo cada movimiento, cada respiración, cada contracción de su musculatura vaginal. Mis movimientos aumentaron, sus piernas me rodearon.

Me desperté de golpe, comprobé que ella seguía dormida a mi lado. Solo había una cosa distinta, su posición. Estaba tranquila y yo me encontraba muy excitado, mi miembro estaba erecto y necesitaba desahogarme después de aquel sueño. Miré el reloj y vi que eran las siete de la mañana, así que decidí levantarme e ir a la ducha a despejarme, una ducha de agua helada sería lo mejor para bajar la excitación.



Aleydis

—Buenos días, ¿ya estás preparado?

—Buenos días. Sí, me levanté y ya no pude dormir más.

Se acercó a mí y me dio un beso que me supo a gloria. Su mirada era intensa. Percibía cierto cambio en sus gestos, algo resultaba diferente en él, aunque no lograba descifrar qué. Con energía renovada, fui directa al baño para prepararme. Eran cerca de las nueve cuando estuvimos listos para bajar a desayunar y seguir con la ruta que me tenía preparada. Experimentaba el nerviosismo propio de las ganas que me embargaban por conocer el nuevo destino. Hicimos un barrido por la habitación para no dejarnos nada antes salir.

El desayuno era bastante completo, toda una muestra de variedad. Me decidí por unas tostadas, con mantequilla y mermelada, zumo de naranja, café con leche y un cruasán. Él se preparó también tostadas, pero con aceite, y se puso algo de embutido y un zumo de naranja. Cuando creí que ya estábamos terminando, se preparó un café y me trajo otro para mí, igualito al que me había tomado ya. Me resultó muy detallista.

Durante el desayuno, nuestras miradas se encontraron de vez en cuando y, a ratos, me acarició la mano. Cuando llegó con el nuevo café, me dio un beso antes de sentarse y puso nuestras frentes juntas. Ese pequeño gesto decía mucho más que las palabras.

Al terminar y realizar el registro de salida, nos fuimos al coche y nos pusimos en camino hacia el siguiente destino.

—¿A cuánto está el próximo destino? —Era un poco maniática con el tiempo.

—Una hora más o menos. Dependiendo de las paradas que hagamos.

—Pues vamos allá —Le guiñé un ojo y me devolvió el gesto.

Ambos empezamos el viaje con una bonita sonrisa. Pusimos música y comenzamos la ruta en silencio, escuchando el sonido que salía por los altavoces del coche, y con una tranquilidad inmensa. Empezó a sonar la canción «Run away with me» de Carly Rae Jepsen.

Mis ojos devoraban el paisaje. La autopista y la velocidad con la que circulaba era perfecta y, con la calma, tenía la oportunidad de disfrutar del llano paraje por donde circulábamos, a veces verde y otras más seco. También la afluencia de camiones y coches lo hacía un poco más entretenido. Pasamos por varios pueblos que fuimos dejando atrás. Que no corriera más, me mostraba seriedad y respeto a la hora de conducir.

Pensé en lo que había vivido con ellos hasta el momento. A nivel individual, me notaba bien, tranquila, pero con los dos juntos me sentía en casa, en familia. Pensé que era muy extraño que, en tan poco tiempo, pudiera ser así. Aunque la decisión estaba tomada y no sería fácil, lo mejor era que al terminar las vacaciones habláramos de lo que podíamos hacer.

Sumergida en mis pensamientos, la mano de Piero sobre mi pierna provocó que alzara los ojos. Nuestras miradas se cruzaron y vi en la suya la confianza, el amor, la amistad, cariño y la sinceridad, necesarias para una vida en común.

El tiempo pasó rápido y llegamos al destino. Ya en la habitación, comprobé que era amplia, no tan grande como la otra, pero no se necesitaba mucho más: una cama, un baño completo y ya si había un pequeño balcón era más que suficiente. Colocamos todo bien en su lugar para tenerlo a mano más tarde. Nos fuimos a dar una vuelta y conocer aquella ciudad que se me presentaba con un atractivo especial. Enseguida verifiqué que las calles eran estrechas, con pórticos en la zona central, plazas monumentales y grandes palacios cerca de simples edificios.

—¿Dónde me vas a llevar primero?

—Lo irás viendo mientras paseamos.

—Está bien, tengo ganas de Padua, de que me enseñe todas sus maravillas.

Mientras hablábamos de todo un poco, llegamos a un sito que me dejó anonadada.

—Ahora nos encontramos en la plaza del Duomo. Ahí vemos la catedral dedicada a Santa María Assunta —Dejé que fuese él mismo quien llevara la ruta, sin interrumpirlo. Estaba disfrutando mucho del paseo, nos hacíamos alguna que otra foto para tenerlas de recuerdo y enviársela a Piero y su hija, Chiara.

—¿Dónde nos encontramos?

—Ahora estamos en la plaza de los señores y veremos la torre del reloj. Este indica mes, día, fase lunar y lugar astrológico; también veremos algún que otro palacio y creo que hasta aquí es nuestra mañana. Por la tarde ya te llevaré a otro lugar.

—Qué bonito es todo, estoy deseando a ver a donde me llevas por la tarde.

Paseábamos de la mano, la expresión soñadora en su rostro parecía reflejar que estaba recordando sus momentos de juventud por aquellas calles. Me contó que había sido antes de saber qué era lo que quería para su futuro.

—¿Sabes? Al final estudié la carrera que quería y con el paso del tiempo me siento orgulloso de ejercer en la dirección del hotel y tener el apoyo de mis padres en cada una de las nuevas decisiones que tomo.

—La vida está llena de oportunidades, el apoyo familiar es importante. ¿Sabes Andrea?, lo importante es que tú te sientas realizado y orgulloso por haber alcanzado tus metas.

Se decantó por administración de empresas y luego hizo diferentes másteres, entre ellos, el de dirección de hostelería.

Con todo esto no entendía cómo se habían fijado en mí: uno abogado y el otro dueño de una serie de hoteles y yo, una «pringadilla», trabajando en una tienda de ropa *¿Dónde me estaré metiendo?*

Mientras nos tomábamos un par de cervezas, la tranquilidad recorría mi cuerpo, al terminar nos acercamos a ver la Catedral de Santa María Assunta que, por la información del folleto, había sido construida en mil quinientos veintidós. Seguimos paseando y nos fuimos hasta la plaza de los señores, que no se encontraba muy lejos. Pasamos por el *Palazzo del Monte de Pieta*, continuamos caminando y, frente al mural «I due innamorati» de Kenny Random, inmortalizamos el momento con nuestro móvil. Cuando llegamos a la torre del reloj, en la plaza de los señores, todo me pareció muy curioso y bonito.

Aproveché ese momento de calma para abrazarlo. Su calor me reconfortaba, me transmitía la sensación de «todo va a ir bien». Paseamos un poco más y entramos a comer a un restaurante de la zona: el ambiente era añejo, de madera envejecida, con un toque *vintage* que lo hacía especial. Tenía una pequeña terraza, que te abrazaba y te hacía sentir la magia del lugar. Me rodeó con sus brazos mientras pedía una mesa allí. Nos sentamos y dejo que sea él, el que me guíe en este momento gastronómico para este pequeño descanso.

—¿Me explicas qué has pedido para comer?

—Sí, mira, estos que se parecen a unos canapés, son de bacalao a la crema Marcolin y patatas al horno. Este otro es *Stracciatella dei trulli*, tomate seco y orégano.

—Qué buenos están y tiene mucho sabor —Vi cómo nos traían dos platos nuevos.

—Me alegra que te guste —Mis ojos se cruzaron con los de él y me guiñó un ojo, seductoramente. Me encantaba que hiciera ese gesto, era muy sexy —. La pizza es de *piccadilly* al horno, mozzarella de búfala, aceitunas *leccine*, orégano y albahaca.

—Tiene muy buena pinta, pero —Señalé las bolitas, captando su atención y una sonrisa traviesa asomó en mi boca— estas pelotas, ¿que son?

Empezó a reírse como si no hubiera un mañana. Las miradas de las personas que estaban a nuestro alrededor se fijaron en nuestra mesa, puse una mano en su pecho, mientras se iba

calmando del ataque de risa que le había dado.

—Oye, cuéntame qué es tan gracioso —dije, cuando consiguió calmarse.

—Estas bolitas, como las has llamado, son unas albóndigas. Pedí que las trajeran de cuatro ingredientes distintos. Es una pieza de cada sabor para cada uno. Estas son de Berenjena, esta otra de atún —Me indicó—, esta de espinacas y esta última de carne de ternera.

—Qué bueno está todo. El vino tiene un toque a fruta y no sé cuál, no soy capaz de pillarlo.

—Cuando catas el vino, presientes que tiene una personalidad precisa. Es elegante, vibrante, la fruta que notas, si lo paladeas bien, es dulce de membrillo, también manzana y se equilibran por la pungencia de la pimienta.

—¡Oh! Sí, ya lo he notado…

—¿Te gusta experimentar con vinos, hacer catas e ir a viñedos?

—No pensé nunca en ir a uno, pero ahora que lo mencionas, tiene su gracia, sería divertido. Una manera de poder descubrir más de los vinos y de todo lo que los rodea en su elaboración.

—Si eso, en un futuro, se podría mirar de hacer algo. En tu país también tenéis buenas zonas de vino.

—La verdad —asentí con la cabeza—, sé que hay muchos viñedos, pero no he ido a ninguno, nunca me planteé poder realizar una experiencia de catas.

Pasamos una comida muy agradable, hablando de vinos, de nosotros y con momentos de silencio que no resultaban para nada incómodos, donde nuestras miradas y la tranquilidad que se respiraba eran más que suficientes.



Capítulo 22

Andrea

Tenía el sueño todavía muy presente y no era fácil sacarlo de mí cabeza. La incertidumbre de lo que nos depararían los días siguientes también estaba haciendo estragos con mi seguridad y confianza. La guie, agarrada de mi mano, mientras la acariciaba con el dedo en la parte interna de la muñeca, ella sonrió, su mirada estaba brillante por todas las emociones que estábamos viviendo.

—¿A dónde me llevas ahora?

—Te llevo a un café, que se encuentra en el centro de la ciudad, cerca del palacio del Bo. Es uno de esos lugares emblemáticos. Es famoso internacionalmente y se suelen hacer exposiciones, reuniones o presentaciones. Mira, es este.

—¡Oh! qué maravilla —Nos quedamos un rato fuera, observando cómo era el edificio donde nos encontrábamos—. Es precioso, transmite historia e imagino que por dentro no puede ser menos.

Mientras lo decía, me llenaba de orgullo que enseguida hubiera entendido lo que le quería decir, sin palabras. Que sintiera lo que el edificio quería contar.

—El inmueble es de estilo neoclásico, muy antiguo. Se inauguró en mil ochocientos treinta y uno, en el lugar donde antes había una bodega de café. Hasta el año mil novecientos dieciséis, estaba abierto las veinticuatro horas y era un lugar de encuentro de intelectuales, estudiantes, académicos y políticos. También existe una curiosidad, ¿podrías imaginar cuál es?

—Pues la verdad es que no.

—Es una superstición entre los estudiantes de Padua: no deben entrar al café antes de la

licenciatura si no, estarán imposibilitados para obtenerla.

—¿En serio?

—Sí —Le toqué la nariz con mi dedo, ella intentó agarrar mi mano. No le dio tiempo, así que se quedó apoyada en mi pecho, mientras la escuchaba suspirar. Yo solo pensaba en volver a rozar sus labios, en besarla y en sentirla. De nuevo, me embargó la culpabilidad, era como si estuviera engañando a Piero. Todo era nuevo para mí—. ¿Entramos?

—Vamos, a nosotros ya no nos afectará la superstición, ¿verdad?

Al entrar, su rostro mostraba asombro. Se acercó al piano y lo acarició como una gran reliquia. Me aproximé a ella y le propuse, entre susurros, que nos sentáramos. Ella me acompañó, la mesa quedaba cerca de la ventana, así tendríamos una vista de todo el local y de la plaza en la que se encontraba la cafetería.

—¿Qué te apetece tomar? Mira, aquí tienes la carta.

—Vale, creo que ya lo tengo —El camarero se acercó a nosotros.

—*Cosa vuoi bere*[18]*?* —preguntó, elegantemente.

—Un cappuccino *y* una *brioche artigianali* —pidió Aleydis, leyendo la carta.

—*Io un caffè espresso e macaron* —demandé yo.

—*Buona scelta signori*[19].

El camarero se marchó para traer nuestro pedido. Mientras tanto, mantuvimos una conversación sobre lo que habíamos visitado hasta el momento.

Al final del día y tras cenar en un restaurante cerca de nuestro hotel, nos dirigimos a la habitación. Al llegar, nos turnamos para ducharnos. Era un suplicio, ya que me habría encantado poder acariciarla, sentirla y amarla como se merecía. Aun así, no pensaba hacerlo. Consideré que sería mejor no pensar mucho en ello y procurar no volver a soñar. Si no, se convertiría en un martirio durante todas las vacaciones.

Cuando ella terminó, entré al baño para ducharme intentado no pensar en su figura para no tener a mi amigo en pie de guerra de nuevo y con la ayuda del agua fría. Al salir, estaba tumbada en la cama y medio dormida. No la quise despertar, así que me quedé un rato más, sentado cerca del balcón, para hablar un poco con Piero. Decidí llamarlo por teléfono.

—Hola Andrea, ¿qué tal el viaje?

—Hola Piero, bien, te echo de menos. Bueno, te echamos. ¿Tú que tal estás?

—Bien, aunque con ganas de poder ir y disfrutar de dos días con vosotros.

—Puedes venir, ¿verdad? No se te complicarán las cosas en tu trabajo.

—No, tranquilo, tengo todo atado. Mañana tengo un juicio y tengo libre hasta el martes de la próxima semana.

—Me alegra.

—¿Estás bien de verdad? No te noto como esperaba.

—Estoy bien, se me está haciendo cuesta arriba el verla, tocarla y darle algún beso que otro, sin querer ir a más por tu ausencia. Es desesperante.

—Bueno, te entiendo, aunque si tenéis sexo no pasaría nada, Andrea. No te sientas culpable por eso.

—No quiero ni pensarlo Piero, si no estás tú, yo no iré más allá con ella. No puedo.

—Si lo tienes decidido, lo respetaré, pero que sepas que no pasaría nada. Hay algo más, ¿verdad?

—Sentiría que te engaño, sin haberlo hablado con ella, creo que piensa igual que yo —suspiré.

—No te pongas nervioso. No me estarías engañando, por la razón más simple. Que lo

hablaríamos y no pasaría absolutamente nada. Pero aún no me dices todo. ¿Verdad?

—Ayer soñé que manteníamos sexo los dos solos y estuve a punto de correrme como un adolescente entrando en la pubertad. Me tuve que ir a la ducha —Lo solté de carrerilla y sentí que mis mejillas ardían, por los nervios, por la incertidumbre.

—Vale, soñaste, muy bien, ¿crees que eso es malo? —Asentí y me di cuenta de que no podía verme—. No es malo, no es engañarme, ni tampoco a ella. Si tuvieras una relación sexual con ella, es normal Andrea, eres libre, ella también. Puedo entender que nuestro planteamiento es una relación de tres, con todas sus consecuencias. Estas consecuencias son el proyecto de vida en común. No creo que tengamos que cohibirnos si un día nos apetece mantener sexo y si falta uno no se pueda disfrutar de ese momento de placer. Ahora estáis juntos los dos y no sería nada malo. Yo sé que tú me tienes en mente. Ella, poco a poco, no podemos ir deprisa.

—Sí, entiendo lo que quieres decir, pero no. Si no estás tú, yo no mantendré sexo con ella.

—Andrea, no seas tan cuadriculado.

—Ya sabes que no me vas a convencer de nada —Empecé a bostezar y escuché cómo se reía.

—Ve a descansar, que mañana coges el coche. Yo tengo el juicio, menos mal que es a las doce del mediodía. Avisadme cuando lleguéis al nuevo destino.

—Sí, tranquilo. Te avisaremos y lo tendré en cuenta. Gracias por escucharme, *mio amato.*

—Buenas noches, *mio amato.*

Colgamos el teléfono y me acerqué a la cama, estaba dormida. Con cuidado, me metí y, en cuanto notó mi presencia, su espalda se apoyó en mi pecho y con su culo en pompa se arrimó demasiado a mi centro el cual, solo con su roce, con su olor, se fue despertando poco a poco. Apreté los dientes, intenté no respirar, para no desvelarla y que no notara lo que estaba pasando. Me fui poniendo nervioso, así que inspiré profundamente para relajar cuerpo y mente. A ver si cogía sueño pronto y me dormía.



Capítulo 23

Aleydis

Durante la ducha, rememoré el gran día que habíamos vivido en aquella maravillosa ciudad. Me sorprendió muy gratamente toda la historia que tenía y los pequeños recovecos que, si no te guían, sería imposible poder descubrir.

Al salir, Andrea me miraba con mucho deseo, pero ninguno de los dos hizo nada. Yo no sabía si sería capaz de plantearme seriamente lo que ellos me habían propuesto, tampoco sabía si podría separar lo que estaba empezando a sentir por ambos. Desconocía si lograría tener sexo solo con Andrea y no sentir culpabilidad de que no estuviera Piero, o viceversa.

Era algo que me había ido planteando esos días. Muchas preguntas que todavía no tenían una respuesta clara. Pensé en la vida te pone en situaciones que no esperas y te obliga a tomar decisiones que marcarán tu día a día, tu camino a aquello que deseas cumplir.

Cambié el rumbo de mis pensamientos porque ya era hora de descansar y me fui a dormir, con ganas de ver a dónde iríamos al día siguiente. Noté que Andrea tardaba en ir a la cama, esperé un poco y agucé el oído. No sabía con quién hablaba, hasta que decidí acercarme para escuchar. Me di cuenta de que era Piero y que le explicaba exactamente lo mismo que sentía yo. Me sorprendieron esos pensamientos tan profundos, pero no era quién para juzgar a nadie. Me asombró más cuando explicaba lo del sueño y, con toda esa información, decidí ir a la cama para dormir. Aunque no supiera si iba a ser posible.

No tenía ni idea de en qué momento, pero en mitad de la noche, al girarme, percibí su cuerpo caliente en la cama. Cuando me abrazó, terminó de relajarme y me dormí profundamente.

Sentí cosquillas en mi cintura y caí en la cuenta de que eran sus dedos los que estaban

acariciando esa zona. Me desperté, pero me quedé completamente quieta, me daba mucho gusto sentir esas caricias.

—Buenos días, *principesa* ¿Dormiste bien?

—Buenos días. Sí, muy bien.

Me di la vuelta y me acurruqué en su pecho. Uno de sus brazos me acariciaba la espalda de arriba a abajo. Sentí que era mi lugar favorito, o uno de muchos lugares favoritos, ¡ay! ya no sabía ni lo que pensaba.

—Pequeña, no podemos remolonear más, hay que ir a terminar de preparar las maletas para marchar al siguiente destino —Los ojos se me abrieron de golpe, me apoyé con mis brazos en su pecho mientras lo contemplaba.

—¿A dónde me vas a llevar?

—Es una sorpresa —Empezó a hacerme cosquillas. Nuestras risas se escuchaban en toda la habitación y me hizo feliz ese pequeño momento.

—Ja, ja, ja…

Me acabó pillando, nuestros cuerpos se arrimaron tanto que nuestros labios se rozaban. Ninguno hizo nada, hasta que él se acercó y el roce se convirtió en un beso completo. Poco a poco, fuimos profundizando, hasta que nuestras lenguas se tantearon, para luego saborearse totalmente. Su frente se apoyó en la mía al separarse y nos miramos. Sus ojos cargados de lujuria, de pasión… imaginé que los míos no distarán mucho...

—No es el momento de continuar, tenemos que irnos.

Lo vi suspirar. No quería insistir, ya que sabía por lo que estaba pasando y prefería hablar cuando llegara el momento. Terminamos de prepararnos y nos fuimos a desayunar.

El desayuno, al principio, fue algo extraño, pero a medida que pasaban los minutos, el ambiente se fue distendiendo y se convirtió en una mañana divertida, alegre y con miradas de anhelo. Por esto último no podía pensar mal y menos después de haber escuchado su conversación un poco a escondidas. Esta vez no me cubrió los ojos, como las otras veces. Veía perfectamente que me llevaba hacia el sur, pero todavía no sabía exactamente dónde. Me comentó que era poco tiempo, *¿qué será poco tiempo para él?*, pensé, *Pues ni idea*. Ya me gustaría a mí ser adivina y anticiparme a todo. No era profeta y era imposible saber lo que sucedería en un rato.

En el coche, con la música, estaba siendo un viaje agradable y eso era de agradecer. A ratos, lo escuchaba cantar y, con lo que desafinaba, me hacía reír (aunque, si yo cantara, seguro que llovía. Así que, decidí que, mejor, solo tararearía). Caí en la cuenta de a dónde me estaba llevando:

—¡Ah, vamos a Venecia! —Se sorprendió por mi pequeño grito y comenzó a reírse.

—Me has dado un susto.

—Si te estabas riendo, no mientas.

—Vale, vale, sí que me sorprendí, pero lo estaba esperando, no sé porque, me imaginaba que soltarías un grito.

—¿Cuántos días estaremos?

—Dos.

—Y después…

—Sorpresa.

—Uf, no hay manera de sacarte prenda.

—Le quitaríamos la gracia al viaje —Me guiñó el ojo y puso de nuevo su mirada en la autopista. A mí me dejó con ganas de pegar otro grito, por no poder saber más.

Para cuando me quise dar cuenta, ya estábamos entrando en Venecia. Cuando atravesamos el puente Via Della Libertà pensé que era simplemente alucinante ver tan de cerca la laguna de Venecia. Cada vez me impresionaba más la belleza de aquel país. Te hablan muchas veces de los lugares, de las ciudades, de sus monumentos, pero hasta que no estás ahí, presente, no asimilas la belleza que alcanza lo que tienes delante.

Estaba seguro y con una planificación del viaje increíble. Después de aparcar, nos acercamos a una parada de ferri, era el medio de transporte para moverte por los canales de Venecia; las góndolas, taxi o *vaporettos* y, dependiendo de la zona, caminando. Eran las formas más cómodas de ver esa ciudad. Por eso también recomendaban ir con calzado y ropa cómoda.

Por lo que vi, nuestro hotel quedaba, más o menos, en lo que se podría considerar el centro de la ciudad. Cerquita de la Basílica de Santa María Dei Frari, por lo poco que iba viendo, la ciudad me resultaba enigmática. Tenía mucha curiosidad por descubrirla, por ver si los lugares coincidían con las imágenes que ya había visto en telediarios, series, películas, etc. Mientras íbamos rumbo al punto más cercano a nuestro destino, en el ferri, mis brazos rodeaban la cintura de Andrea y él me sujetaba, de manera que mi cabeza quedaba apoyada en su pecho. Respirábamos una calma que nos atrapaba. Al ir al hotel, paramos para tomarnos unas cervezas. El momento fue tranquilo y, sobre todo, lleno de risas.

Antes de bajar a la vía, me pillo desprevenida atrapándome entre sus brazos y nos quedamos así durante un buen rato. Lo notaba nervioso.

—¿Qué ocurre?

—Nada, ¿por qué preguntas?

—Aunque estés calmado, hay algo que te ronda en la cabecita.

—Tanto tú como Piero enseguida me notáis cuando no estoy bien, o si evoco algún pensamiento.

—Pues cuenta y no te lo guardes. Ya verás que te sentirás mejor.

—Tengo miedo de lo que puedas pensar —Lo miré a los ojos, con mis manos le sujeté la cara y, con la mirada, le indiqué que podía contármelo, que no pasaría nada. Él apoyo su frente en la mía, suspiró—. Llevo estos días intentando que no notes mi excitación y mis pensamientos. Estoy llegando a un punto en el que sí quiero, pero considero que es engañarlo a él y no deseo eso. No quiero sentirme así y no quiero haceros daño a ninguno de los dos —Sus ojos delataban que no estaba bien. Se volvieron acuosos y era lo último que quería, que se sintiera tan mal por fallarnos, cuando no era así.

—Andrea, shhh. Haz lo que tu corazón te pida. Si surge algo entre nosotros, si tenemos sexo, ¿qué hay de malo? Nada, no hay nada de malo. ¿Sabes por qué? Porque ambos nos sentimos atraídos, sería lo normal. De cara a Piero, no sería engañarlo. Estoy convencida de que hablaríamos con él y nos apoyaría. Diría que los sentimientos no se pueden manejar —Me miró, me acarició y me besó dulcemente—. Andrea, si tiene que surgir, deja que surja y si no, ya surgirá. Pero no te niegues a algo que no sabes si llegará o no. Deja que tu cuerpo y tu corazón sean los que te guíen.

—Eres maravillosa, pequeña. Gracias por escucharme.



Capítulo 24

Andrea

Mi angustia se disipó nada más escuchar lo que decía, hizo que me sintiera bien. Pensé que parecía un quinceañero, con las hormonas revolucionadas. A veces, nosotros mismos, con nuestras dudas y nuestros miedos, hacemos que todo vaya al revés de lo que deseamos. Pero ahí estaban ella y Piero, que siempre me daban esos toques, para que no pensara en negativo.

A las afueras del hotel, caminando por las calles para acercarnos e ir a coger el ferri que nos llevara a la *Piazza* San Marcos y así comer por esa zona, encontramos un restaurante desde el que se veía toda la plaza, eran unas vistas inmejorables. Probamos un *Risotto de nero di seppia* y un poco de *fégato alla Venezzia*. De postre, unos buenos cafés, nos abstuvimos de degustar un dulce.

—¿Me puedes explicar qué es cada plato que hemos comido, ya que no querías decírmelo antes?

—Pues claro. El *risotto* es simple: arroz con tinta de calamar con cebolla, vino y tomate junto al calamar en trozos. Y el otro plato es un poco de hígado de ternera cubierto con cebollas, acompañada de patatas.

—Pues me gustó mucho el *risotto*, y el hígado estaba muy rico.

—Me alegra que te haya gustado y estés disfrutando de la gastronomía de cada lugar que visitamos.

—Vamos a recorrer la ciudad, ¿a dónde me vas a llevar?

—A todo lo que podamos, en entre hoy y mañana.

En esos días vimos el puente Rialto que, por lo que me dijo Andrea, había sido el único

puente hasta mil ochocientos cincuenta y cuatro, que atravesaba el canal grande. Había sido construido en mil quinientos ochenta y ocho y era uno de los viaductos más pintorescos: constaba de una hilera de negocios de artesanía y souvenir. En la plaza de San Marcos nos encontramos con la torre del reloj, que se remonta al año mil cuatrocientos noventa y seis. No paramos de ver diferentes basílicas y casas que tenían su propia historia. Aquellos dos días fueron muy intensos. Estaban siendo tan divertidos, y con tantas anécdotas, que la primera noche en Venecia se pasó volando, enseguida nos quedamos dormidos. Pero la segunda noche, decidimos cenar en la habitación, imaginé se me iba a hacer larga.

Pese a que nos habíamos duchado en diferentes turnos, al verla con el pijama corto puesto, mi cuerpo empezó a estar en ebullición. Cenamos con tranquilidad, fue una cena sencilla, rodeados de risas. Teníamos las vistas a nuestro alcance y, con un café en mano, mirábamos a través del balcón.

—¿Te está gustando este viaje?

—Sí, está siendo un viaje de mucho interés histórico, que me está sorprendiendo muy gratamente.

—Ven aquí —La senté en mis piernas, mientras mis brazos le rodeaban la cintura. Al estar acomodada de lado, mi cabeza quedaba apoyada en su hombro. Sentí sus manos acariciarme la espalda—. Gracias por querer compartir todo esto conmigo.

—No me des las gracias —Una de sus manos me acariciaba la cara e hizo que elevase la mirada hacia ella. Me dio un beso y se terminó por acurrucar entre mis brazos—. Más bien tendría que daros yo las gracias a vosotros dos, por hacerme sentir bien, por sacarme sonrisas.

La atraje más a mi cuerpo, mis manos siguieron rodeando su cintura y el silencio resultó calmante. La quietud que se respiraba era agradable.

En todos aquellos días, hablar con mi hija por teléfono era la ruina, no paraba de pedirme cosas. Me gustaba escuchar su voz y sentía que era feliz, nos complacía y deseábamos verla prosperar. Era lo más importante para ambos. Me gustaba que me preguntara por Piero y Aleydis, su capacidad de observación cada vez era mayor.

—¿Papá, vais a ser novios los tres?

Esa fue la gran pregunta que mi hija me había hecho por teléfono. Que no supe contestar y que todavía estaba pendiente en mi cabeza. Sabía lo que quería y seguía queriendo que pasase, pero desconocía lo que iba a ocurrir, así que preferí no darle más vueltas. El tiempo nos guiaría y las decisiones se irían tomando en el transcurso de los días.

Las elecciones eran propias, los momentos eran los que eran y, cuando llegaran, había que disfrutar. Ahora mismo gozaba de ese momento, de tenerla sentada encima y de sus caricias, mientras estábamos allí, muy tranquilos.

—Pequeña, ¿nos acostamos?

—¿Me lo puedo pensar?

—No, mejor que no te deje idear, ni jugar conmigo.

—Yo no juego. Solo si me dices a dónde iremos, puede que durmamos un poco.

—Quiero seguir reservando información —Rocé mi nariz en su cuello para ver si la podía distraer y así dejar aquel tema de lado.

—No me hagas cosquillas —No desvió sus ojos de mí, sentí que con su mirada me colmaba de caricias—. Está bien, tú ganas. Vamos.

Vi cómo se levantaba y movía exageradamente sus caderas hacia la habitación.

—Estás jugando sucio, moviéndote así.

—Bueno, si así consigo que me cuentes a dónde me llevas, pues jugaremos sucio.

—No tienes escapatoria, recuerda.

—¡Ja! —La atrapé con mis brazos mientras la llevaba hacia la pared más próxima.

—Nos seas malo.

Su mirada me cautivó, me miraba con anhelo, con pasión y sin miedo. Ni podía, ni quería, hacer nada de lo que arrepentirme. Aunque me moría por besarla, por sentir su cuerpo desnudo por entero junto al mío, su calor y sus respiraciones, pues necesitaba todo de ella, me resistí y me quedé quieto. Sus manos acariciaron mi cara y me la sujetó, de tal manera que nuestras miradas conectaron.

—Por favor.

—Shhh, Andrea, lo deseas tanto como yo.

—Pero, Piero…

—Andrea, ¿tú crees que él se enfadará? Pues claro que no, él no se enfadaría por una razón: quiere la felicidad para todos.

Intenté no pensar más y besarla. Empecé con suavidad, poco a poco. Mis manos temblaban, ella se dio cuenta. Su sonrisa, su mirada, me calmó. No hicieron falta palabras, simplemente nos acercó a la cama y me invitó con un ademán para que me tumbara y ella lo hizo junto a mí. Volvió a besarme, sin ir más allá. Me acariciaba lento y con suavidad. Supe que no había pretensiones de ir más allá, si no daba pie a ello. Me dejé llevar. Seguía besándome, volviéndose más voraz. Sonó el teléfono, consiguiendo separarnos. La pantalla del móvil indicaba un mensaje de Piero. Le mostré el teléfono, disculpándome ante la interrupción.

—Es Piero, para saber qué tal vamos y a dónde te llevo mañana.

—Dile que todo bien y ¿a dónde me llevas? Tú se lo podrás decir, yo no —Me sacó la lengua, me dio un beso y se levantó para ir al baño.

Yo, en ese momento, aproveché para contestarle y hablé un poco con él. Me dijo que disfrutara de las últimas dos noches que quedaban ya que, al regresar a Florencia, no sabíamos cuándo retornaría a su casa. Eso nos mantenía a los dos un poco tristes. Solo queríamos ser felices y éramos conscientes de que no sería fácil la decisión de formar una familia los tres. Pero ¿quién dijo que la vida era fácil?

Al salir del baño, me dio un beso en los labios y se acurrucó.

—¿Ya hablaste con él?

—¿Con Piero? Sí, ya hemos hablado un poco. Está feliz si tú estás feliz.

En el fondo me tranquilizaba no ir más allá. Sabía que, por el momento, no estaba preparado para que surgiera algo entre nosotros a solas. Pensar en poder hacer daño a otra persona hacía que sintiera dolor y me entraran miedos. Contemplé que su respiración era tranquila, relajada, se quedó dormida y yo no tardé mucho hacer lo propio. Apreté más mi abrazo, antes de hundirme en un profundo sueño.



Capítulo 25

Andrea

Abrí los ojos y, con mi mano, busqué el teléfono en la mesilla, para apagar la alarma. Me quedé mirando a mi lado, a ella. Seguía con los ojos cerrados, pero no estaba dormida del todo. También se había despertado, lo noté en su respiración, en cómo acariciaba mi pecho con su mano. Estaba siendo un despertar placentero.

Sin haberlo previsto, me puse encima de ella y la besé, lo hice con todas mis ganas, con toda la pasión que podía transmitirle. Ella se dejaba hacer y me siguió el ritmo, sin ninguna duda. Mis manos viajaban por todo su cuerpo, mientras las suyas acariciaban mi espalda. La escuché jadear y no frené, necesitaba más. Empecé a desnudarla, a sentir su calidez en mis manos, noté que las suyas acariciaban mi cuerpo, quitando mi camiseta y sin parar de besarnos, sentirnos.

Escuché el despertador y me arrancó otra vez de un sueño con ella, me iba a subir por las paredes a ese ritmo. No entendía qué me querían decir estos sueños recurrentes. Me frustraban mucho. Terminé por desvelarme y fui al baño a darme una ducha, verifiqué que eran las ocho de la mañana y me relajé, íbamos bien de tiempo. Escuché cómo trasteaba fuera y supuse que estaba preparándose la maleta. Salí de la ducha con la toalla puesta, no me quitaba el ojo de encima: me observaba y se sonrojaba. Me acerqué a ella y la atraje hacia mí.

—Me encanta ver cómo te sonrojas.

—No bromees.

La besé, ella me rodeó con sus brazos. Antes de ir a más, me separé de ella.

El desayuno se convirtió en un momento placentero, donde el café y todo lo demás nos dio energía y ganas de continuar el día. Deseando llegar al nuevo destino para sorprenderla. Piero ya

había salido.

Nos montamos en el coche y pensé en lo mucho que me gustaba verla sonreír, sentirla feliz. La cogí de la mano mientras, con uno de mis dedos, le acariciaba la parte baja de la muñeca. Era un punto suave y me gustaba mucho acariciar esa zona.

—Bueno, ahora ¿a dónde me llevas?

—*Top secret.*

—Ya estamos con los secretos —Noté cómo me miraba, yo se lo devolví con una sonrisa, guiñándole el ojo—. Está bien, está bien, ya no pregunto más.

Sonreí, viendo cómo ponía morritos. Terminé riendo a carcajada limpia. Me encantaba verla de aquella manera, tenía un toque cómico. Seguí conduciendo, hasta que paré en un pequeño pueblo, para tomar algo y reponer fuerzas. En el hotel ya sabían que era una sorpresa y entraría con los ojos vendados, tenía ganas de que llegara el momento para ver su cara de asombro.

—Bueno, antes de continuar el viaje, necesito ponerte esto en los ojos —Le mostré un pañuelo negro, de seda.

—¿Me vas a tirar en la cuneta cuando esté despistada?

—Ja, ja, ja, qué graciosa eres.

Le di un toque en la nariz, un beso cálido en los labios y le coloqué la venda. Cuando ya la tuve con los ojos vendados, le rodeé la cintura con mis brazos y rocé mi nariz en su cuello. Su olor me atrapaba, me tentaba y me cautivaba.

—Gracias por confiar en mí.

—Tú has hecho que confié en ti. Bueno, más bien vosotros, conseguisteis que confiara.

La besé en el cuello, le puse el cinturón de seguridad y arranqué. Activé la reproducción y la música sonó de fondo, para amenizar el viaje y hacerlo confortable. Al llegar, enseguida vi a Piero y fue él quien me ayudó con las maletas. Yo iba con ella, no queríamos que notara otro olor que no fuera el mío, por el momento.

—No estés nerviosa, ahora llegamos a la habitación y podrás quitarte la venda y descubrir dónde nos encontramos.

—Me gustan las sorpresas, aunque me pongo nerviosa. Es habitual en mí.

—Tranquila, para otra vez lo tendré en cuenta.

La rodeé por la cintura con una mano y, con la otra, dejé que ella me agarrara. La llevé hasta el ascensor para ir a la habitación que teníamos asignada, la idea era quedarnos tres días, y ver qué tal. Al entrar en la habitación, vi que la puerta del balcón estaba abierta y se escuchaban los pajarillos cantar. Indiqué a Piero, con el dedo, que guardara silencio. La habitación tenía una sala con un sofá y una televisión, por lo que era bastante completa y el baño era enorme, tenía de todo más el extra del *jacuzzi*.

Noté los nervios de ella, los míos propios y los de Piero. La dejé sentada en el borde de la cama y me aproximé a él. Sin que se lo esperara, lo besé, procurando que ella no escuchara el sonido de nuestro jadeo al sentir nuestros labios.

—Pequeña, voy a pedir para comer aquí en la habitación, que me encuentro cansado.

—Vale, me parece bien, no dejes de hablar, si no me puedo quitar la venda todavía, me da cosa que me dejen sola.

—Tranquila, que sola no vas a estar.

Mis labios rozaron los suyos antes de acercarme al teléfono de la habitación para llamar, Piero no se separaba de mi lado, lo noté temblar por lo que estaba por llegar. Queríamos que la sorpresa fuera grande, que estuviera la comida y el cava, para poder brindar por vivir más momentos como aquellos. Vi que ella empezaba a mover la pierna, me acerqué, la agarré de la

cintura y la senté encima de las mías. La tranquilicé con caricias, ella se acurrucó y apoyó su cabeza en mi hombro.

Cuando sonaron los golpes en la puerta, ella intentó levantarse, pero no la dejé.

—Tranquila, quédate aquí conmigo.

—Pero la puerta…

—No te preocupes, lo tengo todo organizado.

Los nervios aumentaban a cada segundo. Piero empezó a preparar la mesa, mientras miraba hacia donde nos encontrábamos. Estábamos deseando ver su reacción, las emociones afloraban como un campo de girasoles mirando al sol.

—¿Cuándo me puedo quitar la cinta de los ojos?

—Enseguida, enseguida.

La vi asentir. Con la esperanza de que el momento fuera único y especial.



Capítulo 26

Piero

Los nervios por la sorpresa de me habían acompañado todos aquellos días. En ese momento me temblaba todo el cuerpo. Al verlos llegar en el coche y distinguir sus ojos vendados, no pude evitar que una sonrisa traviesa aflorara. Estaba más bonita que nunca. La sonrisa de Andrea me atrapó y no me quería soltar.

En la habitación, yo miré de lejos, Sentía un hormigueo en mis manos por querer tocarla, sentirla, volver a besarla. Mis ganas de que ella supiera que estábamos los tres, en aquella maravillosa ciudad, iban en aumento. Sabía que Aleydis desconocía dónde nos encontrábamos, Andrea me había animado a que fuera yo quien le diera la sorpresa.

Me aproximé a ellos, Andrea le susurró algo al oído y se quedó sentada en la cama. Él me dio un beso y me susurró:

—Tranquilo, está todo bien. Acércate a ella, yo me quedo aquí atrás.

Me volvió a besar, dándome un empujón para que comenzara a moverme. Con mucho miedo por la incertidumbre, me arrodillé delante de ella, mis manos se apoyaron en sus rodillas y ella, instintivamente, las colocó encima.

—¿Quién eres? No eres Andrea.

—Shhh… —Le agarré las manos, la besé y susurré—. *Il mio amore*, no te asustes —Al minuto, su afán por quitarse la venda se hizo presente, pero no la dejé, a pesar de que estaba ansiosa por hacerlo.

—Piero… —Le retiré las lágrimas de los ojos y, poco a poco, le fui quitando la venda.

Ella abrió los ojos y miró primero hacia Andrea, antes de bajar su mirada hacia mí, que

seguía delante de ella, de rodillas. Cuando me observó, sus labios se elevaron formando una sonrisa, a la vez que sus lágrimas irrefrenables hicieron acto de presencia y terminó por abrazarme, acabando los dos tumbados en el suelo. Noté cómo Andrea se relajaba y su cuerpo se unió a nosotros.

—Venga, vamos a comer.

—Vamos.

—A sus órdenes, generales.

Nos levantamos y nos sentamos para comer, mientras brindábamos por el reencuentro de los tres.

—Lo teníais bien planeado, por lo que veo. Siempre me dais bonitas sorpresas, desde que os conozco.

—¿No será porque te lo mereces?

—Andrea, no me conocéis mucho, no puedes decir eso.

—Sí. Sí que lo puede decir y yo también.

Me acerqué a ella y le di un beso en los labios. Antes de hacer nada más, me senté, arrastrándola a ella para que se sentara en mis piernas. Con mis brazos le rodeé su cintura, mientras mis labios le acariciaban la espalda. Andrea se dispuso a recoger y servir el postre, pusimos un poco de cava en las copas, para brindar por nosotros.

La vida siempre nos da sorpresas y nos hace partícipes de situaciones que depende de nosotros si decidimos disfrutar o no. Y aquel momento era una de ellas. Conocer a Aleydis estaba siendo maravilloso, aunque había puesto a nuestro alcance miles de preguntas sin resolver, por el momento.

—Bueno, ¿que os parece salir, dar una vuelta y tomarnos el café en alguna plaza?

Nos abrazamos, antes de marchar de la habitación. Nos encontrábamos cerca de Porta Nuova.

—Ay madre, ¿estamos en Verona?

—Sí, señorita, este será nuestro último destino.

—Habladme un poco de la ciudad —Nos montamos en un autobús para llegar a la plaza Bra.

—Verona está en la región del Véneto y es conocida por la historia de Romeo y Julieta, escrita por William Shakespeare —comenté para hacerme un poco el interesante.

—Se dice, también, que es la ciudad más romántica de Italia, es la segunda ciudad más artística, después de Venecia —Ya estaba nuestro erudito explicando y haciendo de guía particular.

—Vale, chicos, veo que os habéis estudiado la historia y me encanta que me la podáis explicar.

—Estamos llegando a nuestro destino.

—¿Cuál es?

—Es la plaza Bra, se puede decir que es el corazón de Verona.

En aquel lugar encontramos lugares emblemáticos e históricos. Aquella tarde pudimos disfrutar de la famosa Arena y de algunos palacios que teníamos cerca. También vimos la estatua de Vittorio Emanuele II, que está erigida en honor a la incorporación de Verona a Italia en mil ochocientos sesenta y seis, aunque muchos consideraban que Verona siempre había sido italiana. Tiene más de dos mil años de antigüedad, la época de más apogeo fue gracias a la familia Scaligeri. En mil cuatrocientos cinco cayó en poder de la «Serenísima República de Venecia» hasta su disolución en mil setecientos noventa y siete. Luego, hubo una ocupación napoleónica y

la dominación austríaca hasta mil ochocientos sesenta y seis, que terminó con la adhesión al Reino de Italia.

Pasamos la tarde paseando y viendo lo que teníamos a nuestro alcance: el palacio Barbieri, que es la sede donde del ayuntamiento, y el *Palazzio della Gran Guardia*, con un imponente pórtico, de trece arcos. Pasamos una tarde muy entretenida. Ella estaba maravillada con todo lo que veía. Verla disfrutar fue lo que nos llevamos para el recuerdo.

Nos sentamos en una terraza y pedimos para cenar unos *gnocchi, bollito con la peará* (carne, verduras y una salsa típica de allí) y, por último, un *risotto alla tastasal* (arroz y carne de cerdo salada y picante).

Hubo momentos que nos sentimos observados, no nos importaba. Unas veces se abrazaba a Andrea, otras a mí y los besos iban en las tres direcciones. Nos encontrábamos bien haciendo aquello que queríamos en cada momento.

Al llegar a la habitación, nos sentamos los tres juntos en el pequeño balcón que había. Desde donde nos encontrábamos, no había mucha iluminación que pudiera interferir para poder ver la noche estrellada que teníamos ante nosotros. Fue un gran momento: relax, paz, una compañía inmejorable y el amor que recibía por parte de ellos. Poco a poco ella fue quedándose dormida. Andrea la llevó a la cama, para que descansara mejor. Nosotros nos quedamos un poco más, en un silencio cómodo.

Al poco rato, nos fuimos a la cama, creo que ambos teníamos las ideas claras. Me quedé frente al colchón, nuestras frentes se juntaron sin hablar. Las respiraciones se acompasaron y nos besamos.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

—Aleydis, ¿estás despierta?

—No. Sí. No… —ME dio la risa, por su contestación—. Sí, algo despierta, o eso creo.

—Mmm, pues seguro que terminamos de despertarte.

—Andrea, eres de lo que no hay.

Nos acostamos, uno a cada lado. Nuestras manos empezaron a acariciar su cuerpo por encima de la ropa. Poco a poco se la fuimos quitando. Mientras Andrea se entretuvo con uno de sus pezones, yo la besé sin control. Mis manos acariciaban sus muslos. Nuestras respiraciones se aceleraban, nuestros cuerpos no tenían freno y era imposible reprimir aquel momento. Cuando dejé de besarla, fue Andrea quien lo hizo. Yo me dediqué a jugar con sus pezones.

Entonces, bajé con mis labios por su cuerpo, hasta llegar a sus muslos. Andrea amasó sus pechos. Nuestras miradas conectaron, me puse a la altura de los dos y nos besamos a la vez. No hacía falta palabras para saber cómo continuar. Aquel día queríamos que fuera ella la que recibiera todo el placer. Entre los dos, la colmamos de besos y caricias, me apoyé en la cabecera y la atraje hacia mí. Besé su cuello y, con mis manos y el aceite que me eché, le masajeé los pechos, roté los pezones y los cubrí con mis palmas. Sentí el roce de sus ágiles dedos comenzando a acariciar mi miembro, que ya estaba en un punto álgido y, con su simple roce, fue a más. Andrea no nos quitaba la mirada de encima y, con una sonrisa pícara, nos besó. Luego se entretuvo en el cuerpo de ella, desde el cuello, bajando hacía el estómago y culminando con su lengua en el punto de placer de nuestra chica.

Un ligero cambio hizo que Andrea comenzase a besarme. Aleydis movía las caderas, mientras seguía acariciando mi miembro. Una de mis manos bajó, para acariciar su costado. Me acerqué a su punto, la mano de él se encontraba ahí. Entrelacé nuestros dedos, penetrándola los dos a la vez. Sus gemidos aumentaron, nuestras respiraciones se acompasaron, al igual que las

notas de una partitura.

Detuve la mano de Aleydis y solo nos centramos en ella. Con un poco más de aceite, disimulada y dulcemente frotamos la puerta de atrás con un dedo y conseguimos introducir uno cada uno. Los que quedaron libres estimularon el clítoris. La presión de nuestras manos juntas aumentaba, los besos se volvieron más eufóricos, agresivos y pasionales.Fuimos cambiando de postura y, muy lentamente, la penetré por detrás evitando dañarla, dejando que se adaptara a mí. Los movimientos eran lentos, Andrea le estimulaba pechos y clítoris. Intercambiamos posiciones, para que ella disfrutara de los dos. Andrea se quedó quieto, salió de ella con suavidad, abrazándola y con un beso dulce en su cuello modifico su postura. Se colocó de espaldas, en la cama, ella se subió a horcajadas acoplándose a él con la culminación de un beso ardiente, que acabó siendo a tres bandas.

Los sensuales y eróticos movimientos de Aleydis nos terminaron de encender la mecha. Me coloqué a sus espaldas, colmándola de caricias. El beso que se estaba produciendo enardecía todos mis sentidos, haciendo que mi miembro palpitara rozándose con más énfasis en su trasero. Andrea pasó de estar estático a no poder dejar sus manos quietas, acariciándonos, alternando nuestros cuerpos y sintiéndonos temblar bajo su mando, ya que empezó a dirigir los movimientos de todos. Volví a penetrarla, nuestros cuerpos se fundieron en uno, gimiendo y cerramos los ojos mientras percibíamos todas las sensaciones que en ese momento nos estaban bombardeando, abrumándonos. Sin más demora, nuestros cuerpos empezaron a moverse, con un ritmo constante, el sudor era parte de nosotros. La habitación olía a sexo, estaba impregnándose de nuestra esencia, aumentando nuestro deseo.

Llegamos a un orgasmo que nos dejó a todos agotados. No cesamos en las caricias, ni en besar cada rincón de nuestros cuerpos. No tardamos mucho en quedarnos dormidos.

No quería bajarme del tren de poder ser un todo, formar una familia, de crear un proyecto en común y de convivir, construyendo un futuro con todo incluido, casa, jardín… allí, en nuestra tierra, en Florencia.



Capítulo 27

Andrea

Los días pasaron rápidamente. Estando los tres juntos parecía que todo fuese más fácil. Pasamos una noche muy intensa y soñaba con que aquello no terminase allí.

Cogimos el transporte público hacia La Arena, que era el anfiteatro de la época romana que se encontraba en Verona. Actualmente, albergaba un festival lírico desde el año mil novecientos trece, que se realizaba en verano. Lo transitamos y, al salir, nos dirigimos a la calle Mazzini, que era una callejuela larga y muy estrecha que nos llevaría a la plaza de las hierbas. Esta explanada era muy especial: rodeada de palacios, estatuas y la Torre Dei Lamberti. Justo al lado, teníamos la plaza de los señores: era más aristocrática, elegante y cerrada. Paramos a comer, antes de seguir descubriendo lugares de aquella ciudad histórica. La comida fue en un entorno casi romántico. Disfrutando del momento. Cuando tenía un rato llamaba a mi hija para saber qué tal estaba, de esa manera no la echaba tanto de menos.

Al terminar de comer, nos fuimos a visitar la casa di Giulietta. Ver la cara de ella, tan feliz, no tenía precio. Pasando por una cancela de hierro, accedimos al porche que se encontraba cubierto de papelitos con mensajes de enamorados y, al cruzar, llegamos al patio, luminoso, donde destacaba la estatua de Julieta.

—Venga, ponte para la foto y toca la teta, como manda la tradición. Así te dará suerte.

—Es la derecha ¿verdad?, que es la que se ve más traslúcida. Pero poneos vosotros también, yo quiero salir con los dos.

Entramos, observando cada recoveco; llegamos al balcón más famoso de Verona, donde Shakespeare escribió la escena mítica de «Romeo y Julieta». Una parte de la historia era verídica,

así lo indicaba una insignia que pendía en la fachada de la casa, que era del siglo XIII y perteneció a una familia veronesa, de apellido *«Dal capello»*.

Después, nos pasamos por la casa de los Montesco, que decían que era la casa de Romeo. Era de origen medieval y estaba bien conservada, ya que los propietarios la mantenían cerrada al público y no había masificación en su interior.

Lo pasamos muy bien descubriendo cada lugar de Verona junto a ella. Ya en el hotel, recibí una llamada y, al contestar, mi cara cambió radicalmente. Los dos me miraron con estupor cuando escucharon el sonido de mi teléfono al chocar con el suelo, mientras el dolor embargaba mi corazón. Era el fin de nuestro viaje.

Continuará...

SIGUE LEYENDO, QUE HAY SORPRESAS.

BILOGÍA

Nuestra Aventura
Sigue su Camino

SEGUNDA PARTE.

Iremos de las Manos

IZABERU SAN





Capítulo 1

Aleydis

Madrid, 2 años más tarde.

Me encuentro sentada en el sofá, delante de la televisión, pero no la veo. Mi mente vuelve a recordar todo lo que sucedió después de que sonara el teléfono de Andrea, cuando estábamos en Verona. Desde ese día todo fue de capa caída. No solo hubo una llamada que paralizó todo, tuve que regresar, a Madrid a la tierra que me vio nacer.

Claro que no quería regresar, no tenía buenos recuerdos, aun así las circunstancias lo mandaban. Me sentía como si todo estuviera en mi contra. Mi mente regresó con el zarandeo que mi sobrino me estaba dando, no había escuchado la puerta de casa cuando entró.

—Tía, Tía, espabila por favor.

—¿Qué sucede, Javier?

—Nada, pero…

—Ven aquí, siéntate conmigo. ¿Qué quieres preguntar?

—¿Te han llamado del hospital?

Me giré para coger el teléfono y ver si tenía llamadas, no había nada importante.

—No tengo nada cariño —Noto sus ojos apenados y eso me angustia, por no saber si estaba actuando adecuadamente o no con él. Es mi sobrino y tiene doce años. Como quien dice, nos acabamos de conocer y estoy teniendo que representar un papel que a veces me supera. Le ha tocado crecer de golpe y da vértigo pensar en todo lo que nos deparará el futuro.

—Han pasado ya muchos meses desde que ocurrió el accidente de mis padres.

—Acércate, pequeño. Sí, lo sé, pero no podemos hacer más que esperar a que nos digan algo los médicos del hospital y ver su evolución.

—¡Oh! Tía, no me llames así —Lo veo suspirar. Asimilando todo con resignación—. Tengo que contarte algo.

—Venga desembucha —Lo miro con una sonrisa en mis labios para animarle, para que no sienta esa angustia que veo reflejada en su rostro.

—El otro día, fui a casa —Angustiado por lo que me va a decir, me mira por el rabillo del ojo, como si tuviera miedo a decírmelo. Lo aliento para que confíe en mí—. Rebusqué en la habitación de mis padres y me encontré con muchos diarios de mi madre y uno de mi padre.

—Vale, Javi ¿y los has leído?

—No, solo ojeé el de mi padre un poco por encima.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé, leí algo que me sorprendió. Y ahora puedo entender una frase que me dijo mi padre un día.

Antes de seguir hablando suena el timbre de casa. Es la vecina, para saber si estamos bien y preguntar por el padre de Javier. Lo malo de regresar es que los vecinos me conocen de toda la vida, lo que conlleva que también conocen a mi familia. Son las típicas abuelas metiches, pero con buen corazón, eso sí. Enseguida despido a la vecina y vuelvo con mi sobrino.

Ya no está en el comedor, así que voy en su busca. Lo encuentro sentado en su cama, con la mirada perdida en el cuaderno que tiene en la mano. Nota mi presencia y levanta la mirada.

—Quiero leerlo, pero…

—Tienes miedo a lo que hay dentro. ¿Qué es eso que viste?

—Habla de ti, mi padre… —me quedo ojiplática y él se cubre la cara con sus manos. Se las quito, dejo el cuaderno apoyado en la cama y lo animo a que me cuente—. Vosotros, ¿fuisteis novios?

—Cariño, eso es pasado. Y no se si estoy preparada para hablar de ello.

—No pasa nada, tía. Pero ¿me hablarás algún día?

—Te propongo algo, lee el diario. Luego lo leeré yo y después hablamos del tema. ¿Te parece bien?

—Sí, genial. Gracias.

Me da un abrazo, siento que tiene mil dudas. Imagino que más adelante podremos hablar y entablar esa conversación que barrunto que tiene pendiente conmigo sobre un pasado que aún me atormenta a veces, hay ciertas vivencias con las que me cuesta pasar página.

Esto me recuerda que voy a llamar a Andrea y Piero, a ver qué tal se encuentran. La distancia puede ser un hándicap, pero ellos están mostrando mucha paciencia con mi situación actual.

—Aleydis, ¿cuándo van a venir tus amigos de Italia? —Me pilla desprevenida y ríe al ver que me quedo como un pasmarote—. Tía, recuerda que ya los conocí una vez y tengo buen recuerdo de ellos.

—Si, lo sé, mi vida, pero hay cosas que son difíciles de explicar. Aún no me siento preparada y sé que tarde o temprano tendré que tomar decisiones.

—Entendido, sé que soy un niño todavía, pero necesitaré respuestas.

—Lo sé, lo sé, cariño. Te di mi palabra de que hablaríamos.

—Vamos a preparar la cena y vemos alguna película.

—¡Venga!

Enseguida salimos de la habitación, sin decir ni una palabra más. Me señala unas masas de

pizza que tenemos en el congelador y las preparamos, cada uno a su gusto. El silencio es agradable, dejamos las pizzas en el horno y vamos a la televisión para ver que película queremos ver. Nos decantamos por una que tiene drama y acción. Algo que a los dos nos une es este tipo de cine.

Terminamos de preparar la mesa central del salón, con agua y la cena y nos preparamos para ver «The Tourist». Iniciamos la reproducción y el sábado por la noche se convierte en una sesión de cine con Javier. Al menos lo veo feliz y eso me alegra el corazón.

¡Anda! Me percato que la peli transcurre en Italia y eso me hace sentir un cosquilleo por todo mi cuerpo, sé que me va a traer recuerdos. Intento no perderme en ellos, pero no estoy segura de lograrlo, aun así, me siento tranquila. Veo la mano de mi sobrino que coge el mando y le da a pausa.

Nos miramos, sus ojos brillantes me dicen que sabe que me he abstraído un poco. Sin decir nada, recoge los platos, los lleva a la cocina, lo oigo trastear. Supongo que lo está metiendo todo en el lavavajillas. Se sienta a mi lado.

—¿Todo bien, tía?

—Sí.

—Pues seguimos.

Se termina de acurrucar a mi lado, apoyando su cabeza en mi pecho. Aunque hayamos estado toda su vida separados, desde hace unos seis meses, nos hemos vuelto inseparables. Me sorprende que al final consigo ver la peli completa, disfrutando a cada instante de las emociones que nos produce y sobre todo de ver Italia, esa parte que conocí en mi estancia allí, en aquella ciudad: sus canales, los edificios que se observan. Debo decir que Venecia tiene magia.

Decidimos ir a la cama a descansar, mañana es domingo y tenemos pensado pasar por el hospital por la mañana, para ver si hay signos de recuperación o no de Pedro, el padre de Javier.

Cuando ya estoy en la cama, intento llamar a Andrea y Piero. Algo me lo impide y decido escribir mejor un mensaje, prefiero que no me noten que me está dando un bajón.

Aleydis
Hola, buenas noches guapos.
¿Qué tal estáis?
Yo bien, hoy fue un día de peli con mi sobrino.
Pasamos una tarde divertida haciendo
pizza para cenar.

Espero su respuesta, me tumbo boca arriba en la cama y mi mente viaja por los recuerdos. Que son dolorosos, pero evolucionaron hacia una mayor comprensión, confianza y amor mucho más profundos. Me encuentro otra vez en aquel hotel de Verona, con los dos, habiendo pasado unos días maravillosos, donde ardimos de pasión.

El teléfono sonó. Nos sobresaltamos al ver la cara de Andrea que se transformó en una de incomprensión, dudas y miedos. Comenzó con un llanto contenido que, en cuanto nos acercamos a él y lo rodeamos con los brazos, se transformó en un desgarrador que nos sobrecogió a los tres.

Estuvimos un buen rato abrazados, hasta que las lágrimas se redujeron. Le dejamos espacio y tiempo para que pudiera contar aquello que parecía haberlo roto por dentro. Piero y yo nos miramos un momento, el miedo y las dudas se reflejaron en nuestros rostros.

—Tenemos que regresar a Florencia.

—¿Dinos, que pasó? —dijo Piero, yo no podía emitir ningún tipo de sonido.

—Chiara… —Las lágrimas volvieron a recorrer su cara como un riachuelo.

—¿Disculpa? —Estábamos impávidos, sin saber qué más podíamos decir.

e sentó en el borde de la cama, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas.

—Han tenido un accidente de tráfico, Alda, Giuseppe y mi pequeña farfalla. —Nos pusimos uno a cada lado de Andrea. Piero acercó su mano a la de él y se la agarró con fuerza, para que sintiera que estaba a su lado. Yo no hice lo mismo. Hinchó los pulmones, soltó todo el aire y ¡Bum! Nos soltó la bomba—. Ellos han muerto —Las manos le temblaban—, un camión iba a más velocidad de la permitida, perdió el control y provocó el choque en cadena. Entre esos automóviles estaba en el que iban y ellos han fallecido —Volviendo a desgarrarse el alma con las lágrimas, su pecho subía y bajaba a gran velocidad. Intenté soltarme para ir a por un vaso de agua y me lo impidió. Cruzamos nuestras miradas, vi reflejado en ella que no quería que me alejase, ahora no. Así que me quedé a su lado. Con mi mano libre retiraba las lágrimas de su rostro—. Mi pequeña está ingresada en el hospital en Florencia, necesito ir con ella. Está allí toda la familia, todos los abuelos de Chiara. Me han llamado desde el hospital para decírmelo, mi exsuegra ha sufrido un ataque de ansiedad y la han tenido que sedarla un poco.

Piero se levantó y encendió la televisión de la habitación en de busca la noticia o algo que nos diera más información. Yo, sin pensar, me subí a ahorcajadas sobre Andrea y lo cubrí para evitar que pudiera ver algo por la pantalla. Vi de refilón que estaba con el móvil, supuse que enviando mensajes e intentado pensar qué podíamos hacer. Sabíamos que teníamos que ir, pero sabíamos cómo. Se me ocurrió una idea, ¿cómo había llegado Piero a Verona?

Me levanté, le indiqué a Andrea que se tumbase y se relajase, que nosotros prepararíamos todo para la vuelta. Le di un beso en la frente y dejé que cerrara los ojos, desconectándose del mundo.

—Piero, ¿Cómo viniste hasta aquí?

—Tranquila, vine en tren. Puedo llevar yo el coche —Me miraba serio y se giró a ver a Andrea. Al verlo ahí, me indicó con la cabeza que lo siguiera, fuimos al balcón y comenzamos a organizarnos—. Primero, preparar maletas. Segundo, he hablado con mi ayudante del buffet para poder ver qué se puede hacer y decirle que hablara con la familia de todos ellos para apoyarlos y guiarlos, hasta que nosotros lleguemos —Me detuvo con la mano al ver que quería hablar—. Sé que sonará duro lo que estoy diciendo, pero hay que hacerlo, por doloroso que sea. Venga, vamos a movernos para poder salir cuanto antes.

Gracias a que las maletas no estaban del todo desechas, no me costó mucho terminar de preparar la mía y la de Andrea. Piero parecía tenerla intacta también. Dejé que él llevara todo al coche, mientras me senté al lado de Andrea e intenté despertarlo. Poco a poco fue abriendo los ojos y volvió a derramar lágrimas por el recuerdo que le vino de golpe.

Con un movimiento de cabeza me hizo saber que había que moverse, se fue al baño, se refrescó la cara y echó un vistazo a la habitación: se la encontró recogida. Piero regresó a nuestro lado y se percató también de que estaba todo listo. No dijimos nada, los gestos hablaron por nosotros y dejamos atrás unos días maravillosos que nos habían hecho vibrar, sentir y amar.

Canciones:

Música que aparece en la bilogía Nuestra Aventura Sigue su Camino o escuche y me inspiró a la hora de escribirlo.

Lista en Spotify



Agradecimientos

Quiero a mi familia y amigos por estar siempre a mi lado, apoyándome en mis decisiones. Por abrazar mis nuevas metas.

A mis amigas, que cada día me demuestran que, poco a poco, con nuevas ilusiones, todo se puede superar.

A todas esas mujeres que voy encontrando en mi camino que, con sus risas y sus mismas ganas de luchar por este mundo de letras, hacen posibles las lecturas conjuntas, eventos y mucho más.

A la asociación entre libros y letras (@asociacicionentrelibrosyletras) https://linktr.ee/asociacionentrelibrosyletras.

Es un grupo de mujeres que la han creado con cariño, tesón, esfuerzo y mucha ilusión, para seguir ofreciendo apoyo a escritores. Con muchas metas por construir y por lograr.

Imposible dejar atrás a las dos mujeres que me han ayudado a crear la portada, maquetar y corregir este manuscrito y que han exprimido cada idea y le han sacado más jugo para que pueda ser un buen libro para entretener.

Gracias a todas.

[1] Figlio: Hijo (Hijo hasta mañana o mañana nos vemos. *Figliolo a domani*.)
[2] *Ciao*: hola.
[3] C*iao ciao o arrivederci:* adiós.
[4] *Amore:* Amor
[5] *La mia farfalla*: mi mariposa.
[6] *Ragazzi:* chicos.
[7] *Principessa:* princesa
[8] *Farfalla*: mariposa
[9] *Piccolo/a:* pequeña.
[10] *Sono pieno come un uovo (estoy lleno como un huevo)*. cuando te has hartado a comer.
[11] *Mia ragazza:* mi pequeña.
[12] *Il mio amore:* mi amor.
[13] *La mia piccola farfalla:* mi pequeña mariposa.
[14] *Buongiorno:* buenos días.
[15] *Mio amato*: mi amado.
[16] *La mia principessa*: mi princesa.
[17] *Il mio bambino, andrà tutto bene e sarai felice:* mi niño, todo irá bien y seréis felices.
[18] *Cosa vuoi bere?*: ¿qué desean tomar?
[19] *Buona scelta signori:* buena elección señores.